



Mujeres indígenas: Crónicas de corajes, violencias y olvidos

**Un texto de:
Paola Baquero,
Dayana Martínez,
Dayana Rodríguez**

ÍNDICE

Agradecimientos.....	3
Introducción	4
Mujeres indígenas: un desafío a la indiferencia, la ignorancia y el olvido	9
Las huellas imborrables de Ana Silvia	34
Tras los pasos de Hilda.....	50
Una expedición en la memoria ticuna	73
La conquista de Aida.....	95
Las luchas de Waletk.....	111

AGRADECIMIENTOS

En este espacio queremos agradecer a todas las personas que permitieron la construcción de este proyecto. En primer lugar a nuestro tutor Álvaro Lizarralde, quien nos acompañó, guio e inspiró para investigar, buscar, escribir y volver a escribir las veces que fuera necesario. Su ayuda y orientación fueron esenciales para poder poner en palabras las historias. Además, queremos agradecerle a la profesora Sonia Uruburu y a la comunidad Ticuna de San Sebastian de los Lagos por abrirnos las puertas a su cultura, su cotidianidad y su pasado.

De igual forma, a Ana Silvia Secue, Hilda Dominico Bailarín, Aida Suarez y a Waletok, por permitirnos conocer sus historias y plasmarlas en este libro.

Así mismo, queremos expresar nuestra gratitud a todas las personas que colaboraron con la búsqueda de información y la comprensión de la norma, las políticas y la realidad de las mujeres indígenas.

Finalmente, queremos expresar nuestro más grande agradecimiento a nuestras familias: por su apoyo incondicional desde todos los aspectos posibles, su oído crítico, su paciencia y comprensión por las desveladas o ausencias que implicó la construcción de este proyecto. Sin ellos, nada de esto hubiera sido posible.

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, la problemática de la violencia contra la mujer ha adquirido gran relevancia a nivel mundial y múltiples casos de diferentes formas de violencia salen a diario a la luz pública. No obstante, cuando se habla de la violencia contra la mujer se piensa en un contexto muy específico para un grupo limitado de la población, sin considerar otro grupo de mujeres que viven dentro de contextos diferentes y que tienen otra forma de entender el mundo, enfrentándose a las mismas condiciones, sin saber cómo alzar su voz y superar el miedo.

Como mujeres, las indígenas se ven sometidas a los mismos tipos de violencia que todas las colombianas, pero, como miembros de una comunidad étnica, sus violencias se ven justificadas de manera diferente, son más invisibilizadas y se ven sujetas a otro tipo de exclusión que se suma a las ya existentes, tanto dentro como fuera de sus pueblos. Aún peor, al interior de sus comunidades y en el país, por su condición étnica, la violencia y la discriminación que terminan justificadas bajo el argumento de las diferencias culturales, lo que invisibiliza y perpetúa a las siguientes generaciones las mismas costumbres, ocasionando que se aumente el ciclo de violencia y la vulnerabilidad de las mujeres indígenas, víctimas en un microcontexto (las comunidades indígenas) y que padecen también la violencia generada en un macrocontexto (Colombia).

Las experiencias y los hechos que han afrontado las mujeres indígenas colombianas durante varios años, tales como la discriminación, los abusos de poder, el olvido, las masacres, la pérdida de seres queridos y de su cultura, las han convertido en víctimas y han padecido de cerca las consecuencias que el conflicto armado en Colombia les ha dejado. Pero la poca visibilización de su condición de víctimas es uno de los factores que no han permitido que sus historias sean registradas y sus problemas, abordados.

Por ello, decidimos indagar los temas que se han tratado en torno a la violencia contra la mujer indígena. Dentro de la exploración en medios virtuales (universidades, bases de datos) y físicos (trabajos de grado, ponencias, leyes), encontramos que la información sobre los tipos de violencia

se refieren, en su mayoría, a la violencia sexual y violencia en el conflicto armado, dejando de lado los otros tipos de violencia como la estructural, la cultural, la política, entre otras.

Por este motivo, el enfoque principal de este trabajo es dar a conocer las historias de las mujeres indígenas, la manera en que son permeadas por diferentes violencias y cómo las afrontan desde su condición étnica. Durante el desarrollo de este proyecto se buscó analizar a qué tipos de violencia se han visto sujetas las mujeres indígenas de diversas comunidades del país, tanto dentro como fuera de su pueblo, y que aún no se han reconocido ni percibido por la sociedad.

De igual forma, reconocer la forma como su condición de indígenas ha influido en la manera de afrontar esta violencia, ya que muchas veces, por temor, amenazas y falta de conocimiento, la problemática continúa pasando desapercibida y siguen sin denunciar y, por ende, no se ha castigado a los victimarios.

Por ello, recolectamos información de diferentes comunidades indígenas del país, diversas organizaciones étnicas y defensoras de los derechos humanos y testimonios de mujeres para consolidar, en primera instancia, un reportaje que introduce la investigación y muestra un amplio panorama de la situación de las mujeres indígenas, víctimas de violencia, en Colombia.

En seguida, el lector encontrará las historias de cinco mujeres pertenecientes a las etnias Ticuna del Amazonas, Embera del Urabá, Paéz del Cauca, Wayuu de La Guajira y Senú de Antioquia, para evidenciar y retratar sus historias, su papel en la comunidad, su perspectiva de violencia y su voluntad de cambio, con el fin de que las mujeres indígenas adquieran los mismos derechos y garantías de bienestar que los hombres.

Fueron muchos los escollos y las prevenciones que tuvimos que salvar. Muchas de las mujeres que entrevistamos para la realización de las crónicas, manifestaron que estudiantes, entrevistadores y docentes que han trabajado proyectos con ellas no han finalizado la investigación y no han contribuido en la mejora de los temas y situaciones étnicas. Asimismo, en la búsqueda y realización de entrevistas, nos encontramos con una mujer de la comunidad indígena Nasa, que en un principio, estaba abierta a contarnos su historia, pero luego, en medio de la segunda entrevista, estuvo prevenida y monosilábica. Después nos enteramos de que está mujer estaba siendo amenazada y, por seguridad, tuvimos que abandonar el trabajo con ella.

De igual forma, hablar de este tema con mujeres indígenas que han sido víctimas de cualquier forma de violencia fue un trabajo arduo que demandó investigar a profundidad sobre el contexto en que sucedieron los hechos, las personas involucradas para de esta forma, saber cómo hablar del tema sin tocar las fibras que podrían revivir el dolor y la represión que tomó tiempo curar.

Asimismo, llevar a cabo las entrevistas con mujeres de diferentes pueblos indígenas, tomó bastante tiempo y fue necesario para realizar un trabajo a conciencia conocer los aspectos culturales, las tradiciones, formas de vida y el rol desde la cosmogonía, lo que también representó un obstáculo, debido a la escasa información de cada comunidad indígena existente en Colombia.

Este trabajo de sistematización de experiencias, más que mostrar, mediante productos periodísticos como crónicas y un reportaje, las vivencias de las mujeres indígenas, quiso mostrar una alternativa de construcción de paz que evidencie otra mirada diferente de la violencia en sus diferentes expresiones. Asimismo, intenta llevar al lector a un espacio de intercambio intercultural entre las comunidades indígenas y no indígenas, y así establecer, a través de experiencias y vivencias, la situación y la problemática que actualmente viven las mujeres en los pueblos indígenas.

Este libro es el resultado de un arduo trabajo periodístico, desde el método de investigación hasta los productos finales. Por una parte, la investigación consistió en la recopilación de trabajos previos, una serie de entrevistas con actores que cuentan con conocimientos sobre el tema y que han vivido experiencias en persona o a sus allegados y otros que han aportado desde diferentes ámbitos a esta problemática. A partir de las entrevistas se realizó un balance de la información y por otro lado se conocieron datos correspondientes a las fuentes institucionales para entender la dimensión de la brecha de la problemática desde las entidades gubernamentales y la sociedad civil.

Por otra parte, la construcción del producto final, implicó hacer uso de los grandes géneros periodísticos, a partir del análisis de la información, la transcripción y el reconocimiento de las diferencias culturales de cada historia dentro de los diferentes contextos en que se dieron los hechos. De igual forma, se lograron reconstruir las historias de las mujeres de una manera sensible, desde su misma cultura buscando evidenciar desde su voz, vivencias y experiencias las

situaciones de violencia a las que se enfrentan diariamente y que no son reconocidas ni por los pueblos indígenas y mucho menos por la sociedad occidental.



**MUJERES INDÍGENAS: UN DESAFÍO A
LA INDIFERENCIA, LA IGNORANCIA
Y EL OLVIDO**

“El primer obstáculo para seguir mis sueños fue mi esposo. Él me decía ‘usted no puede salir, usted se casó conmigo para estar en la casa, cuidando los niños y dándome de comer’, pero yo no le hice caso. Eso me costó la felicidad en mi matrimonio porque comenzaron las agresiones y yo me aguanté todo porque lo quería. El maltrato era a diario. Unos días porque no le tenía el almuerzo listo, otros porque salía al pueblo, algunas porque no servía para nada y otras porque hablaba con otros hombres. Los golpes eran fuertes: me jalaba del cabello, me daba puños en la cara y en todo el cuerpo e, incluso, se quitaba la correa y con eso me daba”, relata Ana Silvia Secue, indígena páez del municipio de Santander de Quilichao, Cauca.

Las historias se repiten una y otra vez en los diferentes pueblos indígenas: un esposo violento, un hombre que se aprovecha de cualquier oportunidad para saciar sus bajos deseos, un adulto que maltrata a las personas que debería cuidar, amparado en la privacidad del hogar, un pueblo indolente ante el llamado de las mujeres y un Estado apático y negligente.

Las mujeres indígenas viven las mismas violencias que cualquier otra mujer en el mundo, pero para ellas, acostumbradas a vivir en comunidad, estas agresiones se convierten en una carga que asumen con mutismo, ya sea porque forma parte de la vida cotidiana de todas, por vergüenza, por temor a los efectos que puede generar en su comunidad o porque hablar no soluciona nada.

Sin importar el papel que asumen las mujeres indígenas en sus pueblos o cuán inconformes están con este, para algunas la violencia es parte natural de su vida. La ausencia de estudios, el escaso conocimiento del español, la falta de socialización de las reglas, la carencia de asesorías en todos los ámbitos (incluidos sus derechos y las leyes para solucionar conflictos) y el predominio del hombre ha hecho de la violencia no solo una de las causas del sufrimiento de las mujeres, sino que también en un mal invisible.

“El machismo era muy marcado. La influencia católica y el alcoholismo que lleva a cuestiones como el maltrato intrafamiliar o maltrato a las mujeres que son constantes, pero hoy en día ya ha

cambiado mucho en varios pueblos indígenas, aunque en otros sigue estando muy latente”, señala Gabriel Muyuy, indígena inga del municipio de Santiago, Putumayo.

La conquista y la colonización trajeron consigo la forma de pensar de Europa, junto con sus costumbres y creencias. La religión católica, la supremacía del hombre y las estructuras de poder son sólo algunos de los aspectos impuestos por los colonos a los habitantes de América. Muchas comunidades indígenas cayeron bajo el mando de la corona española y no les quedó más opción que aceptar lo que se les enseñaba; otras mezclaron unas creencias con las propias y algunas resistieron. Esta resistencia o capacidad de adaptarse fueron los elementos que garantizaron la supervivencia de los 102 pueblos indígenas que hoy en día habitan en Colombia.

Los indígenas no son más del 3% de población en Colombia. Sin embargo, pese a ser una porción pequeña de población, se caracterizan por la variedad de costumbres, creencias y formas organizativas. Al pensar en los indígenas colombianos, muchos se hacen la imagen de un hombre o mujer con plumas, collares, taparrabos, pies descalzos y con dibujos trazados en sus rostros, pero son más que eso. Colombia es tan diversa, que en cada región hay una lengua indígena que aún trata de sobrevivir y de contar las historias de sus antepasados. Los cerca de un millón quinientas mil personas que pertenecen a los 102 pueblos indígenas y que conviven en los 710 resguardos existentes en el país no podrían ser más diferentes. Cada uno de ellos tiene su propia vestimenta, idioma y su forma de querer mostrarle al mundo su importancia y las luchas que han realizado.

Sin embargo, a pesar de sus múltiples diferencias y similitudes, todos los grupos indígenas comparten una historia marcada por la violencia, la discriminación y el poder, que se exagera en el caso de las mujeres. Así, desde sus primeros encuentros con el Viejo Mundo, la imagen de las mujeres indígenas se ha visto desdibujada, distorsionada y malinterpretada por los conceptos e ideologías que rigen a la sociedad occidental.

Cabe recordar que en el siglo XV, cuando fue descubierta América, y en el siglo XVI, cuando comenzó su colonización, Europa era un continente profundamente religioso, donde no cabían dudas frente a los mandatos de la religión católica y el papel de la mujer, que estaba destinada exclusivamente al hogar y a satisfacer los deseos de su esposo y familia.

Los cronistas de la época reunieron sus observaciones, anotaciones y encuentros con el Nuevo Mundo a través de una serie de relatos que hoy en día son denominados las Crónicas de Indias, en las cuales se compilaron sus interpretaciones de América, desde su naturaleza hasta las costumbres de los nativos. En estos relatos, escritos bajo la visión del mundo occidental en el que los hombres estaban acostumbrados a mujeres sumisas y recatadas, las descripciones de las mujeres indígenas son reducidas, por lo que solo se tienen breves esbozos de las mismas, y se realizaron desde la mirada religiosa y cultural de occidente, con estereotipos claramente definidos.

Dentro de estas escasas referencias a las mujeres nativas se encuentran representaciones variadas por parte de los cronistas, pero llama la atención una figura femenina subsidiaria por sus diferencias con la mujer española. Se alude a su belleza unas veces, y otras son calificadas como horribles. Además, con frecuencia, se les señala de lujuriosas o malvadas; o se les llega a considerar guerreras, en alusión a las míticas Amazonas; hechiceras o mujeres-objeto.

Para algunos cronistas, como lo expresó Gonzalo Fernández de Oviedo en ‘Sumario de la historia natural de las indias’, la libertad sexual de las mujeres indígenas es uno de los factores que más llaman la atención para los extranjeros: “Los caciques y señores que son de esta gente tienen y toman cuantas mujeres quieren, y si las pueden hacer que les contenten y bien dispuestas (...), comúnmente las mujeres son buenas de su persona; pero también hay muchas que de grado se conceden a quien las quiere, en especial las que son principales, las cuales ellas mismas dicen que las mujeres nobles y señoras y no han de negar ninguna cosa que se les pida, sino las villanas”.

Otros, como Fray Diego Landa, en ‘Relación de las cosas de Yucatán’, destacan su atractivo físico: "Que las Indias de Yucatán son en general de mejor disposición que las españolas y más grandes y bien hechas, que no son de tantos riñones como las negras. Précianse de hermosas las que lo son y a una mano no son feas; no son blancas sino de color moreno causado más por el sol y del continuo bañarse, que de su natural. No se adoban los rostros como nuestra nación, que eso lo tienen por liviandad".

Sin embargo, no todos los comentarios eran críticos a sus costumbres. Fray Bartolomé de las Casas manifestó en ‘Apologética Historia Sumaria I’ una visión muy diferente a las anteriormente mencionadas y aseguró que eran mujeres castas, religiosas y manifestó que "son

muy amadoras, las mujeres, de la gobernación de su casa, y ejercítanla con diligencia" o, como afirmó en el mismo escrito, para defender su pureza: "las doncellas de que son ya casaderas, tienen las dos años encerradas los padres, que ninguno las ve, y por esa guarda tan estrecha, muchos las desean por mujeres".

No obstante, dentro de las Crónicas de Indias, de manera relativa y reducida, también se evidencia que las mujeres indígenas en realidad sufrieron múltiples formas de violencia por parte de los españoles y miembros de su propia comunidad. Por ejemplo como resaltó el cronista Claudio Esteva-Fábregat, las mujeres eran entregadas por sus parientes a los españoles: "La entrega de mujeres indias por acuerdos y alianzas con los caciques y jefes indios estaba generalizada, ya desde el mismo momento del Descubrimiento colombino, y se confirmó y extendió a lo largo del continente. En las Antillas y en Tierra Firme las hijas de los principales eran entregadas a los mandos y capitanes españoles, mientras que las de menor alcurnia se ofrecían a los soldados".

Además, se tiene registro de la existencia de concubinas, sirvientas y esclavas indias, o que eran usadas como moneda de cambio o parte de un botín de guerra. Así lo detalló Bernal Díaz del Castillo en 'Historia verdadera de la conquista de la Nueva España': "El pobre soldado que había echado los bofes y estaba lleno de heridas por haber una buena india, y les habían dado naguas y camisas, había tomado y escondido las tales indias, (...). Cuando metimos las piezas (...) en aquella casa, [los jefes] habían ya escondido y tomado las mejores indias, que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo de repartir dábannos las viejas y ruines".

Con todo lo anterior, y al compararlo con la situación actual, se puede llegar a dos conclusiones: la primera es que, desde la conquista, la mujer indígena ha sido vista, tratada y analizada desde una perspectiva occidental, sin que se tengan en cuenta sus diferencias culturales para otorgarles un trato respetuoso. En el siglo XVI se podía evidenciar en los calificativos de hechiceras, lujuriosas y salvajes, en el trato como un ser inferior y su objetualización al ser intercambiadas como productos; en la actualidad, a pesar de reconocerse como un país multicultural, se ve la estereotipada imagen de los indígenas en la falta de políticas públicas diseñadas exclusivamente para ellos o en la falta de comprensión de sus prácticas culturales.

La segunda conclusión que se puede obtener al observar el trato y su situación durante la Conquista y la Colonia resulta preocupante, pero esclarecedora: las violencias de las que son víctimas no han desaparecido, solo se transforman. Aunque ya no son esclavas o concubinas, las mujeres indígenas reciben menores pagos por largas jornadas de trabajo. Hoy en día, son víctimas de múltiples formas de violencia dentro y fuera de la comunidad. Todavía son botín de guerra al ser violadas, desplazadas y asesinadas dentro del conflicto armado; y en algunos pueblos se mantienen las prácticas de matrimonios arreglados o la ablación femenina.

“Anteriormente, las mujeres eran las que tenían el mando en las comunidades. Nosotras éramos quienes ayudábamos a los pueblos indígenas a fortalecerlos y no a acabarlos. Pero llegaron las escrituras y todo cambió”, señala Alejandrina Pastor Gil, consejera de Mujer, Familia y Generación de la ONIC.

Es imposible describir el rol de la mujer indígena en Colombia, pues la diversidad de culturas, políticas y tradiciones impiden unificar el papel de la figura femenina en el país. Esto no solo aplica en la comunidad indígena, sino también en la sociedad occidental. Así como las mujeres blancas pueden ser amas de casa, empresarias, empleadas, madres de familia, políticas, médicas, empleadas domésticas, prostitutas y demás, las mujeres indígenas pueden ser cacicas, médicas tradicionales, empleadas, sabias, agricultoras, encargadas del hogar, sacerdotisas, madres o lideresas.

“La mujer para el pueblo Kamëntsá-Biyá es símbolo de la fertilidad, creatividad y la administración. (...). La mujer es la que maneja la plata y administra los animales, curís, conejos, vacas (...). El tema de la fertilidad es una construcción directa entre la creación humana y la protección de la madre tierra. La tierra nos da luz, nos alimenta, nos da la vida y, finalmente, nos acoge. Y eso es directamente comparado con el tema de la mujer. Además, está a cargo de la simbología o la artesanía, que es importante porque, dentro de los tejidos, se encuentra el amasijo de conocimientos de la comunidad. La mujer reconoce los diseños, los elabora y los plasma, y al mismo tiempo es una de las primeras escuelas de los niños, porque la mamá es la encargada de darle la palabra y las buenas costumbres”, relata Andrés Juajibioy, indígena Kamëntsá-Biyá.

Para la mujer indígena y occidental, los últimos cien años han estado llenos de grandes cambios respecto a su rol y aspiraciones en la sociedad. Sin embargo, para las indígenas estos cambios no

siempre representaron un avance y, de hecho, se realizaron en dos direcciones contrarias. Por un lado, las mujeres pertenecientes a estas comunidades perdieron el poder y representación dentro de sus mismos pueblos, privilegiando así la autoridad del hombre, producto de los cambios políticos, sociales y estructurales, como la titulación de la tierra, el conflicto armado, el contacto con la sociedad occidental, las transformaciones mercantiles y económicas dentro de sus pueblos, entre otros. El relato de la Consejera de Mujer, Familia y Generación de la ONIC da cuenta de ello: “Hace unos 80 años éramos las representantes del territorio, pero, a partir del papeleo de poner el terreno a nombre de alguien, eso cambió. Las tierras quedaron a nombre de los hombres y ellos comenzaron a repetir que la tierra era de ellos”.

“La mujer indígena normalmente está relegada a labores del hogar, cuidado de los niños. Las mujeres pocas veces o casi nunca participan en la toma de decisiones. Cuando uno va a trabajar con autoridades indígenas, son pocos los pueblos que llevan mujeres y si llevan, las mujeres poco hablan y no se empoderan. Si uno habla con ellas es porque lo buscan en otro espacio. Esto pasa con indígenas, negros, gitanos y blancos. Es un fenómeno que atraviesa la vida social del país, el continente y el mundo”, señala el antropólogo Juan Francisco Saavedra.

En segundo lugar, el empoderamiento de la figura femenina se ha reforzado con los años. Muchas mujeres indígenas han adquirido y ejercido una notable participación en diferentes escenarios de las comunidades y la sociedad en general. Para dar este paso, las mujeres no solo debieron enfrentar las múltiples dificultades sociales, culturales y estructurales, sino también se repusieron ante la violencia del conflicto armado que les arrebató sus hijos, esposos y padres, y que las convirtió en víctimas de agresiones, violaciones, violencias e inimaginables humillaciones. Y, finalmente, las obligó a tomar el control para alzar su voz en pro de la defensa de sus comunidades y territorios.

“Este era un tema silenciado. Nadie hablaba de la violencia contra las mujeres: eso no existía. Por eso empezar a hablar de esto fue un trabajo muy difícil, muy duro, en el que las mismas mujeres se dieron a la pelea para lograr posicionarlo”, asegura Yaneth Lozano, directora de la Corporación de Apoyo a Comunidades Populares.

Desde la perspectiva occidental, la violencia, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), se entiende como “el uso intencional de la fuerza física o el poder contra uno mismo, hacia otra

persona, grupos o comunidades y que tiene como consecuencias probables lesiones físicas, daños psicológicos, alteraciones del desarrollo, abandono e incluso la muerte”. Además, según el sociólogo Johan Galtung, se manifiesta de tres formas: directa (manifestada física, verbal o psicológicamente); estructural (intrínseca a los sistemas sociales, políticos y económicos) y cultural (aspectos de la cultura que pueden utilizarse para justificar la violencia directa o estructural).

Por su parte, la violencia contra la mujer se presenta como fenómeno ligado a formas de discriminación y agresión tanto directas como indirectas en la sociedad. Esta problemática, que afecta a la mujer se da por su condición de género y abarca la discriminación, agresión física, psicológica y sexual. Además, tiene diversas formas de manifestación, como lo son lesiones personales, violación, secuestro, trata de personas, tortura, muerte violenta, entre otras.

La violencia, debido al conflicto armado y otros episodios de la historia del país, está enraizada en las instituciones y la sociedad en general. Las conductas agresivas, como la violación sexual, las agresiones físicas, los ataques con ácido o la exclusión, se han convertido en hechos del día tras día, con consecuencias lamentables y cuyas víctimas se han convertido en una sola multitud sin rostro, etérea e intrascendente, sobre todo aquellas víctimas que forman parte de las minorías étnicas del país.

Según el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, en Colombia se han registrado más de cuatro mil casos de violencia contra la mujer indígena entre 2011 y mayo de 2017. En este informe se reconoce la violencia intrafamiliar, interpersonal, de pareja y algunas cifras de exámenes médicos por presunto delito sexual.

Asimismo, de acuerdo con el mismo estudio, en lo corrido del año se han registrado 295 casos de violencia contra la mujer indígena y se han realizado 127 exámenes médico legales por presunto delito sexual. Entre estos, la violencia interpersonal, con 132 casos, es la que más reportes presenta; seguida por 123 casos de violencia por parte de las parejas.

La Guajira, Cauca y el Valle del Cauca son los departamentos en donde más se han reconocido casos de violencia contra la mujer. En estos territorios se han registrado 1017 actos de violencia

contra las indígenas. No obstante, Medicina Legal no cuenta con información que permita establecer a qué etnia pertenecen.

En realidad, el Estado y sus instituciones no cuentan con cifras que muestren la realidad que enfrentan las mujeres indígenas en el país. Por ejemplo, el DANE, en el censo de 2005, no tiene datos de cuántas mujeres indígenas hay en Colombia ni la etnia a la que pertenecen. Sin embargo, tampoco se tiene discriminado un porcentaje de denuncia para las indígenas, así que hacer una aproximación tampoco es posible. Según el informe “Derechos humanos, discriminación y violencia: Una mirada a la situación que enfrentamos las mujeres indígenas de Colombia”, realizado por CEDAW en 2013, “la falta de cifras que permitan hacernos idea certera de cuál es la situación real de las mujeres indígenas en Colombia termina siendo un lugar común en las entidades oficiales y de Estado. Nos referimos a que ni el Ministerio Público, ni la Fiscalía, ni instituciones como el ICBF y la misma Dirección de Asuntos Indígenas del Ministerio del Interior pueden dar un panorama sobre las mujeres indígenas sustentado en cifras”.

“(…) Muchas mujeres no conocen sus derechos y, al no reconocerlos, no saben cómo hacer una demanda inmediata. Entonces, si las familias aceptan la violencia, la idea de denunciar va acompañada de miedo e intimidación”, señala Andrés Juajibioy, indígena Kamëntsá-Biyá.

Sin embargo, no es sólo su condición de mujer lo que ha potenciado la violencia contra las indígenas: también, la riqueza de sus territorios las ha puesto en la mira de los grupos de poder. En efecto, la disputa por sus tierras ancestrales ha ocasionado más muertos de los que quisieran contar. De igual forma, la defensa de su cultura y su “pachamama” las ha vuelto objetivo de ciertos grupos y la guerra les ha ocasionado heridas imposibles de sanar.

“Tropas del Ejército Nacional, haciéndose pasar por paramilitares, asesinaron a cuatro indígenas de los Guahíbo e hirieron a otros dos. También violaron a cuatro niñas de 11, 12, 15 y 16 años de edad. Una de las violadas fue Omaira Fernández, de 16 años, quien estaba embarazada. Mientras la comunidad observaba horrorizada, los hombres abrieron el vientre de la joven, extrajeron el feto, lo descuartizaron, pusieron los pedazos en una bolsa plástica y lo arrojaron al río junto con la madre. Ella tenía seis meses de embarazo”. Este es uno de los diferentes casos narrados en el informe ‘Colombia: un laboratorio de guerra. Represión y Violencia en Arauca’ de Amnistía Internacional.

Según el Registro Único de Víctimas, en Colombia se han reconocido más de 8 millones de víctimas por el conflicto armado. De estos, 192.194 han sido indígenas y 97.950 han sido mujeres que pertenecen a este grupo étnico. Abuso sexual, explotación, violación, persecución, amenazas, discriminación étnica, reclutamiento forzado de hijos e hijas y desplazamiento forzado hacen parte de las diferentes violencias que vive la mujer indígena dentro de la guerra. La violencia sexual es una de las prácticas más habituales y por la que el 45% de la población femenina de esta comunidad ha sido afectada.

“Los cuerpos de las mujeres son utilizados por los grupos armados para enviar mensajes de su asentamiento en los territorios”, asegura Yaneth Carlosama, integrante de la ONIC.

Las guerrillas, paramilitares, bandas criminales e, incluso, el Ejército Nacional utilizan el cuerpo de la mujer indígena como objetivo y estrategia de guerra para obtener el control del territorio, para demostrar el poder, la fuerza y la impunidad que favorece a los perpetradores de la violencia en hechos como el de Omaira Fernández, en el que no solo la mujer fue víctima, sino también la comunidad a la que pertenecía.

“Estos hechos tienen afectaciones en el marco de derechos y en lo cultural, porque no solo afectan al individuo, sino también a la comunidad, al pueblo. Hay afectaciones familiares y comunitarias. Un infanticidio es quitarle la posibilidad al pueblo de una semilla, de un niño o niña que tiene toda la posibilidad de entregar su trabajo a la organización y traer vida”, enfatizó Yaneth Lozano.

El desplazamiento forzado de los pueblos indígenas por parte de grupos armados al margen de la ley, miembros de la fuerza pública y de seguridad, empresas y demás actores del conflicto armado ha sido uno de los tipos de violencia más conocidos y constantes de la guerra para estas comunidades. Mujeres y niñas sufren de violencia sexual, física y psicológica protagonizada por estos actores, que imponen su control dentro de las comunidades a través del miedo y el sufrimiento para desplazar y obligar a familias, con bebés en brazos y personas de edad, a huir de sus casas y abandonar sus territorios y tomar el control sobre ellos.

“Los embera katio del Alto Sinú están permeados por la violencia. En su territorio ancestral existían muchos grupos armados al margen de la ley, guerrillas, paramilitares, bandas criminales

y esas cosas, y muchos de los jóvenes embera fueron reclutados por esos grupos. El que menos pensaba tenía armas y se dieron cuenta de que algunos hombres, por desquitarse de las mujeres que les eran infieles o tan solo por sospechas que era infiel, salían matándolas”, se lamenta José de Jesús Sánchez Patriermina, indígena Zenú y abogado.

Por otro lado, la disputa y guerra entre grupos armados han eliminado resguardos completos, asesinando a esposos de mujeres indígenas, que quedan viudas y deben hacerse cargo de todas las responsabilidades del hogar y de su familia por sí mismas. A eso, se le suma la falta de educación y la poca estabilidad económica como resultado de la ausencia de la persona que daba el sustento familiar.

“Ella se separó y empezó una nueva vida. Vivía con su nuevo compañero sentimental y sus hijos en la comunidad, pero jamás se imaginó que su expareja un día perdería la cabeza y se aparecería en su casa para destruir su vida. De un momento a otro, ya no tenía familia: la vida de su esposo y sus hijos se había extinguido. Él los asesinó y luego arremetió contra ella, violándola y dejándola herida en el que solía ser su refugio. Él era un médico espiritual, una autoridad del pueblo indígena”, cuenta la directora de la Corporación de Apoyo a las Comunidades Populares sobre uno de los casos atendidos.

¿Cómo entender la violencia contra una mujer? ¿Cómo encontrar un escape? La situación se vuelve compleja cuando el enemigo está en casa; intrincada cuando, a quienes se acude por ayuda, se niegan a darla; y se torna imposible cuando todo el pueblo, la comunidad y la familia consideran su dolor como algo normal, cultural y casi sagrado.

¿Cómo escapar de la violencia cuando se está acostumbrado a vivir en ella?

“La mujer es víctima de una agresión de su esposo porque sospechaba o descubrió que era infiel. Entonces la agrede o la mata y muchas veces ni siquiera se sabe nada acá dentro de la justicia ordinaria, si hubo excesos o no y ahí sí tratar de establecer el parámetro de si es aplicable la ley indígena o la justicia de los blancos”, afirma José de Jesús Sánchez Patriermina, abogado Embera Kativa.

No es solo el dolor de un golpe o la impotencia de las súplicas no escuchadas. Es el miedo que les atenaza el estómago, les quita la voz y paraliza sus cuerpos. Es la angustia en los gritos de sus

hijos que son incapaces de consolar. Es el terror de que el último momento llegue en el siguiente golpe. Son las miradas cargadas de lástima y recriminaciones, y los oídos sordos a sus palabras.

La violencia nunca es solo un grito, un golpe o una violación. Es dolor, miedo, angustia, incertidumbre, desesperanza, terror, impotencia, intranquilidad, tristeza e incomprensión. Para una mujer indígena es un equilibrio que se rompe y, dependiendo de su comunidad, puede significar una actividad común imposible de comprender, pero con la que no se puede luchar. Para estos casos, pueden buscar a su familia, pero ellos ya habrán aceptado que su destino era ese. Pueden acudir a una autoridad tradicional y esta, con suerte, la escuchará, sentará a las familias y se realizarán acuerdos o se impondrá un castigo, pero lo más probable es que todo continúe. O, además, pueden atreverse a ir a una estación de policía, a la justicia de los blancos, que probablemente esté a más de dos horas de su resguardo y representa un gran gasto económico y físico, donde probablemente les dirán que lo arregle en su comunidad.

¿A quién se puede acudir por ayuda cuando se es mujer e indígena?

La familia y la comunidad no siempre ven esas situaciones como un problema o algo perjudicial. Las autoridades tradicionales no siempre las atienden, ni les creen, o no ven la gravedad de los hechos ni aplican sanciones efectivas. ¿Y el Gobierno? Si es difícil denunciar y obtener justicia para una mujer occidental, para una mujer indígena es mucho peor. Fácilmente, la respuesta podría ser: “Arréglenlo entre ustedes”, “eso no lo podemos atender acá”, “se lo buscó”, “si no entiende, busque un abogado”.

“Betty es la mamá de un niño wayuu especial que está tratando de sacar una certificación de la autoridad tradicional. La funcionaria de asuntos indígenas de Uribia le dice “ven la próxima semana”. Ella vuelve y le dice “venga el jueves”. Ella vuelve a ir; luego, “vente mañana”. El viernes le dijo “vente el lunes” y así lleva dos semanas. Todo por una certificación que diga que esa señora es autoridad de la comunidad. ¿Y qué va a hacer ella con ese papel? Ir a la Registraduría para sacar el registro civil del niño que está enfermo para que lo atiendan. ¿Qué tal que a ese niño, que está esperando ese registro, le llegara a pasar algo? ¿A quién culpan? Pues a ella, pero nadie ve todo lo que tiene que pasar para conseguir un simple papel”, relata Rosa Iguarán, indígena wayuu.

No en todas las culturas se entiende la violencia por igual. Desde la mirada occidental no siempre es fácil concluir que un golpe, un grito, una mano en un lugar indebido del cuerpo de la otra persona, una amenaza, el no tener la posibilidad de opinar o hablar es violencia. Esto es aún más difícil para los grupos étnicos.

Según estudios realizados en 2013 por el Comité para la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer, por lo menos el 70% de las mujeres indígenas ha sufrido o sufren por violencias intrafamiliares y comunitarias.

Muchas de las formas de violencia que se generan y reproducen durante años dentro de un pueblo se realizan bajo la figura de prácticas culturales, lo que implica que no son solo replicadas de generación a generación, sino que también son protegidas por la comunidad como parte de sus dinámicas culturales. Así, algunas de las formas de violencia identificadas por la sociedad occidental no son reconocidas como tales por diferentes culturas indígenas, puesto que tienen un significado dentro de su cosmovisión.

No obstante, y a pesar de este significado cultural, muchas de estas prácticas han demostrado ser nocivas para la salud física, sexual y psicológica de las mujeres, y se ha probado que generan significativos daños en sus vidas. Un ejemplo de esto es la ablación genital femenina, que es una práctica que comprende los procedimientos por los que, de manera intencional y por motivos no médicos, se alteran o lesionan los órganos genitales femeninos. La ablación femenina es, según la OMS, una práctica perjudicial, pues no aporta ningún beneficio a las niñas y, en cambio, puede producir hemorragias graves, problemas urinarios, infecciones o complicaciones en el parto.

Sin embargo, esta práctica todavía es común entre los Embera y Nasa. “La justificación es que el órgano hace promiscuas a las mujeres, les prende las ganas de estar con cualquier persona y ese es el miedo. Las mismas mujeres son las que practican la ablación. Con las mujeres nasa en 1993 se llegó a un acuerdo para eliminar la práctica por completo y el Estado supuso que se había eliminado. Después de unos años, se supo de unas niñas a las que les habían practicado la ablación. La abuela salió a decir ‘sí, yo les practique la ablación porque es una muestra de resistencia de lo que es mi pueblo’. Resistencia en el sentido en que estas mujeres se metan con blancos, una práctica propia de la comunidad Nasa”, aclara Juan Francisco Saavedra, antropólogo.

El debate entre qué prácticas tipifican la violencia y hasta dónde son justificables como parte de la cultura es crucial al analizar todas las formas de violencia contra la mujer indígena. La ablación genital femenina; los matrimonios entre adultos y niñas de 10, 11, 12 años; las dinámicas económicas de la comunidad; la pelazón para las mujeres (arrancarles el pelo a las menores cuando tienen su primera menstruación); la dote y precio para las novias; el aislamiento durante la menstruación; los abortos selectivos y la estigmatización de la mujer son solo algunas de las prácticas que se presentan en los pueblos indígenas y que están sujetas a esta controversia. Pero, ¿cuándo se puede decir que una práctica cultural es violencia?, ¿dónde está el límite entre la una y la otra?

Dar una respuesta completa y definitiva a estas cuestiones no es posible. Sin embargo, con base en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, solo se puede concluir que el nebuloso límite se encuentra en el punto en donde el bienestar, la seguridad, la salud y el respeto de las mujeres o del otro comienzan a verse afectados.

“Hay que tener en cuenta que estas prácticas no son para nada prácticas culturales. Puede que sean unas costumbres que se han instalado ahí, pero que son nocivas y atentan contra la vida y dignidad de las personas y del pueblo. Por lo que de ninguna manera se pueden llamar prácticas culturales”, considera Yaneth Lozano.

Sin embargo, no solo las violencias más comunes forman parte de este grupo. Existen otros cientos de violencias cotidianas que se suman a las anteriores. Que pueden parecer muy grandes o muy pequeñas, pero que completan la difícil situación de las mujeres indígenas. Al igual que todas las mujeres, las indígenas son propensas a sentirse inferiores respecto de su compañero sentimental o sus familiares; la dependencia económica de los demás, sin tener más conocimientos que los trabajos del hogar; ser rechazadas por ser mujeres; ser juzgadas y culpadas por las agresiones que han sufrido, y ser ignoradas en las instituciones.

“Nosotros somos una cultura matrilineal. Nuestros hijos heredan el linaje por línea materna. Si la abuela es Epieyú, mis hijos son Epieyú y los hijos de mi hija van a ser Epieyú. En Uribia, yo le decía a la notaria “yo quiero que mis hijos sean Epieyú, yo no quiero que lleven el apellido del papá”, y la notaria, racista, me dice “no, es que tú te casaste y estudiaste y eso es para aquellas que no estudiaron”, y yo le dije “¿usted no sabe que usted está vulnerando los derechos de mis

hijos, a que ellos sean afiliados de acuerdo a la afiliación wayuu””, cuenta Rosa Iguarán, secretaria general del partido Mais (Movimiento Alternativo Indígena y Social).

La poca educación o la falta de conocimiento del español les impiden el acceso a muchas oportunidades, instituciones o alternativas. El racismo que permanece en la sociedad afecta la atención que reciben en las instituciones públicas, que tampoco están diseñadas para ellas, como se profundizará más adelante. Asimismo, para quien decida tener activismo político en una comunidad que no contempla esa labor para las mujeres se puede generar desdén y burlas constantes. Y para la indígena que decida denunciar se puede generar rechazo o incompreensión por parte de las autoridades, la familia o el pueblo.

Además de todo lo anterior, también deben enfrentarse a la culpa. Así como lo explica Yaneth Lozano, las mujeres indígenas son culpadas en sus comunidades por las violencias, las agresiones, las violaciones sufridas, hasta tal punto que ellas también se creen responsables de haber sido víctimas y violentadas.

“La ley no nos ayuda a nosotros. La ley 1257 dice “vaya y demande”, pero eso nos complicó las cosas. Es muy difícil. Por ejemplo, si le pegan a una mujer en la época de lluvias, no puede ir a denunciar porque no cuenta con mula o caballo. O si llega, allá le dicen “venga en 15 días”, y eso no soluciona los problemas. La justicia no está hecha para los pueblos indígenas; no toma en cuenta sus condiciones. Además, si uno no tiene plata, es mejor que no se ponga a denunciar, porque queda mal vista ante las comunidades. Si no tiene con qué alimentar a sus hijos y denuncia al hombre, este no le da el alimento. Entonces uno se va al Bienestar Familiar y eso de ahí para allá es llenar y llenar papeles. El hombre no cumple, el Bienestar no ayuda y en las comunidades lo juzgan. Termina uno revictimizado en las regiones”, asegura Alejandrina Pastor, Consejera de Mujer, Familia y Generación de la ONIC.

Los avances del Gobierno en el último siglo en cuestión de Derechos Humanos para los pueblos étnicos y las mujeres son innegables. Se pasó de un desconocimiento de la existencia de los pueblos indígenas a reconocerlos y aceptar su autonomía, justicia propia y territorio. Por su parte, las mujeres dejaron de ser un objeto más para ser consideradas ciudadanas en todo el sentido de la palabra; es decir, con derechos y deberes dentro de un Estado democrático, y lograron ser reconocidas como iguales al hombre. No obstante, estos avances legales no se han realizado a la

par que los avances políticos, sociales y culturales. Así, mientras la Constitución establece que todas las personas son iguales, en la calle se discrimina al indígena, al negro, al diferente. Mientras se habla de igualdad de oportunidades, las mujeres continúan recibiendo menores salarios. Mientras se habla de seguridad, bienestar y justicia, las instituciones siguen siendo frágiles e indiferentes.

“El primer paso que da la Constitución es decir ‘somos un país pluriétnico y multicultural’ que en últimas es carreta, porque mucho de esto es letra escrita. El derecho son papeles, leyes que están ahí, que existen, pero que, cuando vamos a ver la aplicación, da mucho que pensar. El reconocimiento está, pero cuando se para una autoridad indígena frente a una autoridad estatal no se miran como iguales”, se lamenta el antropólogo.

Todas las personas son susceptibles de sufrir algún tipo de violencia, pero las posibilidades de sufrirlas se incrementan cuando hacen parte de una minoría y su posibilidad de recibir una ayuda adecuada se reduce al no conocerse sus particularidades. Teniendo en cuenta, además, que los grupos indígenas representan sólo al 3% de la población y que, de ellos, solo la mitad son mujeres, se puede concluir que a grandes rasgos un 1.5% de la población colombiana es mujer indígena. Esto implica que, tal como la CIDH asegura, la situación de las mujeres indígenas es más delicada y particularmente crítica al ser víctimas de dos formas de discriminación por su raza o etnia y por el hecho de ser mujeres.

“El simple hecho de uno vestirse diferente a los demás dice mucho, pues lo miran raro. Algunos me decían que si iba para la fiesta de disfraces o algo así, por la ropa que tenía. No es fácil que alguien te mire raro o que trate de descalificarte por tu vestuario, porque es diferente. ¿Cuántas mujeres wayuu no se ponen la manta en Bogotá porque les da pena que las vayan a mirar mal o que las vayan a señalar? ¿Cuántas mujeres wayuu dejaron la manta y se pusieron pantalón para que no las vieran diferente? Llega un momento en que a uno lo hacen sentir mal, inferior”, relata Rosa Iguarán.

Aunque la mujer indígena se enfrenta a muchas barreras como ser humano, estas solo se pueden comparar a las que se enfrenta como miembro de una comunidad. Es importante entender que las agendas de luchas de los pueblos indígenas comienzan por el reconocimiento de su existencia, el respeto por su territorio y sus prácticas culturales, y la comprensión de su autonomía. Como un

grupo vulnerable, sus esfuerzos se concentran en la búsqueda de ciertos reconocimientos históricos y comunitarios, por lo que los temas individuales se han visto relegados a un segundo plano.

“En la agenda de los pueblos indígenas, y en general de las autoridades, el tema importante es el territorio, la autonomía, la cultura, incluso el tema administrativo que cubre a todo el mundo, pero el tema del enfoque diferencial, de mujeres, niños o comunidad LGBTI, en lo diferencial, es decir en los indígenas, a veces se confunde. En el enfoque de mujer y niños indígenas no hay conciencia por parte de los indígenas o la sociedad occidental y eso hace que a veces se presenten situaciones de injusticia”, señala Gabriel Muyuy.

Así, durante los últimos 50 años, los indígenas han logrado que se les reconozcan sus lenguas, sus prácticas, su autonomía, el derecho a ejercer su propia justicia y autoridad. Y, aunque estos reconocimientos no siempre se han visto reflejados en su aplicación, existen, y el camino para aplicarlos ya se ha empezado, aunque esto forme parte de otro debate. Sin embargo, mientras se continúa en la lucha de los reconocimientos generales, se siguen presentando vacíos en el componente diferencial dentro de las comunidades. Las mujeres, los niños y la comunidad LGBTI son parte de este vacío cultural y legal que ha quedado relegado para estos pueblos y que han sido invisibles bajo las demás luchas.

“Una muchacha decidió denunciar al esposo y las autoridades le pusieron una caución al hombre, pero ella no entendía cómo funcionaba. Un día, la muchacha fue a su casa a reclamarle algo que él le debía y le pusieron una multa a ella. Ella me decía: “yo no sabía que no podía acercarme al señor porque podía perder la caución. No me explicaron bien. Ahora tengo que pagar \$2’800.000”. El empleado jurídico no tiene ese enfoque indígena para poder decirle ‘mire, una caución quiere decir que no se puede acercar’. En estas entidades no hay una persona con el enfoque indígena, que nos explique cómo funciona”, critica Alejandrina Pastor.

Cualquier mujer que haya sido golpeada, maltratada, amenazada, agredida, violada o haya sufrido cualquiera de las cientos de formas de violencia que se presentan en el país, puede acogerse a la ley 1257 de 2008, que dicta las normas de prevención y sanción de las formas de violencia y discriminación contra las mujeres. Las indígenas, como cualquier colombiana, también pueden hacerlo. Sin embargo, acceder a la justicia ordinaria no siempre genera un resultado positivo,

porque en muchas ocasiones no coordina con su justicia especial y las deja desprotegidas, sin una instancia clara a la cual acudir y sin tener en cuenta todas las particularidades, como vivir en la zona rural, a dos, tres o cuatro horas de cualquier municipio grande.

“La ley no ayuda. Hay mujeres que no salen ni siquiera a Bogotá, que no saben leer. Cuando se construye la política, no se tiene claro para quién es. Dicen ‘prepárense porque aquí tenemos que denunciar’, pero eso no nos ha servido de nada y solo nos revictimiza”, manifiesta la Consejera de la ONIC.

Por su parte, Estercilia Simanca Pushaina, indígena y abogada Wayuu, piensa que denunciar a través de la justicia ordinaria es necesario, porque todas las mujeres tienen sus derechos garantizados por la Constitución, pero los resultados dependen de la manera de acceder a las leyes: “Si una mujer indígena, negra, asiática, occidental, o lo que sea, no denuncia, pues la justicia no puede hacer nada por ella”.

Es necesario comprender que la multiplicidad de contextos en el país genera un abanico de posibilidades para la mujer indígena que decida recurrir a la justicia ordinaria. Por un lado, si viven cerca a una zona urbana, con fácil acceso a las instituciones del Estado (y estas deciden que no es competencia de la jurisdicción especial indígena), si sabe leer y escribir o recibe una asesoría adecuada, y la justicia se desarrolla a una velocidad mayor de la usual en el país con la sexta justicia más lenta del mundo, las mujeres pueden obtener un resultado positivo en su proceso de demanda y en las garantías que necesitan para continuar con su vida. Aunque ello siempre puede generar una serie de consecuencias en la vida de la comunidad, como divisiones internas, juzgamientos y desconfianza.

Sin embargo, si alguna de las condiciones anteriores no se cumple, la mujer indígena comienza a enfrentar una serie de dificultades para acceder a la justicia: el hecho de no poder llegar a la institución adecuada; que se le indique que su cabildo debe tomar el caso; no entender la ley; una espera eterna para un resultado; quedarse sin garantías, sin con qué alimentar a sus hijos o con qué defenderse.

Para la Consejera de Mujer, Familia y Generación de la ONIC, todo lo anterior se debe a que, además de que no se toman en cuenta las particularidades de las indígenas, tampoco se les

capacita adecuadamente para entender el funcionamiento de las leyes, el proceso de denuncia y los posibles resultados legales que puede generar una denuncia, por lo que muchas veces el resultado termina generando más dificultades que alivios.

La otra alternativa para las mujeres indígenas que no desean o no pueden acceder a la justicia ordinaria es poner el caso en manos de las autoridades indígenas.

“Nuestra ley o nuestro derecho propio se basa en un sistema de compensaciones por ofensa. El tema de lesiones personales, agresiones físicas, verbales y psicológicas hacen parte del derecho constitutivo wayuu que es basado en las costumbres y en un rango de ofensas y, dependiendo el grado de ofensa, el victimario debe compensar el daño causado. Los familiares maternos, tanto de la mujer como del agresor, pagan la ofensa a través de un palabrero. Entonces, tasan lo que consideran que podría valer la sangre derramada, sin importar si es producto de lesiones personales o de un parto. Es un sistema de compensación por sangre derramada”, señala abogada wayuu Estercilia Simanca.

La manera de hacer justicia en las comunidades indígenas varía según cada pueblo. Por ejemplo, para el pueblo Kametsá, se puede aplicar la cárcel o los usos y costumbres, como el látigo; para los Nasa, el sistema de justicia aplica remedios para la sanación de enfermos, la aplicación del cepo o la privación de la libertad en cárceles -en coordinación con el Inpec- o en centros de armonización; a los Embera Katio del Alto Sinú se les juzga y son reclusos en una prisión especializada para ellos; en el pueblo Inga, el agresor es drásticamente sancionado y sometido a la vergüenza pública y el castigo es mucho más fuerte que encerrarlo en un calabozo o una cárcel. Al mismo tiempo existe una agresión física y debe comprometerse a no volver a repetir los daños causados. Y así en cada pueblo indígena existente en el país.

“Desde el Estado, la existencia de la Jurisdicción Especial Indígena se ha aceptado como un descargo de responsabilidades. En la medida en que un caso suceda en algún tema indígena, sea en territorio indígena, con personas indígenas o que el bien afectado sea un bien indígena, el Estado ha soltado, cuando le conviene, esa responsabilidad. Sin embargo, cuando ve que es un caso que lo afecta directamente, sí reclama potestad”, señala Francisco Saavedra.

A pesar de que cada comunidad tiene sus principios de autonomía y su manera de ejercer justicia, esta se caracteriza por su fragilidad y dependencia de las variables humanas, como la moral, los estereotipos, las emociones o los desequilibrios. Un líder indígena, la autoridad o el cabildo es el encargado de tomar la decisión frente a cualquier caso que llegue a la jurisdicción especial indígena, a través de una evaluación y la decisión de una pena. Pero estas autoridades no son infalibles, como lo indica el abogado José de Jesús Sánchez:

“La mujer está sujeta al juzgamiento muchas veces caprichoso de las personas encargadas de impartir justicia al interior de las comunidades. Todos los humanos estamos sujetos a pasiones, a desequilibrios psicológicos y algunas veces el encargado de impartir justicia es una persona perturbada que les tiene rabia a los unos o a los otros, que le cae mal este o el otro, entonces esa imposición de castigo llega a extremos”.

Es imposible ignorar el hecho de que esta justicia queda a merced de los estereotipos que tenga la persona o una comunidad, lo que puede afectar la aplicación de justicia para las mujeres. Así como lo manifiesta Janeth Lozano, la directora de la Corporación de Apoyo a Comunidades Populares, en las comunidades indígenas y sus autoridades se pueden presentar los mismos hechos que en la justicia ordinaria: “Se repite lo mismo. También los que reciben los casos siguen los chismes y se quedan en lo que todos dicen: ‘usted se lo buscó’, ‘él era su esposo, ¿usted por qué no le hace caso?’. Salen con cosas como esas, que no son diferentes a lo que pasa en la justicia ordinaria”.

Cabe resaltar que no todos los casos de violencia contra la mujer indígena tienen un resultado negativo. La justicia especial, en algunos de los pueblos, ha actuado de manera efectiva para evitar que se repitan los hechos de agresión contra la mujer que llegan a ellos. No obstante, la conclusión más recurrente suele ser menos satisfactoria. La mayoría, debido a una debilidad institucional, una variable humana o la falta de capacitación, terminan dejando a la mujer en una situación vulnerable e incierta.

Aunque las mujeres indígenas son conscientes de la existencia de una autoridad que respalda cada uno de los derechos y deberes dentro de su comunidad, la falta de apoyo del Estado, a través de recursos, capacitaciones y una correcta asesoría, ha afectado a la justicia especial para cumplir a cabalidad su responsabilidad. La ausencia de infraestructura, recursos y la poca formación de

las autoridades indígenas frente a los casos de violencia contra la mujer han impedido el avance de un reconocimiento de la problemática, sin dar una solución a los cientos de casos que ocurren dentro de los territorios y que son vistos y practicados sin censura como parte del diario vivir del pueblo.

“El Estado sigue enfocándose en aspectos que debería garantizar desde la Constitución del 91, todo es muy básico, pero a la hora de fortalecer a los grupos étnicos, capacitarlos y darles garantías no lo hace como debería ser y, por eso, allá, en las comunidades, no existe una justicia adecuada. Una autoridad indígena, que no tiene la capacitación o los elementos necesarios frente al maltrato a una mujer, no es consciente de tal gravedad. Pero eso no es culpa de esa persona, porque eso es lo que tiene la comunidad. Es culpa del Estado que no ha proporcionado las posibilidades y oportunidades para que se haga efectiva la justicia dentro del pueblo indígena”, afirma Gabriel Muyuy.

¿Cómo proteger a las mujeres indígenas si las formas de violencia que pueden afectarla no se conocen? ¿En qué punto comienza la agresión y la violencia? ¿Cuándo una conducta deja de ser normal para convertirse en perjudicial? Son preguntas que ni el Estado, ni las instituciones o fundaciones, ni los pueblos, ni las mujeres han buscado, ni mucho menos han logrado responder. Para algunas mujeres indígenas, la violencia se identifica solo con la agresión física, pero, para otras, empieza con el maltrato verbal: “La violencia comienza desde cualquier acto que atente contra su dignidad, integridad física, psicológica, emocional y todas las situaciones de exclusión. Cuando se les expropia, discrimina, excluye o cuando hay acoso”, aclara Yaneth Lozano.

“Los indígenas y las poblaciones étnicas han vivido estas fronteras, en el margen, por lo que, al ser excluidos históricamente del modelo estatal, han estado por fuera de este, pero también se les ha dicho que viven dentro del Estado. El indígena no sabe concretamente qué es, si está afuera o está adentro. Cuando le conviene estar adentro, se va a parar adentro y viceversa. Esa es la condición de estar en ese borde. El punto de contacto viene a ser una ley de coordinación entre las justicias, pero no existe tal ley, sino que solamente se dice que el indígena puede ejercer su jurisdicción en su territorio. Entonces, no queda claro hasta dónde llega el uno y el otro”, afirma Juan Francisco Saavedra.

El Comité para la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer - CEDAW concluye que la vulneración de los derechos de las mujeres usualmente corresponde a la fragilidad de la justicia indígena y la inoperancia de la ordinaria, lo que termina generando una serie de barreras que las revictimizan.

“El Estado determinó que la justicia de los pueblos indígenas debe tener unos mecanismos de coordinación con la justicia ordinaria y unos mecanismos de verificación. Pero no se ha cumplido por el desorden administrativo. Hace falta mucho orden para que nuestra justicia establezca los parámetros y se determinen los mecanismos de cooperación para evitar estos casos”, declara José de Jesús Sánchez.

Sin embargo, los expertos consultados concuerdan en que lo importante y la solución a esta dicotomía es fortalecer y capacitar a la justicia indígena, para que esta pueda atender las necesidades de las mujeres.

En cambio, la Consejera de Mujer, Familia y Generación de la ONIC asegura que lo que se debe hacer es empoderar a la mujer en sus territorios y no hablarle desde leyes recientes, sino desde su cultura y sus conocimientos, para poder tener argumentos para discutir con sus autoridades indígenas. “Las compañeras me han preguntado ¿cómo hago desde mi ley de origen para hacerme respetar? Esa ley con la que no pago transporte, no tengo que bajar a poner mi denuncia y no terminó siendo burlada, sino una ley que me ayude y con la que pueda ayudar a mi comunidad. Que me fortalezca para que mi compañero que no me puede golpear porque así lo dice la ley de origen”.

Durante su trabajo en la Consejería, Alejandrina Pastor se ha encontrado con el abandono de las leyes tradicionales, de las leyes de origen, y asegura que esto se da por seguir la justicia ordinaria, que termina debilitando a los pueblos. Así que, a modo de solución, la Consejera propone dejar tantas leyes a un lado, y retomar las leyes de origen, las de los sabios.

Las comunidades indígenas las llaman la ley de los sabios, porque son normas que expresan la sabiduría y el conocimiento ancestral del pueblo indígena que ha sido caracterizado por ancianos, médicos y sabios tradicionales que, desde su razón y saber, muestran otra perspectiva de concebir el mundo y dar a conocer, a otros pueblos y a la sociedad occidental, su autonomía.

Estas leyes, las de origen o el Derecho Mayor, como es llamado por otros, es el ejercicio de justicia que los pueblos indígenas manejan dentro de sí mismos para mantener el equilibrio y la armonía de las comunidades étnicas. Desde el orden del universo hasta la creación, protección y conservación de los pueblos, se ven expuestas estas las leyes que, sin duda alguna, para la mayoría de indígenas, como la consejera Alejandrina, es la más acertada y la que cumple con las reglas fundamentales de una pueblo.

“Cuando hablaba con unas mayores, me recordaron lo importante de nuestra ley de origen. Me dijeron: ‘¿ustedes por qué son tan bobos? Están aprendiendo de esas leyes nuevas. Eso no dura. Lo que se hace ahorita es desechable. Aprenda desde el origen del mundo’. Dijeron que debíamos hablar desde la originalidad para que los hijos, los nietos y los bisnietos escuchen, porque no se está inventando. Un ejemplo de esto es la ley de la hormiga culona. Si le habla muy fuerte o si le grita a una hormiga culona, se le desprende la colita, por eso la mujer era considerada como esa hormiga, por eso se le debe cuidar”, relató.

Por otro lado, la falta de conocimiento de los derechos por parte de las mujeres no ha permitido que ellas reconozcan cuándo se enfrentan a cualquier tipo de violencia, llegando al punto de normalizar cada golpe, grito u ofensa. Según Juajibioy, “la clave de tejer el deber es conocer el derecho y, si uno no conoce cuál es su derecho, no sabe ejercerlo. El reconocimiento del derecho les da la oportunidad a las personas de actuar a tiempo”.

Por esto, en los pueblos es importante determinar desde sus costumbres cuál es la definición de violencia sin sobrepasar el valor a la vida y la felicidad que merece la mujer. Es esencial generar estrategias de educación para que las autoridades indígenas tengan pleno conocimiento de las problemáticas a las que se enfrenta la mujer indígena y cuáles son sus derechos. “El tema de la mujer debe ser desde la cabeza principal para abajo”, concluye Muyuy.

De la misma manera, desde los líderes y lideresas es importante empezar con la tarea de la visibilización y reconocimiento de los hechos y conocimientos alrededor de la mujer indígena, con el fin de generar conciencia en cada persona y pueblo, y permitir que los casos de violencia sean atendidos a tiempo y evitar que se vuelvan a repetir. “Es un cambio muy grande el hecho de que las mujeres puedan empezar a hablar, a denunciar y llevar los casos ante sus autoridades y se aplique justicia”, afirma Yaneth Lozano.

Por otro lado, es necesario incluir dentro de la agenda de las comunidades el tema del enfoque diferencial y de equidad de género, ya que la figura femenina puede influir en las decisiones de su pueblo y promover su fortalecimiento. Por consiguiente, es primordial que este asunto se discuta entre hombres y mujeres y se llegue a un mutuo acuerdo, donde se respeten los derechos y se cumplan los deberes de unos y otros. Según Gabriel Muyuy, “esto hay que captarlo conjuntamente para que tanto los hombres como las mujeres entendamos que hemos avanzado en historia, que hay unos derechos por los que muchos indígenas hemos luchado, que hay unas normas que debemos aplicar y que no podemos justificar actos contrarios a los avances desde el supuesto de las prácticas culturales”.

A pesar de esto, otros como José de Jesús Sánchez Patriermina creen que una alerta temprana sería una de las soluciones frente a la violencia contra la mujer: “además de la coordinación, debería existir una especie de inspección que funcione como alerta temprana para que aquellos comportamientos que son excesivos, y que son denigrantes para las mujeres y para todas las comunidades en general, informen oportunamente a la justicia ordinaria y así imponer los correctivos del caso”.

La ausencia del Estado en muchos de los territorios ha conllevado a que no se imparta la justicia adecuadamente. Muchos hacen el llamado a que el Gobierno y sus instituciones protejan sus derechos y les den mayor respaldo para poder ejercer su autonomía. “Que el Estado colombiano garantice los elementos necesarios para que la justicia indígena en los territorios funcione plenamente: capacitación a los que van a impartir justicia, elementos de logística, recursos, infraestructura. La justicia indígena funciona bajo el amparo del Estado. No le pidamos a la justicia especial indígena cuando el Estado no le ha dado nada. Está en mora de que le den las garantías para que funcione en todos los temas porque la Constitución política no dijo “administren justicia en ciertos temas” en hurtos o lesiones leves”. No, dijo que pueden administrar justicia con facultades plenas, pero, para que funcionen, necesitan garantías”, afirma el indígena Inga.

Las violencias contra las mujeres indígenas son un fenómeno invisible pero latente dentro del país, sin importar el origen de la violencia o la forma en que se manifieste. Son hechos que marcan la vida de estas mujeres y las aíslan de la sociedad, que ensombrecen su camino y, por lo

tanto, el de una comunidad. Por todo lo anterior, es imperioso que estos casos sean reconocidos, atendidos y prevenidos para salvaguardar la vida y el futuro de las comunidades, porque la mujer es la semilla y la fuente de vida que, cuando se seca o enferma, pone en peligro de extinción un territorio y una cultura.



LAS HUELLAS IMBORRABLES DE ANA

SILVIA

Parecía simple: La mujer indígena solamente es para casarse y tener hijos. Debe estar en la casa, no debe andar por allá parada mirando quién sabe qué; debe cuidar a los hijos, al esposo, andar detrás de ellos y hacer las labores del hogar en vez de andar en otras vainas. Eso es lo que he escuchado desde que tengo memoria. Lo han repetido tantas veces, que se nos olvida que hay otras opciones. Sin embargo, aunque muchas sí se lo creyeron, yo no.

Imagínese, yo caminaba cinco horas para ir a estudiar y otras cinco para volver a casa. Las horas se hacían eternas, pero todo eso valía la pena. Quería ser una mujer paez importante, alguien en la vida y por eso, a mis 22 años, por allá en el año 90, me la pasaba más caminando y en el pueblo que en el resguardo.

Yo vivía a muchos kilómetros del pueblo. Como resultado del conflicto armado colombiano, mi comunidad paez, o “nasa”, como nos llaman algunos, está ubicada en varios departamentos como el Putumayo, Huila, Valle del Cauca, Meta y Caquetá, pero la gran mayoría habitamos en las montañas del Cauca. En mi resguardo hace más de 30 años se le llamaba a la autoridad “Cacique”, pero ahora le llamamos Gobernador. La diferencia no solo está en el nombre, sino que el Cacique era el que tenía el máximo poder y el que gestionaba, ayudaba, controlaba y no se robaba la plata. Pero todo eso ha cambiado con el tiempo. Incluso cambió la forma de comunicación. Cuando era pequeña, recuerdo que mi padre hablaba Nasa Yuwe, nuestra lengua nativa, y el español. Él fue quien nos enseñó el idioma y a quien, hoy en día, doy gracias por abrir el camino para que una indígena de escasos recursos como yo pudiera comunicarse con los blancos.

Aunque mis papás no me pudieron dar el estudio que tanto quería, ni a mí ni a mis seis hermanas, cursé mis estudios hasta quinto de primaria. En esa época no había la plata y el estudio nunca fue

algo importante en mi familia porque, cuando yo era pequeña, estuvimos de casa en casa buscando un techo para dormir. Vivimos lo que acá en Colombia llaman el “desplazamiento” y por eso, cuando vi la oportunidad de aprender, no lo pensé dos veces. Sin embargo, nunca imaginé que querer salir adelante iba a ser tan complicado y, mucho menos, que iba a despertar tirria en las personas que viven en mi comunidad, aquí, en el norte del Cauca.

Cuando tenía 22 años iba seguido al pueblo a averiguar qué podía hacer para terminar mis estudios, pero las opciones no eran muchas. Supongo que pensaban que mi edad ya era muy avanzada para actuar como una niña de 10 u 11 años, pero nunca dejé de buscar la oportunidad de estudiar. En el año 96 no existía eso que ahora llaman validación, hacer dos o tres cursos dentro de un mismo año; pero en el año 97, cuando ya tenía 29 años, llegó un profesor del municipio de El Tambo, en Cauca, a darles la posibilidad a muchos que no teníamos estudio de terminar el bachillerato. Él fue el primer maestro que formó la secundaria de educación para adultos acá en Santander de Quilichao.

A mí siempre me decían “Ana Silvia, usted no debería estudiar”, pero yo soñaba con salir de mi casa y ayudar a mi comunidad. Me arriesgué e hice los cursos de sexto a once en solo tres años y, a pesar de todo lo que tuve que pasar, terminé mis estudios cuando ya estaba casada. Eso fue en el año 2000, cuando ya tenía 32 años.

Me casé muy joven. Tenía 22 años cuando mi esposo fue a pedir mi mano. Llevó gallinas, arepas, chicha de maíz y, con mucha cortesía, me pidió a mis papás. Cuando acepté, comenzamos a organizar la boda. Nos casamos por lo civil el 17 mayo de 1990 y en el juzgado de Cauca firmamos nuestra partida de matrimonio. La celebración fue muy bonita, aunque no hicimos fiesta porque los recursos eran pocos y no alcanzaban para hacer mucho. Hicimos una comida para nuestras familias con gallinas y carne de res, y, luego del casamiento, me fui a vivir con mi esposo a su casa.

Suponga el amor que uno debe tenerle a otra persona para casarse a esa edad. Yo era una muchacha de casa y salí joven a vivir con mi marido. El matrimonio que yo tenía como ejemplo era el de mis padres. Mi mamá era la que mandaba en la casa y nunca hubo ninguna falta de respeto; siempre se trataron bien. Pero yo no viví la misma situación.

Mi matrimonio empezó de una forma inusual, porque el mismo día que me casé tuve el primer problema con mi esposo. Yo soy una paez muy social. Me relaciono con muchas personas. Me gusta hablar con todo el mundo, pero se supone que una, como indígena, solo debe hablar con el hombre con el que está comprometida. Ese jueves, 17 de mayo de 1990, estábamos celebrando y de chiripa me encontré con unos amigos de la infancia con los que estudié en la escuela. Yo actué como siempre lo hacía, y, con toda esa felicidad que tenía, les conté que me acababa de casar y les presenté a mi esposo. Hablamos un poco y enseguida nos despedimos, pero, cuando llegamos a casa, mi esposo empezó a decirme que si esos muchachos eran mis mozos. Estaba muy bravo y yo no entendía por qué. Yo le decía que lo amaba y que no pensara eso, pero no me quería escuchar. Así empezó la primera discusión de muchas, que terminó en insultos y golpes, y que comenzó a incitar el miedo que le tuve a mi esposo durante varios años.

No le conté a nadie lo que me había sucedido porque sentía pena, vergüenza. No pensé que se repetiría, pues nunca había vivido algo así. Mi mamá siempre tuvo un carácter fuerte y mi papá siempre la respetó y, aunque no me sé toda la historia de la convivencia de mis abuelos paternos, sé que mi abuela, que era paez, también tuvo una buena relación con mi abuelo hasta su último día de vida.

No crea, las cosas no fueron fáciles para ellos. A mi abuelo, que era indígena guambiano nacido en Guambía de Silvia, Cauca, lo asesinaron porque se enamoró de mi abuela, luego de comprar una finca en Jambaló. El pueblo paez y el guambiano no se podían ver porque había un conflicto de tierras. En ese tiempo los guambianos estaban empezando a ocupar terrenos paezes y, como la comunidad crecía cada día más, estaba prohibido dejar entrar a algún indígena de otra comunidad. Esa fue la razón por la que, cuando se enteraron del juntamiento de mis abuelos, mataron a mi abuelo a machete, le quitaron la finquita a mi abuela y la desplazaron con el niño que sería mi papá en brazos.

Fue una época muy dura porque, según mi papá, mi abuela tuvo que salir con las manos vacías de Jambaló hacia las montañas de Corinto, Cauca. Una vez que llegaron allá, él cuenta que mi abuela se consiguió un afro y, como el señor no lo aceptó, ella lo regaló a unos blancos en Cali cuando él tenía dos añitos. Él se crió lejos de su mamá, pero a sus 17 años decidió volver a su comunidad y, cuando la buscó, ella no lo quiso recibir.

Mis abuelos maternos también fueron asesinados en el departamento del Cauca. En esa época, hace más de 60 años, las tierras de la región eran baldías y cualquier indígena que llegaba se podía apropiarse del terreno. Mis abuelos tenían como 50 hectáreas de tierra y por eso otros indígenas los mataron para quedarse con esos territorios. Luego mi mamá y sus hermanitos fueron desplazados por toda la región hasta que llegaron a Corinto, en donde conoció a mi papá. Ellos se juntaron y formaron una familia. No fue fácil. Me acuerdo de que cuando yo era muy pequeña no teníamos dinero. Éramos desplazados y pasábamos los días timbrando de casa en casa para que nos dejaran dormir y no tener que estar a la deriva del clima, los malandros y los animales que podían hacernos daño.

La situación económica siempre había sido complicada porque, imagínese, mis papás huérfanos y sin hogar, y ya éramos cuatro hijas. La pobreza es algo que en mi tierra se vive mucho. Aquí en mi Cauca bella siempre hemos estado los indígenas, pero nunca nos han reconocido, ni siquiera después de la Constitución de 1991. En la época en que yo era bebé, los pueblos indígenas no teníamos ni voz ni voto. Había mucha injusticia social y eso era tenaz por estos lados. Eso sí, sin contar con la violencia que sufrimos por el conflicto armado que ha estado siempre por estos lados de la cordillera central, por el cerro Munchique, que ha sido olvidado por el Estado.

Yo me acuerdo que uno de chiquito siempre escuchaba que habían matado a unos cuantos, que habían despojado a tales, que secuestraron a otros tantos y que tales otros se instalaron a la fuerza en tal resguardo. Recuerdo que en el 92 o 93, no estoy segura, estuve en medio de un bombardeo en las montañas aquí donde vivo, por enfrentamientos entre las guerrillas. Eso fue terrible. Uno no podía ni salir ni mirar, solo esperar a que terminaran los disparos y dejar que se largaran. Menos mal la situación ahora ha cambiado, aunque no mucho. Suponga llevar más de 60 años en la lucha por nuestros derechos y que en todo ese tiempo no se vea ningún cambio.

Pero vea que ese dicho de que “el que quiere, puede” es cierto. Mis padres empezaron a vivir de contratos de rocería y limpieza en los cañales azucareros de los ricos, ahí en el Valle del Cauca. Mi papá se demoraba casi un mes haciendo un ranchito de hojas de caña y mi mamá nos cuidaba a nosotros. Así fue como fuimos saliendo adelante, de ranchito en ranchito. En uno de los tantos trabajos en el Valle, mi padre conoció a don Samuel Álvarez, un afro del municipio de Puerto Tejada que manejaba la empresa comunitaria de Incora en Corinto. Mi papá comenzó a hablar un

día con el señor y él conoció todos los sufrimientos que tuvimos; le contó todo por lo que pasábamos y yo creo que por eso se conmovió y decidió recogerlos. Nos trajo a Santander de Quilichao a trabajar en otra empresa comunitaria del Incora. Ese ángel, porque así lo llamamos, fue el que le dio la oportunidad a mi papá de ser presidente de esa empresa y salir adelante.

El trabajo de mi padre en el Incora y de mi madre pescando, criando los animales, atendiendo a mi papá y cuidando de nosotras, creó en la familia un ambiente de tranquilidad y admiración. Cuando las cosas empezaron a ir bien, mi papá quiso unirse a la organización del cabildo de Canoas para manejar las hectáreas de tierra, pues no es un secreto que para nosotros los indígenas la madre tierra es nuestra fuente de vida. Por eso, desde el año 78, mi papá comenzó a comprarle la tierra al Incora y era socio de esa empresa acá, en Santander de Quilichao.

Sin embargo, no todo fue bueno. Cuando yo tenía 12 años, comenzamos a recibir visitas de gente que a muchos no nos agradaba. El M-19, las Farc y el ELN empezaron a utilizar nuestra casa para hacer reuniones de organización de los cabildos y resguardos, y a mi papá le gustaba todo ese proceso, por lo que nunca puso problema. Esos grupos fueron los que organizaron a los indígenas para fundar el Quintin Lame, buscando que nos defendiera.

Lo feo empezó cuando los comandantes del M-19 me intentaron convencer para que me fuera a las filas del Quintin Lame. Yo siempre ignoré esa invitación porque lo que más me disgustaba, a parte de la maldad que le hacían a otra gente, era ver cómo a las mujeres indígenas, mestizas y afros, les tocaba desnudarse frente a todos.

La idea de desnudarme frente a hombres blancos, indios y negros, era terrible para mí, pues eso va en contra de mi dignidad como mujer. Yo, que de pequeña estuve acostumbrada a mis vestidos largos, anacos o faldas negras, rebozo o chal azul, sombrero negro y blusas blancas de manga larga, no quería ni imaginarme desnuda frente a hombres que no me conocían y que quizás me vería como un objeto sexual, y eso fue lo único que me salvó.

Sin embargo, eso no fue lo peor que me pasó cuando yo era pequeña. Imagínese, yo, tan chiquita y tan vulnerable, me salvé de una violación que, hasta el día de hoy, a nadie le había contado. Póngale que yo tenía como siete u ocho años. Mi mamá y yo éramos muy confiadas y teníamos personas que nos ayudaban en varios oficios. Un día en el que no tuve clase, mi mamá me pidió

el favor de ir con uno de los trabajadores a traer una carga de leña para cocinar. Uno en esa época no le podía contestar que no, porque ella tenía un rejo y, cuando no obedecíamos o mentíamos, nos agarraban a rejo y latigazos para corregirnos. Así que me fui con el señor.

Recuerdo que el sitio donde estaba la leña estaba muy solo y ese trabajador me tiró al suelo con fuerza, con ganas de hacerme daño. Yo tenía mucho miedo, pero saqué fuerza de dónde no tenía, lo empujé, me paré y no me dejé tocar de ese señor. Cuando llegué a casa, no fui capaz de contarle a mi mamá nada de lo que había pasado, porque tenía susto y sabía que, si le decía que Fulano de Tal me había intentado violar, no me iba a creer y, en cambio, iba a recibir unos cuantos latigazos con el famoso rejo. Tenía mucho miedo y vergüenza. Creía que, si lo contaba, me iba a meter en problemas y todo el mundo me señalaría como una embustera.

Al día de hoy pienso en eso y creo que ha sido una de las cosas más terribles que me han pasado en mis 49 años de vida, porque, aunque no fui afectada físicamente, pareciera como si de verdad hubiera abusado de mí y créame que no ha existido un momento en el que me he sentido más sola e impotente que ese día. Por eso, lo que vino después en mi vida lo callé. ¡Pero cómo es la vida! uno mira algunos programas de televisión y se da cuenta de que esas cosas no solo le pasan a una.

Yo siempre quise ser líder. En el año 91 comencé a averiguar cómo ayudar a mi comunidad, pues no había escuelas, acueducto, carreteras y ni siquiera sanitarios. Desafortunadamente, el primer obstáculo para seguir mis sueños fue mi esposo. Él me decía “usted no puede salir, usted se casó conmigo para estar en la casa, cuidando los niños y dándome de comer”, pero yo no le hice caso. Eso me costó la felicidad en mi matrimonio, porque comenzaron las agresiones y yo me aguanté todo con tal de ayudar a la comunidad y porque lo quería.

El maltrato era diario. Unos días porque no le tenía el almuerzo listo, otros porque salía al pueblo, algunas porque no servía para nada y otras porque hablaba con otros hombres. Los golpes eran fuertes: me jalaba del cabello, me daba puños en la cara y en todo el cuerpo e, incluso, se quitaba la correa y con ella me daba.

En una de esas muchas agresiones, alcancé a imaginar que era el final de mi vida, pero Dios es grande y me cuidó. Eso fue en el 91, al año de habernos casado, y todo empezó porque en las comunidades indígenas la gente es muy chismosa y murmuradora y le decían que me pusiera

mucho cuidado, porque soy diez años menor que él. Un día se puso a esculcar y entre mis cosas encontró un libro que yo escribía cuando tenía como 15 años. En esa época me gustaba escribir mucho y, entre las hojas llenas de garabatos, tenía varios tréboles de cuatro hojas. Me acuerdo de que los ponía en mi diario y en cada hoja escribía nombres de mi familia, de mis amigos y amigas, y palabras bonitas como “te quiero” o “te extraño”.

Cuando él se topó con eso, estaba muy raro. Yo nunca le preguntaba qué tenía y trataba de no pensar cosas malas. Luego de que pasaron varios días, me dijo que fuéramos a buscar leña y yo le respondí como siempre lo hacía, “bueno, señor”. Caminamos y, cuando llegamos al monte, me dijo que no íbamos a buscar leña, sino que venía a “arreglarme”. Yo no entendía. Estaba confundida y asustada. Sacó el libro, me lo mostró y me empezó a preguntar que cómo era posible que estando casada con él le anduviera escribiendo a otros “te quiero”. Con mi voz nerviosa, y casi sin poder respirar, le decía que yo no tenía a nadie, que eso lo escribí en mi juventud y que cuando era pequeña me gustaba escribir cosas bonitas. Sin embargo, él no me dejaba hablar y me seguía preguntando a gritos por la persona a la que él creía que yo le escribía eso.

Él estaba encima mío, no me dejaba respirar y yo me sentía más muerta que viva, pero, como le digo, Dios es muy grande. En medio de la situación, escuché a lo lejos el llanto de mi hija mayor. Nunca se me van a olvidar las palabras que le dije: “¿sabe qué? si me quiere matar, máteme. Si no, déjeme ir que la niña está llorando” y él me respondió que quería hacerme lo que se le hace a una mujer traidora, es decir, matarme. Me dejó ir, aunque después me dijo que luego arreglábamos el “problemita”. Por supuesto, salí corriendo asustada hacia mi rancho a proteger a mi niña y nunca más volvimos a hablar del tema.

Yo silencié todo el dolor porque escuchaba cómo en otros hogares las mujeres también eran maltratadas y cómo los niños gritaban al ver los golpes de sus padres hacia sus madres y ellas tampoco decían nada. Pero no era solo eso, a nosotras, como mujeres indígenas, nunca nos dijeron las opciones que teníamos para denunciar y quitarnos ese peso tan grande que es el maltrato. Solo nos decían “si tiene problemas, vaya al cabildo, que el Gobernador lo soluciona”, pero solo les daban unos pequeños castigos, ellos se arrepentían, pasaban unos meses y volvían a los insultos y golpes.

También se decía que denunciar era peor, ya que en las asambleas, donde se tomaban las decisiones, en vez de ayudar a las mujeres, las atacaban y terminaban diciendo “es que ella se lo merece porque no se está portando bien en la casa”. ¿Con qué ganas uno iba a denunciar si eso no servía de nada? Por eso era que yo me aguantaba y me quedaba callada.

Eso decían, pero los golpes que sufríamos no eran solo porque una no cumpliera con algo del hogar. Así como en la comunidad de los blancos, aquí también se ve eso del alcoholismo. Hace unos 40 años nadie sabía qué era el chirrinchi, el licor que se saca de la caña y, una vez los hombres lo conocieron, aprendieron a prepararlo y ahora, cuando lo beben, se vuelven locos. Esa era y aún sigue siendo otra de las razones de tantas agresiones y maltratos. En casa, luego de una noche de celebración o un encuentro de hombres, yo escuchaba cómo ellos llegaban borrachos y comenzaban a gritar, golpear o violar a sus mujeres. Incluso supe de mujeres que perdieron la vida mientras intentaban quemarlas con ácido. .

¿Quién se iba a imaginar que una líder como yo, que luchaba por los derechos de la comunidad, era golpeada por su esposo? Nadie, ni siquiera yo pensaba en eso. Ser líder significaba mucho para mí porque les ayudaba a muchas familias y, además, quería que la Alcaldía nos conociera, que nos dejaran de tratar como mendigos y nos ayudaran a salir adelante. Nunca pensé en mí ni en mi situación hasta que, luego de tanto preguntar y caminar, conocí la Comisaría de Familia.

En el año 92, cuando recién comencé con mi trabajo como líder, le conté al Alcalde de Santander de Quilichao que acá en el monte estaban pasando muchas cosas dentro de la comunidad. Él vio mi interés por ayudar a mi pueblo y me registró para que asistiera a unos cursos de psicología en el municipio. Yo llevaba casi dos años de casada y en uno de esos tantos talleres nos explicaron los lugares para ir a denunciar: la Fiscalía, la Comisaría de Familia, la Personería, en fin. Me acuerdo mucho que ese día, de camino a casa, pensaba en si una, como indígena, también podía denunciar. Días después volví y le pregunté a los doctores de por allá si esos servicios también eran para las indígenas. Con asombro, no sé si era porque nunca había ido una indígena a aquel lugar o porque era algo muy obvio, me respondieron que la ley era para todos, así fuéramos afros, indígenas o mestizos. También me explicaron que las normas nacionales nos protegen a nosotros aunque tengamos nuestra ley tradicional. Esa fue mi motivación para no faltar a ninguna reunión, para no perderme de ninguna información.

Ir a los talleres y escuchar era muy sencillo. Aprendía, preguntaba y anotaba. No obstante, la vaina era difícil cuando tenía que contarle a alguien lo que pasaba de puerta para adentro en mi rancho. La primera vez que fui a la Comisaría de Familia a pedir ayuda tenía muchos nervios. Llevaba dos años callada y sufriendo los maltratos de mi esposo. Recuerdo el miedo que sentía y la cara de la doctora cuando me vio tan acabada por los golpes. Yo, que siempre he sido tan sociable, estaba tímida y lo único que quería era salir corriendo. Sin embargo, cuando comprendí que en esa oficina no me iban a hacer daño, sino que me iban a orientar, me tranquilicé.

Sentí alivio y seguridad, por lo que comencé a contarle a la doctora todo lo que estaba pasando. Al terminar de relatar mi historia, ella me dijo que debía tomar un tratamiento psicológico y tenía que ir en algunas ocasiones con mis hijos para que la situación mejorara. Salí de esa oficina con una mezcla de expectativa y miedo, pues tenía la esperanza de que todo cambiara, pero me invadía el temor de imaginar que mi esposo se enterara de lo que estaba haciendo.

Creo que lo más difícil de acceder a esa ayuda fue llevar a mi hija mayor al pueblo. En esa época, tenía dos hijas, la mayor y la que le sigue, que tenía unos cuantos meses. Para ir a los controles, llevaba a mi hija a escondidas, porque mi marido no quería que la niña saliera del resguardo. Pero yo, con tal de proteger a mis hijos y de protegerme, hacía lo que fuera.

Después de varias visitas a la Comisaría de Familia, llegó el día en que mi esposo tenía que ir a hablar con la doctora. Yo no sabía qué inventarme y pensaba en dejar todo así. Sin embargo, la psicóloga se inventó un plan para hacer que mi marido fuera, porque sabía que él era muy terco y que eso podría traer más problemas. Me dijo: “cómo usted es líder, le va a decir que hay un proyecto de vivienda, que usted está gestionando esas ayudas y que quiere que él se entere”. Y así fue. Yo tenía mucho miedo, pero la doctora me aseguró que iba a tener mucha delicadeza en el asunto.

Lo convencí y bajé al pueblo con él. Fuimos a la Comisaría, pero él no sospechó nada, porque no sabía a dónde estábamos entrando. Cuando llegamos, la doctora nos atendió y lo regañó, pero no con suavidad, como me había dicho, sino que le habló fuerte. Tengo grabadas en mi mente las palabras que la mujer le dijo: “Vea, usted no respeta a su mujer, no la valora y, por eso, ahorita mismo voy a denunciar este caso y usted queda detenido”. Inmediatamente, la expresión de mi esposo cambió y, asustado, decía que me iba a pedir perdón, que no me volvería a hacer daño y

que lo comprendiera, que él no tenía educación. La psicóloga nos habló de las funciones que tenemos como pareja. También nos dijo que, si no nos podíamos entender, existía el divorcio. Yo, aunque con miedo, le dije que yo sí aceptaba eso del divorcio, pero ella dijo que debíamos ponernos de acuerdo y era necesario seguir asistiendo a las citas.

Nos despedimos de la señora y cogimos camino hacia el monte. No hablamos ni una sola palabra en las cinco horas de camino. Él andaba a paso rápido y yo pensaba que, cuando llegáramos, me iba a golpear o a insultar, pero no fue así. Entramos a la casa y me preguntó que quién me estaba enseñando todo eso y yendo a reuniones y talleres porque estaba cansada de vivir así. Me sorprendí cuando él se comprometió a tratarme bien.

Yo creo que la doctora, con ese temperamento tan fuerte, logró que él entendiera muchas cosas y mi relación con él ha ido mejorando con el tiempo. Esa orientación fue muy bonita, porque yo me sentía respaldada y pensaba en esas mujeres que acudían a las asambleas en los resguardos y que no las escuchan, no las capacitan, ni mucho menos las orientan. Me sentí acogida y por eso me incliné por acudir a esa ley pues, por lo menos, me pusieron un poquito más de atención que cuando quise entrar a la Universidad porque eso sí fue un rechazo que me desanimó, pero luché, hasta que por fin lo logré.

Eso fue para el año 2005. Yo y, como por variar, no tenía dinero. Decidí, con mi amiga Marleny Campos, ir a la Universidad Antonio José Camacho en Cali a hablar para saber si, por ser de una comunidad étnica, nos podían rebajar el precio de la matrícula. La respuesta desde un principio fue que para las becas y los descuentos debíamos que tener la aceptación del Gobernador del Cabildo. Al dirigirnos a la autoridad indígena, nuestra petición fue indirectamente rechazada: “no señoras, aquí no tenemos por qué darles certificación”, “el estudio es solo para los hombres que tienen que ayudarnos con la comunidad”, “ustedes son mujeres y, por estudiar, se nos pueden desviar y abandonar la responsabilidad del hogar”, “ustedes no están constantemente en los trabajos de la minga”, y más bla bla bla del que imaginamos que recibiríamos.

La otra opción era el Icetex, una vaina acá que dizque ayudan con créditos para los que queremos estudiar. Fuimos y, apenas vieron que éramos indígenas, lo primero que nos preguntaron fue que si teníamos salario. Era obvio que, tanto Marleny como yo, solo teníamos lo que nos daba la finca porque las opciones de trabajo siempre estaban cerradas para las indígenas. Já, los doctores de

allá hicieron cara de burla y nos dijeron, entre risas, que los préstamos era para gente que tuviera asegurado un trabajo. Salimos de allá ofuscadas y, al mismo tiempo, pensando en otra opción para poder entrar en la Universidad.

Eso sí, dos cabezas piensan mejor que una. Marleny, por su lado, utilizó unos ahorros pequeños que tenía y, con el apoyo de una parte de lo que daba el carbón que vendían sus padres, pudo entrar a la Universidad. Mientras tanto yo, Ana Silvia Secué, tuve que decirle a una familia de la vereda que me dieran unas vaquitas para vender con la condición de que después se las devolvía.

Como lo que me habían dado por los animalitos no me alcanzaba para entrar a estudiar, hablé con algunas personas en la Universidad, hice papeles, pedí ayuda en la Alcaldía y logré que el rector me dejara pagarle de a poquitos. Caminé seis años para estar en la carrera de licenciatura en matemáticas. Fueron 12 semestres en los que recorría cinco horas para llegar a clases, hasta que, por fin, en el 2011, terminé mis materias. Sin embargo, al día de hoy, no he podido graduarme porque me faltan dos semestres por pagar y, sin el pago total, no es posible recibir el cartón de profesora y demostrar que sí cursé los seis años de estudio.

Gracias a esa oportunidad de ir a la Universidad he podido ayudar a muchas mujeres. Han pasado cinco años y ahora soy profesora, sin cartón, pero estudiada, y líder. Con mi experiencia he atendido los casos de muchas mujeres. Por ejemplo, una indígena llegó una mañana golpeada y llorando a mi trabajo. Ella y su marido se veían muy bien y tranquilos. Sin embargo, uno ve una cosa, pero la realidad es otra. El esposo acababa de darle una patada en la cabeza. Esa señora estaba desesperada y me decía que no sabía qué hacer y empezó a contarme todo lo que le había hecho el esposo: “Mi compañero me viene maltratando desde hace mucho tiempo. Yo no he dicho nada por miedo y porque mi papá me dice que no debo contárselo a nadie porque son problemas del hogar y no de otros”. Me devolví en el tiempo y recordé todo lo que sufrí en los primeros años de mi matrimonio.

Lo primero que le pregunté fue que si era feliz siendo golpeada y la respuesta fue obvia, “no”. Esa fue la primera vez que le conté a otra persona, que no fuera la psicóloga o mis hermanas, mi historia. Recuerdo su cara de asombro, mientras le contaba todo lo que me hizo mi esposo. Una vez le aseguré que en la Comisaría no nos hacían daño, sino que nos ayudaban. Me decidí a preguntarle: “así como está, tan golpeada y acabada, ¿quisiera separarse o seguir viviendo así de

esa forma?” Me expresó que quería separarse, pero que tenía mucho miedo. Le expliqué a dónde ir y le dije que en la Comisaría tenía la opción de decidir qué hacer, si separarse o seguir, pero no podía permitir que siguiera pasando lo mismo. Yo no quería que ella pasara por lo que yo viví.

¡Cómo le parece que se separó, se alejó del muchacho! Lo que pasó después no me lo esperaba. El papá de la muchacha fue a mi trabajo a hacerme reclamos y a preguntarme sobre qué era lo que yo le había dicho a su hija para que abandonara el hogar. Yo le conté tal cual lo que dije: “Vea don, ella vino a buscarme y yo la ayudé. Me dolía verla así, maltratada y golpeada y me sorprende que ni siquiera usted, el mismo papá, la defendió. Mi papá a mí no me pudo ayudar porque nos abandonó cuando yo tenía 12 años, pero usted siempre ha estado cerca de ella. ¿Sabe? Eso no es justo y por eso yo le dije que, si quería, se separara o denunciara”. Creo que ese señor quería hacer de todo menos darme las gracias. Me dijo que yo le había dado un mal consejo y que por mi culpa ella se había separado.

Cuando empecé a investigar todo lo que nos pasa a las mujeres, me di cuenta de que no todo se resume en golpes o palabras hirientes. Antes, e incluso ahora, a las mujeres nos llenaban de hijos y nos prohibían operarnos. Cuando tuve mi última hija, yo me operé porque el doctor me dijo que, si quería, me sellaban para que no tuviera más hijos. Yo no sabía de eso, pero acepté y cuando regresé le conté a mis vecinas y todas empezaron a operarse. Con lo que yo no contaba era que eso traería insultos y ofensas. A las paeces nos obligan a tener hijos y no podemos decidir cuándo parar, porque se supone que los hombres son los que toman las riendas del asunto. Y cuando entendí que eso no debía ser así, comencé a orientarlas. Por eso me gané de enemigos a varias personas de la comunidad y me tienen en la mira: según ellos, soy la culpable de que algunas de sus esposas no quieran tener más hijos.

Y es que cuando uno no se queda callada, se gana problemas. El cuatro de diciembre de 2012, hace ya cinco años, fui secuestrada por allá en las montañas de Chocó por el Frente 48 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). No imaginan el susto e impotencia que tenía ese miércoles.

Había viajado todo el día en lancha y me aproximaba a llegar a Chocó a dar unas conferencias y conocer más de lo que estaba pasando en las comunidades indígenas de un municipio de ese departamento. En medio del río recibí una llamada de un indígena de por allá que me decía que

no fuera porque había unas cuantas personas que me estaban esperando para hacerme daño; obviamente, con la intención de que cerrara el pico y dejara de denunciar lo mal que están y lo poco que ayudan las organizaciones indígenas. Pero yo no tenía miedo porque, como dicen, “el que nada debe, nada teme”.

Llegamos al otro lado del río hacia el mediodía. Nos dispusimos a caminar cerca de 20 minutos para poder salir a la carretera y encontrarnos con quienes nos llevarían al lugar de destino. Sin embargo, en medio del trayecto, se nos atravesaron unos indígenas, los mismos de los que me hablaba la persona que llamé para alertarme de lo que me podría pasar.

A penas me topé con esa gente, supe a qué me enfrentaba. Me cogieron del brazo y me empezaron a jalar hacia el monte. Lo único que me decían eran groserías e insultos, pero, como yo ya estaba enseñada a oír el maltrato en casa y en todo lado, no me ofendí. Cuando ya íbamos llegando, me soltaron, pero me empezaron a empujar para que andara más rápido. Arribamos a donde estaban los guerrilleros del frente 48 y me recibió alias “Fercho”. Me extrañé porque no pronunció ni una sola palabra al verme. En medio del silencio, me decidí a decirle: “mire, si usted me va a asesinar hoy, mañana nacerán miles de indígenas que denunciarán toda la injusticia que estamos viviendo y no estoy hablando de la del Gobierno o de los grupos ilegales, sino la que existe entre nuestras organizaciones indígenas. Si me quiere matar, máteme, pero tengo un papel en el que escribí quiénes son ustedes, los culpables de mi muerte”

Yo hablaba de injusticia porque sabía que en la ONIC, la CRIC (Organización que mi papá ayudó a fundar y en la que actualmente es líder), la ACIN, y otras más, no estaban ayudando a la comunidad y no debería ser así. Las organizaciones existen para que nos ayuden, luchen por nosotros y nos saquen de la situación tan verraca que estamos viviendo y no lo estaban ni lo están haciendo.

Mientras le decía todo eso a alias “Fercho”, su cara se iba poniendo cada vez más roja y se le notaba que estaba cada vez más bravo. Se retiró y dio la orden de que me amarraran mientras él volvía. Como a los diez minutos escuché a lo lejos sus gritos y alegatos con alguien que hablaba por medio de un radio teléfono. Estuve amarrada más de tres horas, con una cuerda gruesa y sucia, a un árbol viejo. Cuando ya eran como las ocho de la noche, regresó diciendo irónicamente que lamentaba que no le dejaran hacerme lo que yo merecía. “Fercho” les dio la orden, a los que

me habían llevado hasta él, de que me soltaran, pero, antes de dejarme ir, me dijo que no quería saber de mi presencia en el Chocó, que no volviera más y me advirtió que me callara la boca, porque, de lo contrario, a la próxima no saldría con vida.

Esos indígenas me bajaron y, al llegar a la carretera para tomar rumbo a donde tenía la asamblea, me encontré con otros paisanos que me conocían y, por supuesto, me ayudaron. Les conté lo que me acababa de suceder y con nervios me decían que ahora qué haríamos. Yo estaba pasmada y lo único que recuerdo haberles dicho fue que se tranquilizaran y que no nos iba a pasar nada porque yo iba a seguir trabajando por nuestra comunidad.

Sentí mucho miedo, pero no lo demostré. Quería hacerles entender que yo era valiente y que supieran que, si yo me llegaba a morir, lo haría hablando. Por eso les dije todo eso, porque, si ese día acababan con mi vida, tenía que decirles todo lo que me había guardado por tantos años.

Después de los dos días que duré en el Chocó, llegué al Cauca y empecé a recibir llamadas en las que me amenazaban. Tengo las palabras intactas en mi cabeza: “Hasta que por fin regresó, ¿no? Ya sabemos que está en el Cauca y queremos recordarle que, si no cumple en lo que quedamos, la vamos a seguir y no respondemos”. Y yo sin nervios les dije que hicieran lo que quisieran, que nadie me iba a callar. Otras veces me decían “enana, nosotros la estamos siguiendo, así que calle la jeta”, y yo, después de tantas llamadas, resultaba diciéndoles que dejaran de molestarme, pues yo los conocía, pero siempre terminaban colgándome. Ahora que lo pienso, no sé cómo fui capaz de decirles eso, pues, a pesar de que no estaban frente a mí, temía por mi vida y la de mi familia.

Pero ya es común en mi país sentir temor por denunciar sobre algo que no le conviene a cierto grupo de la sociedad. Imagínese el peligro en el que vivo siendo una líder indígena. En los cabildos no quieren que la mujer salga adelante, que se lance a explorar, a participar, ni mucho menos que esté en ambientes que le beneficien a ella y a su comunidad. El ejemplo más claro es el secuestro que viví, pues las organizaciones indígenas no me aceptan, no les agrado y no les gusta que las denuncie porque, además de hablar “más de la cuenta”, soy mujer. Por eso y varios atentados más he contado con esquema de seguridad para que proteja a mi familia y a mí.

Y es que no son solo las amenazas, los golpes o los insultos. La discriminación hacia una, como mujer indígena, es brava por parte de los mismos que viven en mi comunidad, pues ellos nunca

se han formado la imagen de la indígena líder ni profesional. Hoy, después de haber pasado por todo lo que viví, me sigo enfrentando a una realidad social étnica en la que, incluso, el mismo presidente del Consejo de la Junta de Acción Comunal les “aconseja” a las demás familias indígenas que no se dejen liderar por mí. Y, por supuesto, las razones terminan siendo siempre las mismas: “es mujer, no tiene por qué estar liderando”, “incumple las reglas”, “no sabe nada” y demás.

Muchos no lo creen, pero en las comunidades indígenas la mujeres, seamos niñas, adultas o viejas, somos víctimas de violación de nuestros derechos. Por eso, actualmente muchos indígenas, en especial mujeres, me llaman para que los escuche, los oriente y los apoye. Educo a los niños de varias comunidades y soy líder a nivel del departamento del Cauca y de otros departamentos desde la Organización Pluricultural de Pueblos Indígenas de Colombia. Desde la OPIC busco que los derechos de mi etnia sean respetados y espero cumplir lo que desde pequeña prometí: no callar ante las injusticias y luchar hasta el final para que las mujeres sean libres y dejen de ser humilladas, violadas, maltratadas e indiscriminadas. No quiero que mi historia se vuelva a repetir.



TRAS LOS PASOS DE HILDA

Es mi primer recuerdo y mi mayor sueño. ¡La selva, un territorio tan extenso! Por todas partes había árboles y ríos, frutas silvestres y bosques. El terreno era tan grande, que podíamos sembrar en un lugar diferente cada año para no deteriorar la tierra y podíamos cultivar uva, maracuyá, zapote, plátano y ñame, entre otros. La variedad era infinita; el bosque era infinito.

Aquel paraíso de sus recuerdos es una comunidad que hoy no existe: la comunidad Embera Katio de Aguas Claras, del municipio de Mutatá, en el Urabá antioqueño. Allí nació en el año 1975 y vivió durante toda su juventud junto a su familia y su comunidad, en una perfecta armonía con la naturaleza. Su nombre inicial era Ponothuma, un nombre embera que significa olor de flor silvestre. Sin embargo, para poder entrar al colegio, tuvo que bautizarse y no le dejaron conservar su nombre. Ahora se llama Hilda Liria Domico Bailarín.

Su madre era una embera oripirá que se crió en lo profundo de la selva, del lado del Urabá chocoano. Su padre era del occidente de Antioquia, de una familia que vivía a la orilla de las fincas y no en la selva. Los dos fueron defensores de la cultura indígena, cada uno a su manera. Su madre era una defensora de las costumbres culturales. Sabía el uso de cada planta medicinal que se podía encontrar en el territorio y nunca quiso hablar el español. En cambio, su padre sí lo hablaba a la perfección y por ello se dedicó a defender los derechos de su pueblo y se convirtió en un importante líder de la comunidad.

Gracias a sus diferencias, ella y sus hermanos crecieron con ambas visiones del mundo y eran una familia muy unida. De su niñez recuerda la abundancia y el bosque. Cuenta que solía jugar en lo más alto de los árboles e intentaba hacer equilibrio para no caerse junto con sus familiares y amigos. También cuenta con nostalgia cómo salía a corretear a los animales que encontraba a su paso o se lavaba en uno de los varios pozos que existían en el territorio. Se acuerda bien que su madre la bañaba con flores cada luna llena para estar en armonía con la naturaleza. Nadie sabía lo que era un resguardo, pues solo hablaban del territorio en el que vivía la familia. Comían lo que

cazaban y sembraban. Su mamá les hacía vestidos con el algodón que recogía de un árbol del lugar y tiempo después cosía su ropa con telas que tenían bordados de simbología embera, aquellos que llevaba su papá.

Ella recuerda esa época como una de las más felices y llenas de armonía de su vida, aunque desde ese entonces percibió que pertenecer a otra cultura traía sus dificultades. Desde que estaba en el colegio, entendió la mala imagen que las personas les ponen por ser indígenas. Esto ocurrió en el colegio, ya que no estudió en una escuela indígena y la discriminación que vivió allí era por parte de sus compañeros no indígenas y de sus maestros. No sabía hablar castellano y esa fue una de las muchas razones por las que su época de colegio fue difícil.

Mis profesores pensaban que, como yo no hablaba castellano, era una niña rebelde que no quería aprender y siempre se cuestionaron el porqué yo seguía yendo a estudiar. Recuerdo mucho que, siempre que los docentes intentaban explicarme, se desesperaban, porque nunca les respondía a lo que me preguntaban y por ello casi pierdo un año de estudio. Pero, ¿qué les podía responder si no había nadie que hablara mi lengua? La lengua nativa de mi comunidad es la segunda más hablada en Colombia y, aunque mis profesores sabían que yo era indígena, tenía la obligación de hablar el castellano.

La mayoría de personas saben que las comunidades indígenas estamos desapareciendo. La lengua nativa de nuestros pueblos hace parte de nuestra cultura, costumbres y es el ser de todos los que hacemos parte de la comunidad. Sin embargo, muchos no entienden eso. A pesar del valor de mi lengua nativa, tuve que aprender español para ir al colegio y nunca me dejaron usar mi idioma en la escuela. Intentaba que respetaran el embera como lengua, pero no lo logré. Tardé un año, aproximadamente, en aprender la lengua castellana y dejar de lado mi lengua nativa para poder ser “normal”, como los otros niños.

Y eso no fue lo único que me pasó de pequeña. En el año 81, cuando yo tenía seis años, mis profesores querían ver que todos escribiéramos con la mano derecha. Para desgracia de ellos y mía, soy zurda y, por eso, en todas las clases lo primero que hacían era amarrarme la mano izquierda. Yo les conté a mis papás y mi padre siempre me decía que, si no podía, no lo hiciera. Sin embargo, siempre que llegaba al colegio ocurría lo mismo: mi mano izquierda amarrada a la

silla y la derecha intentando escribir letras que terminaban en garabatos. Aunque quisieron que escribiera con la derecha, nunca aprendí.

A pesar de esto, cuando era niña jamás pensó que enfrentaría todo lo que tuvo que vivir. Hilda soñaba con una vida tranquila y feliz. Pensó que tendría una relación física y espiritual con la madre tierra, como todas las embera, e incluso imaginó que trabajaría para protegerla y armonizar las comunidades. También soñaba con ser artesana o médica espiritual, según lo aconsejara su orientador y como la guiaran los elementos del cosmos.

No hay duda de que para su comunidad la naturaleza es esencial. Es una relación constante que está presente en sus sueños y en el quehacer cotidiano: desde su nacimiento hasta la muerte. Es una conexión tan fuerte que las mujeres embera caminan descalzas para mantener una relación directa con la madre tierra y fortalecerse espiritualmente. El vuelo de un pájaro o el canto de un animal les transmite algo: todos los elementos de la tierra lo hacen y son la guía que orienta a sus pueblos y familias.

La naturaleza y su padre orientaron a Hilda hacia la educación. Desde muy pequeña, acostumbrada a acompañarlo en las actividades con las comunidades, comenzó a gustarle lo que él hacía. Usualmente, las mujeres embera no estudian, pero ella lo hizo, porque él siempre se preocupó de que aprendieran a leer y escribir y a hablar el español. Gracias a su padre, cuando estaba en primaria, comenzó a hacer el acompañamiento al proceso comunitario y social de las comunidades indígenas y, por eso, la postularon para ser líder. Era el año 1991 y la nueva Constitución Política de Colombia, por primera vez en la historia del país, reconoció la existencia de los pueblos indígenas, sus lenguas y costumbres. A partir de ese estatuto, las comunidades étnicas no sólo fueron reconocidas como sujetos de derechos, sino como parte de una sociedad que debía tratarlos como iguales.

Gracias a lo anterior, se convirtió en etnoeducadora y comenzó a dar clases en la Escuela Indigenista Pedoni Encanto de una comunidad que, aunque quedaba lejos de la suya, requería de su apoyo. Así comenzó a trabajar a los 16 años y salió por primera vez de su casa para laborar gratis, porque el Estado no le reconocía nada por ser menor de edad. Recuerda que en ese tiempo la comunidad y su papá le colaboraban en todo lo que necesitara. Cuenta que para llegar tenía que caminar hasta un pozo, atravesarlo y recorrer varios kilómetros para arribar al pueblo, donde

cogía otro carro, y luego tenía que andar medio día más. Era un camino muy largo. Solo podía volver a su comunidad una vez al mes.

Me casé siendo muy joven y a los 17 años tuvimos a nuestra primera hija. Tres años después tuve la segunda. Mi esposo era un mestizo, pero creció en la comunidad y trabajaba del lado del movimiento indígena, apoyando el proceso social. Nosotros nos conocimos en el 90, y recuerdo que siempre le decía que, aunque él fuera de otra cultura, yo nunca dejaría de ser mujer indígena.

Él siempre me motivó para que estudiara. Gracias a él fue que terminé el colegio, porque me ayudó a pagar la matrícula del bachillerato. Él quería que yo aprendiera y que conociera de la otra cultura. Años después también me pagó los primeros semestres de universidad, aunque nunca pude terminarla. No obstante, todo ese apoyo que me dio para poder estudiar nunca fue igual cuando quería ejercer el liderazgo.

Creo que para él no era fácil verme liderar, pero es que yo lo llevo en la sangre. Mientras mi mamá fue una firme defensora de la cultura, mi papá nos ayudó a organizarnos. Cuando tenía cinco años, él me dejó acompañarlo a recorrer el territorio para reconocer a los indígenas que vivían en lugares distantes. Él solía hablarles de unidad, organización y derechos. Creo que eso se me quedó grabado y por eso es que yo hago todo lo que hago. Gracias a este trabajo, mi papá logró que todos los pueblos indígenas embera nos reconociéramos y que nos uniéramos para hacer trabajos comunitarios y asambleas, así como el reconocimiento de las posturas de los cabildos en los municipios.

Por esa época, en su territorio ya se comenzaban a ver los primeros signos de la guerra que atormentaba al país y que la afectaría a ella y a su familia directamente. El Urabá es un territorio geoestratégico para los grupos ilegales, ya que es una frontera con el interior del país y Centroamérica, lo que les da una ventaja comercial. Esta región del país, distinguida por ser “la mejor esquina de América”, es sin duda una perla de oportunidades que, aunque beneficia a las comunidades étnicas en producción, recursos naturales y tierra, también les perjudica, pues los grupos al margen de la ley se han disputado el territorio para la siembra de cultivos ilícitos, sumado al acceso ilegal a puertos marítimos para la importación y exportación de los cultivos,

pues, con la radical ausencia del Estado, no hay quien controle, vigile y supervise. Es un factor más que deja a la deriva a los civiles y ciudadanos.

Hilda, su familia y su comunidad ya conocían a la guerrilla. Había llegado hacía mucho tiempo, pero en los años 90 aparecieron los paramilitares y la fuerza pública, y comenzaron a intervenir constantemente en la zona.

Cuando su comunidad se reunía y el Ejército los encontraba, les tocaba correr, porque a la fuerza pública les causaba suspicacia que se organizaran colectivamente. Los perseguían y les prohibían que hablaran y que se juntaran. Además, en esa época tampoco podían pedir una acta de posesión para los cabildos y eso solo los hacía sospechar más. El Ejército desconfiaba de la comunidad porque no conocía de la existencia de personas en la selva y ellos, sin duda alguna y con orgullo, eran de la selva. Les preguntaban cómo era posible que en ese bosque hubiese tanta gente reunida y, al no comprender la situación, los perseguían y señalaban.

Comenzaron los bombardeos, los ataques y las operaciones por parte de la fuerza pública y toda la tranquilidad y armonía comenzó a desvanecerse. En la época de los 90 los paramilitares también hicieron su aparición por medio de amenazas contra líderes y jóvenes. Luego de algunos años, comenzó el reclutamiento a mujeres y hombres, y finalmente comenzaron a matarlos. La comunidad Embera Katio se manifestó en contra de ello, porque no querían que se llevaran a los jóvenes a la guerra. Lastimosamente, no les sirvió de mucho protestar.

El pueblo Embera, como todos los pueblos indígenas, ya había sufrido el desplazamiento. De hecho, los emberas han vivido de desplazamiento en desplazamiento y por ese motivo es que están tan dispersos. Las múltiples oportunidades que ofrece esta región del país, en cuanto a recursos naturales, extensión de tierra, ausencia estatal y demás, han sido el foco de grandes multinacionales y grupos al margen de la ley que quieren asentarse en el territorio para desarrollar actividades ilícitas en beneficio propio. Y es que, por su relación con el territorio, protegen ciertas riquezas que otros quieren. Su padre solía contarle que los embera tenían muchos territorios, pero los perdieron en la década de los 50 cuando los no indígenas comenzaron a codiciarlos.

Muchos han olvidado que eran sus territorios, pero ellos no. De hecho, muchos de esos lugares todavía tienen nombres en idioma embera. Por ejemplo, Apartadó hoy se llama así, pero antes se llamaba Apadado, que significa río de plátano. O en el occidente está Amparrado y la amparra es un pez grande con el que toda la familia se alimentaba.

Sí, su pueblo ya había vivido el desplazamiento antes, pero en ninguna de esas ocasiones fue tan inhumano como la que sufrió la familia de Hilda en 1997.

Mi papá por esa época desempeñaba el papel de promotor zonal de la virgen del Urabá. Él había sido gobernador mayor y había conseguido darles reconocimiento a 18 cabildos indígenas pertenecientes al Municipio de Mutatá de diferentes comunidades y trabajaba como enfermero en el hospital del mismo municipio. Durante todo su trabajo había logrado el reconocimiento y legalización de nuestros resguardos, aunque eso no lo vio en vida. Aun así, fue un gran líder para los indígenas. Por eso lo mataron.

Durante la década de los 90, Urabá fue la zona más afectada por el conflicto armado del país. En esa década se contaron 607 muertes y 97 masacres que fueron cometidas por las Farc y la disidencia del EPL y ELN. Más de 257 mil hogares fueron desplazados y cerca de un millón de personas tuvieron que salir con las pocas pertenencias que tomaron en un par de segundos, para llegar a algún lugar, completamente desconocido, que los protegiera de la violencia en sus territorios. A raíz de esto, el trabajo que había hecho su padre para unirlos iba desapareciendo.

Es difícil recordar lo que pasó en el 97, porque partió mi vida, nuestra vida, en dos.

Lo ocurrido no solo afectó a Hilda y a su familia, sino a toda la comunidad. El asesinato de su papá perjudicó la estabilidad de los pueblos indígenas del Urabá antioqueño: su padre era una figura representativa de la comunidad, pues fue el líder que logró el reconocimiento legal de los embera, para participar de asambleas y trabajos comunitarios.

Cuando fue asesinado por la guerrilla, 17 comunidades se vieron totalmente desprotegidas contra la violencia, los abusos y las injusticias cometidas por todos los actores armados, al punto de que fueron obligadas a desplazarse al casco urbano para poder sobrevivir. Las familias, incluida la Domico Bailarín, salieron sin nada, solo con lo que podían llevar puesto y entonces dejaron de

vivir de lo que les daban sus territorios. Comenzaron a aguantar hambre, sufrir discriminación y otros empezaron a pedir limosna en las calles o pasar por situaciones mucho peores.

Mi padre tenía 42 años y mi hermano 26 cuando los asesinaron. Aunque los medios dicen que fueron los paramilitares, nosotros sabemos que los responsables de todo fueron las Farc. El día que los mataron a ellos y a otro líder también me estaban esperando a mí, pero yo no fui. Por eso me salvé.

A mí también me estaban buscando por ser la única, además de ellos, que sabía hablar tanto el castellano como mi lengua, y por todo el liderazgo que ejercía como maestra. En ese tiempo, los docentes no solo se dedicaban a dar clase. Además, teníamos que ir a las marchas y reuniones; apoyar a las asambleas y convocar; sobre todo, ayudar a resolver problemas. Había mucho que hacer y las personas respondían muy bien a lo que nosotros impulsábamos. Era una época maravillosa.

El mismo día en que enterramos a mi familia, un miembro de la comunidad en donde residía me trajo una carta que me enviaba la guerrilla. Me la mandaron al lugar en el que yo trabajaba, a la escuela. En esa carta me pedían que yo fuera al colegio. Apenas la leí, supe que yo no podía ir hasta allá porque me iban a matar. Entonces, fui a hablar con mi jefe y le mostré la carta. Le pregunté si debía ir o no y él, sin siquiera pensarlo, me dijo: “no, usted no va a ir para allá. Si usted se va para allá, la van a matar. Más bien salga ya mismo de este municipio. Usted no se puede quedar acá”.

En esa época no vivía con mi esposo. Nunca habíamos vivido juntos. Él tenía su trabajo en un lado y yo en el otro. Por eso yo vivía con mis hijas. Además, para ese momento, él estaba escondido porque ya lo habían amenazado.

Yo no me podía quedar en el municipio. Tampoco podía volver al trabajo ni volver a la comunidad. Una día después, había dejado atrás mi casa, mi territorio, mi trabajo, mis amigos y toda mi infancia. Nos fuimos mi hija menor y yo sin nada, solo con lo que teníamos puesto. Todo se quedó allá. Y por miedo, dejé a mi hija mayor con mi madre.

Para esta comunidad, dejar su territorio no fue una decisión fácil de tomar ni de sobrellevar. No es solo la tierra, sino que ahí lo tenían todo: educación desde su propio conocimiento,

acompañamiento, una colectividad, conexión con la espiritualidad propia y protección de sus sitios sagrados. Allí podían mantener sus prácticas y hablar en su lengua nativa. Sin embargo, al desplazarse se enfrentaron a la necesidad de sobrevivir y esto hizo que olvidaran su historia, costumbres y mandatos. Hilda asegura que es justo como los abuelos embera dicen: “cuando se deja de hacer las prácticas culturales y colectivas y la conexión con la madre naturaleza se pierde, todos se pierden”. Según ella, es verdad pues ha visto a muchos indígenas pasar por eso. Además, ella lo vivió con sus hijas.

Teniendo en cuenta la gravedad de los hechos y todo lo que había ocurrido en los territorios, la Organización Indígena de Antioquia mandó una comisión para que escuchara los testimonios de las comunidades que habían estaban sufriendo las consecuencias de la violencia en el Urabá. Gerardo, quien en ese momento era el representante legal de la Organización, se dio cuenta de la gravedad de los hechos para los pueblos y especialmente de la situación de Hilda, por lo que las ayudó a salir de esta zona del país. La Organización decidió llevarla a Medellín y le permitieron a Hilda y a su hija menor quedarse en la sede de la institución.

Sin embargo, tres meses después se vieron obligadas a desocupar el lugar y mudarse a una pequeña habitación. Su hija, la menor, tenía dos años cuando tuvieron que trasladarse a su nuevo hogar sin tener dinero para poder pagar los días de hospedaje. Las necesidades básicas para cuidar y proteger a un menor, la alimentación, la falta de recursos económicos y la angustia de seguir en la misma situación empezaban a intranquilizar a Hilda. Fue entonces cuando los asesores aprovecharon el proceso de educación de Hilda y le indicaron en qué podía trabajar.

A raíz de esa oportunidad, empezó a laborar con la Universidad de Antioquia en el área de Antropología. Trabajó en temas relacionados con el fortalecimiento de la identidad étnica y los derechos de los pueblos indígenas, especialmente los de su comunidad, con el objetivo de dar a conocer todo lo que su pueblo representaba y exaltando el aporte a la cultura étnica. El trabajo en la Universidad fue lo que le dio su sustento diario durante el tiempo que vivieron en la capital antioqueña.

Mientras trabajaba en la universidad, se enteró de un concurso que estaban realizando para que los docentes desempeñaran una labor académica en otros lugares del Departamento. Acostumbrada a trabajar en comunidades, decidió concursar y fue enviada al Bajo Cauca. Así

comenzó un trabajo de tres años, con el que recorrió los seis municipios que conforman esta parte de Antioquia y se dio cuenta de que la situación que vivían las comunidades étnicas en la región no eran nada diferentes de lo que ocurría en su tierra, el Urabá antioqueño.

Desde el primer día que llegué a ejercer mi labor como líder en el Bajo Cauca casi me matan, porque, como la situación era tan dura y difícil, no dejaban entrar a gente desconocida a la comunidad. Allá trabajé desde el año 2000 hasta el 2003. Trabajaba 15 días o un mes de seguido y volvía a la zona rural. Durante esos tres años conocí, presencié y acompañé muchos casos de persecuciones, desapariciones, amenazas, secuestros, víctimas e infinidades de sucesos que día a día se vivían en esta parte del nororiente del departamento antioqueño.

En el Bajo Cauca pasaron varios sucesos, además de los mencionados anteriormente, que me hicieron más fuerte y que me dieron a entender el valor de mi trabajo para la comunidad. En uno de esos días en los que íbamos, con algunos compañeros, a recorrer los corregimientos y comunidades nos encontramos con un retén de paramilitares del que logramos salir luego de varios días de espera. Al detenernos, los ‘paras’ nos pidieron documentos y nos quitaron los alimentos que llevábamos para la comunidad.

Tres días fue la espera mientras los paramilitares verificaban quiénes éramos, a dónde íbamos y comprobar si realmente fuimos sinceros con ellos desde el primer día de detención. Luego de esto, retomamos nuestra labor hacia la comunidad en el Bajo Cauca, pero con el mismo pensamiento que tengo desde el primer día que llegué a esa región del país a trabajar: “No valió la pena dejar el Urabá antioqueño para tener las vivencias en el norte del departamento”.

A raíz de todo lo que sucedió, recuerda que su jefe le dijo que no podía seguir trabajando en la zona y le propuso regresar al Urabá. Sin embargo, debido a su compromiso con su trabajo y la comunidad, y después de mucho pensarlo, decidió que no podía abandonar el proceso sin cumplir lo que le había prometido a la comunidad del Bajo Cauca: terminar el trabajo que había comenzado desde que llegó a esta región del país. Así que solo cuando terminó de solucionar los casos que tenía pendientes regresó a Medellín. Aunque en la ciudad no le esperaba un panorama más seguro.

Al volver me encontré con que me seguían persiguiendo y que me estaban buscando para matarme a mí y a mis hijas.

En ese momento tuve que tomar una de las decisiones más difíciles y dolorosas de mi vida. Pedí ayuda a una organización y, con la colaboración de instituciones sociales de otros países, participé para hacer un concurso de liderazgo en Ecuador y gané.

Era mi vida y la de mis hijas lo que estaba en juego y yo no podía permitir que les pasara nada. La más grande tenía entonces siete años y la más pequeña apenas cinco. Ninguna sabía bien qué era lo que pasaba porque yo no había querido contarles y tampoco entenderían la situación por la que estábamos atravesando. Dejé a mi hija mayor con mi mamá, quien también estaba cuidando a mis dos hermanos menores, y a la pequeña con la mamá del papá, y me fui. Gracias al apoyo de unas organizaciones internacionales, me gané una beca para estudiar y salí del país ilegalmente, sin papeles, porque tenía que proteger mi identidad. Así llegué a Quito, Ecuador.

La beca cubría prácticamente todo: hospedaje, transporte y materiales. Comenzó a tomar un curso de liderazgo que duró alrededor de tres años y que legitimaba todo el proceso que vivió. Este sería certificado y avalado por la ONU, la UNESCO y la OEA. Gracias al curso, Hilda pasó esos tres años de su vida viajando, recorriendo otros países vecinos y conociendo más acerca del liderazgo. Estuvo seis meses en Quito, Ecuador; luego, por un periodo de seis meses, se trasladó a Perú la sede central de la comunidad Andina. Después viajó a La Paz, Bolivia, y así continuó por una parte de Latinoamérica.

Sin embargo, a pesar de todas las ventajas que tuve, todo lo que aprendí y los lugares que conocí, no fue una temporada fácil: pensaba mucho en mi familia, en mi madre cuidando a mis hermanos e hija, en mis hijas separadas. En fin, en todo lo que no estaba bien.

Por ese tiempo, en el año 2001, mi mamá trató de regresar al territorio y murió en un bombardeo del Ejército. Entonces, como yo no podía volver y estar con ellas, me tocó dejarla en manos de alguien mientras que yo podía regresar.

Cuando pasaron los tres años, llegué a Bogotá a acompañar otros procesos de la organización indígena y comencé a viajar dentro del país. Así pude conocer otros departamentos y los problemas de otras comunidades indígenas y el trabajo que hacían las organizaciones en esos

territorios. Con esta labor me di cuenta de que los problemas de aquellos podían ser similares o muy diferentes a los que nosotros vivíamos en el Urabá. Además, ejercí el liderazgo y me contacté con un senador indígena, con el que también estuve trabajando mientras se solucionaba mi situación.

No obstante, yo seguía estando amenazada y no podía hablar con mi familia. Cada vez que yo intentaba comunicarme con ellos, amenazaban a los míos porque aún esperaban que yo apareciera. En cierto momento, durante esos tres años, dijeron que a mí ya me habían matado y nosotros decidimos dejar las cosas así por seguridad. Entonces dejé de hablar con mi familia. Llevaba años sin ver a mis hijas y me alejé por completo de ellas. Tampoco podía hablar con mi esposo.

Durante esa época pude crecer mucho en mi carrera y en mi proceso organizativo, pero fueron años muy dolorosos, de mucha soledad. Después de tanto tiempo, cuando todavía pienso en eso, siento la tristeza de estar alejada de todos.

Hilda lleva consigo el recuerdo del día en que su familia la buscó y la forma en que comenzaron a encontrarse. Habían sido tantos años alejada de sus seres queridos, que esperaba estar con ellos en el menor tiempo posible. Sin embargo, las oportunidades de verlos siempre fueron esporádicas y en lugares donde sabían que no corrían peligro, pues no podía exponerse a nuevas amenazas y persecuciones contra ella y su familia. Por eso, dividía su tiempo: un día se encontraba con su hermana; otro, con su hermanito, y solo en un par de ocasiones pudo ver a sus hijas. Nadie, cuenta Hilda, podía decir para dónde se dirigía y actuaban con tanto sigilo como les era posible hasta que, a finales de 2004 y principios de 2005, finalmente se cansó de la situación: y ya no quería seguir viviendo en Bogotá y tomó la decisión de volver a Medellín a encontrarse con su familia.

Hablar del reencuentro con sus hijas la hace sonreír y es un motivo más que, ahora, la hace feliz, pero al mismo tiempo sus ojos se llenan de lágrimas al intentar recordar una época que para ella se ha vuelto difícil de contar. Se le entrecorta la voz cada que se acuerda del tiempo no vivido, de los consejos que no pudo darles a sus hijas, de la nostalgia de no haberlas visto crecer y de no enseñarles de la vida como en su momento lo hizo su padre, porque, como ella dice, “solo una madre conoce el dolor de tener que dejar a sus hijas y encontrarlas como personas

diferentes”. Cinco años habían pasado desde la última vez que las vio y convivió con ellas y, desde entonces, ellas habían cambiado su forma de ser, pensar y actuar. No eran las mismas pequeñas que hacía unos años, por una y mil razones, tuvo que dejar.

Aunque yo las dejé tan pequeñas, ellas nunca se olvidaron de mí, pero, más tarde, cuando nos fuimos a vivir juntas, ellas me hacían reclamos que yo no podía contestar. Ellas no entendían por qué me había ido y las había dejado, y yo no sabía qué responderles. Yo lloraba mucho y no encontraba las palabras.

Pero no era solo eso. Cuando por fin regresé, me encontré que mi hija menor ya no hablaba el idioma embera y que a la mayor se le olvidaba porque, al llegar a Medellín, le tocó aprender el español y no podía practicar su lengua nativa. Eso para mí fue muy doloroso. Perder el idioma significaba que también estaban perdiendo la identidad como indígenas.

La pérdida cultural es una de las consecuencias del desplazamiento que más desolación le causa a Hilda. La puede ver en los niños que no conocen su idioma, en las familias que abandonan sus vestimentas y costumbres, en las mujeres que se ven obligadas a pedir limosna o prostituirse para sobrevivir día a día, en las jóvenes que llegan a casas de familia a trabajar como empleadas domésticas sin saber encender una lavadora y que no suelen recibir un pago justo. La siente en su corazón cuando piensa que es probable que los embera katío no vuelvan a estar juntos en su territorio otra vez.

Llegar a una ciudad desconocida, sin conocer el idioma, las direcciones, las posibilidades de trabajo y enfrentarse al hambre, a la calle, la delincuencia y la indiferencia pone a los miembros de su pueblo frente a una infinidad de situaciones difíciles que los alejan cada vez más de su identidad cultural. Mientras tratan de conseguir los medios para subsistir un día más, van perdiendo la identidad cultural, pues, al no tener un espacio para socializar, hablar su lengua nativa, recordar y poner en práctica las tradiciones y dejar de lado los conocimientos culturales, esto se pierde y los indígenas se pierden con ellas.

Al reencontrarse con sus hijas, se enfrentó a la misma situación: el olvido de sus raíces y su historia. El dolor que esta situación, sumada a las ya vividas, es indescriptible, pero los años, la compañía y el crecimiento juntas han ayudado a sanar las heridas.

Ahora, con el trabajo que ha realizado junto con otras mujeres de la ciudad de Medellín, ha creado un espacio para hablar de lo ocurrido, de reflexionar acerca de la comunidad y su cultura en la ciudad, para encontrar alternativas y evitar perder su historia. De igual forma, han diseñado encuentros y talleres para que las mujeres se puedan expresar, recordar y compartir experiencias de identidad cultural con abuelas y mujeres de sus comunidades de origen, para que sus hijos e hijas también puedan tener esa armonía cultural y, sobre todo, no se pierda la identidad.

El año 2005 fue particularmente emocional y especial para ella. No solo logró reencontrarse con sus hijas y su familia, sino que volvió a verse con su esposo después de más de siete años de separación y, por primera vez, comenzaron a vivir juntos. Sin embargo, a pesar de las grandes alegrías de su vida, su mente volvía al miedo, la desolación y el dolor, y la única alternativa contra ellos que encontró fue mantener su tiempo ocupada con las artesanías, los talleres y capacitaciones que realizaba de la mano del movimiento indígena.

Yo seguía ocultándoles a mis hijas la razón por la que nos separamos y abandonamos el territorio. Por eso, cuando ellas me recriminaban, yo no podía decir nada y terminaba llorando. No fue sino hasta que mi primera hija comenzó a la universidad que yo le conté lo que había pasado. Cuando ella entró, comenzaron a hablar de la familia, de sus orígenes y el motivo por el que estaban en Medellín y ella me hizo todas esas preguntas.

Yo no sabía cómo explicarle todo lo que había pasado. No quería hablar de eso; era muy difícil para mí. Fue todo un duelo que hice a su lado porque ella necesitaba hablar de su vida, contar quién era. Ella siempre creció con indígenas y sabe que tenemos derechos y que tenemos familia en resguardos y selva, pero no sabía todo lo demás. Entonces le hablé de lo que no sabía. Le hablé de la comunidad, del territorio y mi familia, y de hecho tuve que llevarla y presentarla para que mi familia le contara nuestra historia.

Sin embargo, para mí fue muy duro y creo que eso me ayudó a enfrentar algunas cosas que tengo dentro de mí e intentar sacarlas, aunque algunas otras todavía me afectan.

Y es que el desplazamiento y nuestras historias no se quedan en el pasado, sino que las vivimos constantemente. Las revivimos cuando una comunidad se desplaza, cuando la prensa habla de una cifra de pueblos indígenas desplazados o de un titular de una masacre contra una

comunidad. Cuando se habla de lo que uno vivió o con personas que lo están viviendo, y no solo el pueblo embera. Esto no ha terminado y por eso lo vivimos una y otra vez.

Sin embargo, en realidad fue con su segunda hija que Hilda comenzó a explicar y enfrentar lo que habían vivido. Cuando ella tenía apenas diez años, y sin muchos recuerdos de su infancia en el territorio, comenzaron las preguntas: ‘¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿cómo llegamos aquí?, ¿por qué vivimos así?’. Su madre a duras penas conseguía el valor para dar una respuesta que le transmitiera la menor cantidad de información posible. Solo hasta que su hija menor creció, pudo empezar a hablarle con toda la verdad y comenzar a acercarla a sus raíces, un proceso largo y complejo porque se crió completamente alejada de la cultura y estuvo mucho tiempo sola.

Cuando Hilda le contó todo lo que pasó en el Urabá, sintió mucho miedo. Con lágrimas en los ojos, recuerda que su hija solía decirle “*dígame quiénes fueron y yo voy y los busco. Quiero hablar con ellos*”. Eso era lo que más le daba terror, la posibilidad de que alguna vez se acercara a ellos. Además, debido a la difícil situación relatada por su madre, su hija comenzó a llenarse de miedo, a creer que todo el mundo la perseguía. Dejó de vivir tranquila y comenzó a negar sus raíces indígenas. Afortunadamente, el tiempo ha sido un buen consejero, piensa Ponothuma, como le gusta que la llamen, porque en los últimos cinco años las cosas han cambiado y ella y sus hijas se han acercado más. Actualmente su segunda hija está en la universidad y ha comenzado a reunirse con la comunidad.

Todo esto para mí, para nosotras como madres, es muy difícil de afrontar.

El año 2005 fue un año que marcó la vida de Hilda Liria. En ese año se reunió con sus hijas, esposo y hermanos. Comenzó a compartir todo el tiempo posible con sus niñas, quienes iniciaron sus estudios, y comenzó a conocer los espacios de la ciudad. Así se dio cuenta de la fuerte presencia de indígenas desplazados en Medellín, pues a la ciudad han llegado más de 3000 indígenas desplazados, en su mayoría embera y senú. También se percató de las grandes dificultades que tienen que enfrentar.

Usualmente, los indígenas que llegan a la ciudad no saben hablar español ni a dónde dirigirse. No saben a quién pueden recurrir o como ganarse la vida. Incluso, se les dificultan las tareas que para

otros podrían ser cotidianas, pero que eran desconocidas hasta el momento de llegar a la ciudad. Viendo todas esas dificultades, Hilda decidió que podía ayudar, así fuera con una pequeña contribución, y comenzó a actuar como traductora en la Fiscalía, en la Personería, en la Unidad de Víctimas, en los hospitales y puestos de comunicación para facilitar la comunicación y garantizar una buena atención para los indígenas.

No obstante, como ella ya llevaba un proceso en el Urabá relacionado con la recuperación del territorio y la conformación de cabildos y lo había continuado desde otros espacios urbanos, en 2005 también la nominaron para el Premio Nobel de Paz. Este reconocimiento a sus labores lo hicieron porque ella estaba trabajando para que las comunidades indígenas no perdieran su cultura y para que su educación no desconociera las diferencias étnicas y el conocimiento de los pueblos. Además, había promovido el trabajo comunitario y social en las comunidades. Esta nominación fue un evento particularmente bonito y especial para ella, que le ayudó a abrir puertas para trabajar en otros espacios y sacudirse el miedo para apoyar los procesos.

Después de la nominación del Nobel de Paz, sobre el año 2007, se mudó a la Comuna 8 en la zona 3 de la capital del departamento de Antioquia. Allí siguió caminando en los procesos sociales, pues desde el movimiento de mujeres fue invitada a eventos en donde iba forjando redes de amistad y trabajo. Durante un año estuvo asistiendo a las diferentes actividades de la comunidad y en 2008 tuvo la oportunidad de colaborar en la Comuna haciendo parte de la vocería de la mesa de participación y, a raíz de su trabajo en la zona 3, las familias y organizaciones de la Comuna nominaron a Hilda para integrar el plan de desarrollo local para beneficiar a la población de la Comuna 8, en donde actualmente vive.

La labor en la Comuna era de enfoque social: visitaban a las familias en los hogares para identificar sus dificultades, marchaban para que el Concejo municipal escuchara las peticiones y necesidades de la gente y eran la representación de los pueblos que hacían parte de la Comuna. Asimismo, desde la mesa de mujer de la comunidad indígena de la Comuna pudieron ayudar a muchas familias y dar a conocer lo que en la mayoría de casas de familias indígenas veían: niños delgados y desnutridos, menores que perdían el idioma nativo por falta de espacios culturales, falta de apoyo para que la mujer ingresara a la escuela a aprender a leer y escribir y muchas situaciones más que se presentaban en los pueblos indígenas.

Luego de terminar labores como representante del plan de desarrollo, las mujeres, que ya conocían su trabajo y se sentían apoyadas por ella, le pidieron que las apoyara para seguir educándose. En ese momento, la Alcaldía de Medellín, junto con la Secretaría de la Mujer, lanzó el programa “La escuela busca a la mujer adulta” e Hilda impulsó a las mujeres de la comuna para que se inscribieran, ya que con ese programa podrían aprender a hablar el castellano o participar en otros espacios y mejorar sus condiciones de vida. Entraron casi 100 mujeres al programa, pero solo lo terminaron 60, incluida Hilda.

Las mujeres nunca pensaron que aprender iba a ser difícil. Sin embargo, el proceso para que ellas entraran a estudiar no fue fácil. Muchas fueron maltratadas por sus esposos o por sus hijos, y a algunas les decían que para qué iban a estudiar estando tan viejas, que así de viejas no iban a aprender nada. Muchos hombres no les colaboraban a las mujeres con las tareas más simples. Si ellas tenían que ir a estudiar, alguien debía cuidar a los niños, pero ellos no eran capaces de hacerlo. Otros esposos las amenazaban y les decían “Es que usted se va ir todo el día. Si le pasa algo a mi hijo, ya sabe que aquí se las voy a cobrar”. A muchas les quemaron los cuadernos o les impidieron salir a hacer las tareas. Incluso, recuerda con dolor y rabia, que una vez llegó un hombre a la escuela con un cuchillo porque quería llevarse a la esposa.

Las historias de las mujeres indígenas pueden estar llenas de dificultades, tristezas y frustraciones, así como de pequeñas y grandes victorias, inefables alegrías y de obstáculos superados. Para Hilda, un ejemplo de esto son las tres mujeres indígenas que pudieron continuar sus estudios en la universidad, en lugares donde pueden tener tiempo para trabajar o cuidar a sus hijos. Además, las otras indígenas que no pudieron terminar siguen pendientes de las labores que hace Hilda y buscan contribuir a las gestiones.

Sin embargo, no se puede olvidar lo difícil que es ser mujer indígena en este país. Para que la indígena pueda llegar a espacios donde sean reconocidas, tienen un doble costo más que los hombres.

Nos dicen o gritan que estamos perdiendo el tiempo, que estamos descuidando la familia por no estar en casa y estar educándonos. Nosotras, como mujeres y cabezas del hogar, adicionalmente tenemos la responsabilidad de ser mujer y de cuidar la cultura, pues las indígenas siempre nos hemos caracterizado por lo que somos desde nuestra originalidad y ese aspecto muchas veces no

se reconoce en los diferentes espacios a los que podemos pertenecer. Sin embargo, debemos luchar contra las discriminaciones que existen desde nuestra misma casa.

Durante todo este tiempo, Hilda seguía impulsando un proyecto personal que ha ayudado a muchas familias y ha crecido con los años. Se trata de Artesanías Keratuma, un taller que inició en el año 2005 cuando llegó a Medellín y con el que quiere buscar la manera de que su comunidad, fortalezca el tejido como práctica cultural y las artesanías actúen como sustento del hogar. La experiencia ha crecido tanto que, aunque es artesana en tejidos de semilla y chaquiras, en el taller también se encuentra un grupo de familias que hacen crochet, bordados, tallados en madera, tejidos en chaquiras y semillas, y la defensa de lo gastronómico.

Sin embargo, a pesar de todos los progresos que estaba obteniendo en el proceso, estos no se reflejaron en su vida personal. De hecho, la complicaron.

Mientras me iba con mis hijas a las reuniones y actividades de liderazgo, no surgía ningún problema. Sin embargo, en mi casa me esperaba mi esposo molesto porque no actuaba como la mujer que él esperaba, la mujer de la casa que se dedicaba a él y a sus hijos.

Yo siempre he sido muy andariega. Cuando yo era pequeña, siempre me decía mi padre: “vea niña, usted tiene que aprender a leer, escribir y a hablar el castellano, porque usted no va a ser la esposa de la casa, usted tiene que luchar para poder acompañar a las comunidades, a los compañeros”. Siempre me lo dijo y eso se me quedó grabado toda la vida. Por eso, yo no era la mujer que mi esposo esperaba.

Por tal razón, discutíamos mucho. Él me decía que, si yo estaba en las labores organizativas, yo no podía estar al 100% apoyándolo o en la casa, y que yo no debía salir. La relación se tornó difícil porque yo no le hacía caso, y me iba. Me sentía bien así. A veces me tocaba quedarme en la casa de alguien más, para evitar las discusiones y las peleas, pues mis hijas estaban en la casa y yo no quería que ellas vieran eso. Entonces, me iba y me quedaba donde las compañeras, quienes siempre me apoyaban. Yo les comentaba lo que ocurría y ellas me daban consejos y me animaban.

A pesar de todos los problemas que tuvimos, nunca pensé en abandonar las actividades que estaba realizando. Así también estaba siguiendo otro consejo de mi papá: “haga las cosas bien,

que usted sienta que se siente muy bien con lo que está haciendo para que después no se arrepienta de nada". Por eso, continué. Porque no quería que me pasara como a esas mujeres que dependen de su esposo en todo el sentido y ellos terminan orientando su vida.

Sin embargo, no todas pueden escoger el mismo camino que Hilda tomó. Muchas mujeres indígenas, con niños en brazos y sin un lugar a dónde llegar migran a las ciudades pidiendo limosna, y estando a la deriva de la pérdida del idioma nativo, de las costumbres étnicas y, en general, el olvido etnocultural. Como si fuera poco, estas familias también se enfrentan a los peligros de occidente en torno a la prostitución, trata de personas y violación.

En el largo camino de liderazgo y procesos sociales, Ponothuma ha conocido casos de mujeres emberas, pero de las comunidades del Chocó y Risaralda, quienes han llegado a las grandes ciudades y se han quedado en la calle, viviendo de limosnas, exponiendo a los menores a la violación y la trata. Por su parte, las mujeres, pensando en esa opción como su único y último recurso, acceden a la prostitución; y por último, los jóvenes que se van por el camino del narcotráfico.

Asimismo, el desconocimiento de las prácticas culturales genera efectos perjudiciales para los indígenas. Por ejemplo, una ruptura muy grande que vivió la familia de Hilda se dio cuando una de sus hijas tuvo su primer hijo y el hospital se negó a darle la placenta. Ella cuenta, molesta, que los doctores decían que no podían prestarle el servicio por higiene y otras razones que daban a entender que no tenían en cuenta su cosmovisión.

Dado que los médicos no les quisieron dar la placenta, tuvieron que llevar a su niña donde los abuelos para que le hicieran un ritual de sanación y así hacer las ceremonias correspondientes. Sin embargo, con ese pequeño acto, rompieron una tradición que Hilda había puesto en práctica con su hija, su madre con ella y su abuela con su madre. Una tradición ancestral para los embera.

Esto hace parte de un proceso que viene desde el vientre y que busca afianzar nuestra relación con el territorio y el universo que contiene. Desde el vientre se trabaja esa conexión con rituales que las abuelas y las madres hacen y, una vez nace el bebé, se corta el cordón umbilical, que es sagrado para nuestras mamás y abuelas, y la placenta. La placenta debe volver inmediatamente al territorio para fortalecer espiritualmente al ser que llegó al mundo. Por su parte, el cordón

umbilical, el pedazo que queda en el ombligo y luego se cae, debemos llevarlo con nosotros, porque este está conectado con la placenta y esta última con la madre naturaleza. Así, nuestras raíces, que nos congregan como pueblo embera, se encuentran en el territorio. Si un abuelo está en cierto lugar, allá debemos ir todos. Por eso, nosotros decimos que cuando una persona crece y no recuerda dónde está su parte de la placenta es una persona que no está bien identificada.

Pero ahora, siendo desplazados, esto se complica. Como estamos en un lugar que no es de nosotros, cualquier acontecimiento en el embarazo, nacimiento, pubertad o matrimonio debe llegar a ee lugar para que el bebé sea espiritualmente sano. Cuando no podemos llegar al lugar donde están nuestros abuelos, se genera una ruptura grandísima y el bebé que nace, lo hace desestabilizado y desequilibrado espiritualmente con la madre tierra.

Un significado tan grande e importante para los indígenas no es comprendido por las instituciones, pues estas no respetan las prácticas por desconocimiento de la existencia de la diversidad y de las leyes que los cobijan. Este desconocimiento genera unos efectos en quienes ven vulnerados sus derechos.

Tratar de superarlo es una forma de tratar de adaptarse a la ciudad y que esta también los reciba adecuadamente. Sin embargo, no siempre se logra. Eso le pasó a su esposo, con quien duró casada casi 15 años. El costo de vivir en la ciudad, tanto ambiental como económico, no lo dejaba vivir tranquilo. Por eso, él enfermó, le dio cáncer y, en el año 2013, falleció. La muerte de su esposo fue un acontecimiento que truncó la vida de Hilda, pues, aunque no fue mucho el tiempo convivido, está siempre presente en su mente y en su corazón. Es una historia que le toca el alma y de la cual no le gusta hablar. Lo relata de forma ajena, pero sus ojos reflejan lo contrario, a pesar de todas las diferencias que la apartaban de él. La pérdida del único amor de su vida fue uno de los tantos motivos para seguir luchando por su pueblo y su cultura.

Cuando la ciudad te separa de tu identidad, te pierdes y por eso constantemente estoy buscando promover la unión, encontrarnos y mantener nuestra memoria viva.

Aunque Medellín es una ciudad tan grande y eso no permite tener un lugar fijo de reunión para Hilda y las demás personas, siguen tratando de encontrarse y recuperar su cultura. Tienen un espacio de encuentro los jueves y domingos e, incluso, algunos sábados, para compartir, hablar

en su lengua, hacer talleres y demás. Así, contribuyen al fortalecimiento de las familias indígenas y su identidad cultural.

Después de tanto por lo que hemos pasado, yo pude volver a estar con mis hijas y cumplir el sueño de acompañarlas a las comunidades. Retomé la universidad y ahora estamos en constante construcción para no olvidar. Eso hace que todo valga la pena.

Una de las motivaciones más importantes que tiene Hilda es retomar su carrera. Actualmente, es estudiante de séptimo semestre de la Licenciatura en Pedagogía de la Madre Tierra en la Universidad de Antioquía, una carrera que se imparte gracias a la iniciativa del movimiento indígena y en la que se abre un espacio para que las personas se formen como pedagogas, enfocados en la reflexión cultural de la cosmogonía y la relación con el otro.

Sin embargo, retomar la carrera y mantenerla no ha sido una tarea fácil.

Hilda cuenta que, cuando le propusieron comenzar la universidad, estaba terminando un contrato con la Alcaldía de Medellín como conductora de igualdad en la defensa de los derechos humanos de las mujeres. Sin embargo, se negó porque le tenía miedo a la universidad. Hilda nunca ha tenido una estabilidad económica y durante su vida vio tantas veces a compañeras y compañeros que venían de los resguardos con el único sueño de entrar a la universidad y poder estudiar, y que luego se quedaban en el primero, segundo o tercer semestre y se tenían que devolver porque no tenían la posibilidad de continuar, razón por la cual pensó que no era una posibilidad para ella. Le daba miedo empezar y no poder continuar por las labores que tenía: trabajar, mantener a sus hijas, dedicarse a las comunidades y al trabajo social.

Incluso cuando conoció las materias que tendría que ver durante los cinco años de estudio, se llenó de motivación e impulso para inscribirse. Pero no lo hizo. Lo único que hacía era motivar a otras mujeres para que estudiaran, hasta que un día alguien le dijo: “es que tú debes de empezar, porque, si empiezas, las mujeres te van a creer más”. Entonces se animó y tomó la decisión de matricularse junto con otras dos compañeras.

Todo marchaba bien, asistía a las clases, trabajaba, aprendía y presentaba los trabajos hasta hace dos años. Resulta que un día me dio una gripa que no me cuidé y eso se me complicó hasta

el punto de que, si salía, me daba alergia, o si venteaba, me dolía el pecho. Me estaba ahogando y a cada rato me tenían que hacer nebulizaciones.

Entonces, el médico me dijo: “por tres meses, usted no se va a mover de la casa”. Ay, Dios. Yo nunca había estado tanto tiempo en la casa. Tenía que tener todo tipo de cuidados. No podía salir, ni podía dormir tres veces en la misma cama. Tampoco podía usar cobijas de lana. Además, tenía que tomar una medicina que me ponía mal.

Los profesores fueron muy comprensivos conmigo y gracias a ellos es que yo pude seguir estudiando. Ellos me dejaban los trabajos para la casa y me ayudaban con lo que necesitaba, porque no podía asistir a clase.

Sin embargo, mis hijas y yo pasamos muchos trabajos. Como yo no podía salir, no podía trabajar, y hubo un momento en que aguantamos hambre. El medicamento me entumecía la mano y los ojos no me funcionaban bien. Afortunadamente soy artesana y tejer me dio la armonía y la paciencia para escribir y completar los trabajos de la universidad o lo que surgiera del proceso organizativo. Gracias a las artesanías que se vendían y al mercado que nos llegaba a la casa cada tres meses, dado que estamos vinculadas al SIPOD de la Unidad de Víctimas, fue que sobrevivimos. Sin eso, yo no sé qué hubiera pasado.

Un día, cansada de los efectos de las pastillas, decidí ir a un médico naturalista. Mi salud mejoró, los efectos se redujeron y comencé a sentirme mejor. Ya sentía que podía ir a clases. Extrañaba hacerlo y que podía participar en otras actividades. Retomé mi vida.

Hoy en día se desempeña en dos ámbitos. Por un lado, es coordinadora de un proyecto que se llama “Territorios étnicos con bienestar”, que tiene un convenio con el ICBF y la Organización Indígena de Antioquia. En una de las zonas del departamento ya lo implementaron con 258 familias en tres temas: el autoconsumo, la recuperación de las huertas ancestrales, el fortalecimiento de la identidad cultural, y el afianzamiento y fortalecimiento del liderazgo y la gobernabilidad de las familias indígenas. Por el otro lado, es tallerista en temas sociales, de género y arte. Así, suele apoyar a grupos que ya estén organizados y que los acompañen instituciones.

Cada día da gracias a los espíritus de la Madre Tierra y a Dios por vivir, porque muchas personas que podrían estar contando la historia ya no están, porque hubo momentos en que pensó que no lo lograría pero aún sigue caminando y aprendiendo. Con felicidad, admite que sigue haciendo lo que le gusta, buscando reivindicar los derechos de los pueblos y lograr su objetivo de conseguir un reconocimiento. Pero, sobre todo, lucha por estar y seguir al lado de su familia.

Así, puede continuar apoyando a los niños y niñas y familias en las diferentes situaciones que tienen que enfrentar. Sin embargo, Hilda acepta que todavía hay mucho por hacer y qué defender.

Así tal vez un día lo imposible se vuelva posible y el Gobierno reconozca nuestra incidencia social y política, nos reconozca como actores de este país y nos respete como se debe. Así, quizás las mujeres seamos reconocidas como iguales. Y, algún día, los grandes y violentos conflictos, los sembrados de coca y el narcotráfico que azotan al país desaparezcan.

Así, quizá pueda volver a ver la selva. Entonces, mis hijas y mis nietas volverían a sus raíces y regresaríamos a aquel lugar en donde nuestra placenta, la de nuestros padres y sus padres, reside, y nuestro pueblo recuperaría su equilibrio, sus tradiciones y recordaría su idioma. Las familias volverían a unirse y ser indígena sería un motivo de orgullo. Tendríamos autonomía y el hambre y las pesadumbres se reducirían. Nos reconstruiríamos juntos. Y, de esta forma, podría quitarme los zapatos para volver a estar en contacto directo con la madre tierra, sentir la hierba contra mis pies, escuchar los sonidos de la vida en su forma más pura y oler la frescura del cosmos.



Foto tomada por las autoras de este texto. San Sebastián de los Lagos. Leticia, Amazonas.

UNA EXPEDICIÓN EN LA MEMORIA TICUNA

“Ella se fue a Bogotá. Resultó con hijos y marido, pero me contaba que sufría mucho. Le pegaba duro, la amenazaba con revólver y con escopeta y tenía tanto susto que casi no vuelve”, cuenta Hermelinda con la mirada perdida en ese pasado que atormentó a su hija por varios años.

Desde Leticia, un municipio colombiano ubicado en el extremo sur del país, Hermelinda Parente relata diferentes hechos que han marcado su vida. Ella es una mujer ticuna que vive en San Sebastián de los Lagos, en donde siembra plátano, yuca, caña, piña y ñame, y hace collares y aretes para venderlos en el pueblo. Durante sus 64 años ha tenido dos esposos, cuatro hijos y una tierrita para trabajar. Allí ha visto cómo los años y el intercambio cultural han transformado irremediabilmente a su comunidad hasta el punto de que muchos ya no utilizan su vestuario tradicional, no hablan su lengua y sus labores en la comunidad se han ido disipando.

En esta comunidad, donde todo se está transformando, a las mujeres ticuna les queda su identidad como lo único seguro a lo que aferrarse: ser madres, chagreras, abuelas, artesanas, aventureras, docentes, transmisoras de cultura, líderes, trabajadoras y luchadoras. Y estas mujeres cargan con ellas, como un compañero silencioso de viaje, el peso de la cultura, la familia, el silencio y la memoria.

Es domingo, 8:53 de la mañana. El sol asoma sus rayos en un cielo completamente despejado que augura un caluroso día, mientras el bus espera a algunos miembros de la comunidad. Los ticuna de San Sebastián de los Lagos, se preparan para reconocer el territorio en donde esperan sembrar, vivir, estudiar y trabajar en unos próximos años. El kilómetro 23, a donde se dirigen, albergará a cerca de 400 personas con la expectativa de recuperar su territorio, costumbres y dignidad. Este terreno fue dado a los indígenas por la Agencia Nacional de Tierras para que ampliaran su territorio de resguardo ya que ha venido creciendo la población y San Sebastián se está quedando muy pequeño para toda la comunidad. .

Este cambio se produce a raíz de las transformaciones y afectaciones que la tierra ha tenido durante varios años. La fertilidad ha ido menguando con el paso del tiempo y la chagra se ha visto afectada por el crecimiento de la población y las propiedades de colonos que circundan el territorio del resguardo e invasiones en el territorio. En muchas ocasiones, las mujeres han tenido que sembrar en lugares que eran arrendados o prestados y que representan un aumento de gastos para ellas. Es por eso que el kilómetro 23 les podría brindar la oportunidad de aumentar sus cultivos y cosechar en terreno propio.

Durante estos tres años de trabajo, las docentes han acompañado a los ticuna en diversos espacios entre los que se encuentran la recuperación y la conservación de la cultura propia. Sin embargo, también se han tropezado con las múltiples dificultades que las mujeres ticuna tienen que afrontar a diario como miembros de su comunidad y parte de la sociedad. Un ejemplo de esto es la ardua labor que implica ser mujer, madre de familia y miembro de una comunidad étnica con roles definidos y necesarios.

Más de 20 personas se encuentran en el bus, y con el sonido del motor, comienza el viaje, que durará aproximadamente 30 minutos. Al llegar al kilómetro 21, el colectivo no puede seguir. La carretera llega hasta ese punto. De ahí en adelante todo es trocha y solo se puede llegar en moto, en un carro 4x4 o a pie. Al ser tantas personas y no tener otro medio de transporte que los lleve, toman la decisión de movilizarse a pie como única alternativa.

Durante dos kilómetros, la comunidad de San Sebastián de Los Lagos camina hacia su nuevo territorio. Se ve a cada lado del trayecto la indómita naturaleza de la mística zona del Amazonas colombiano representados en quebradas, árboles, animales, algunas casas e inaguantables mosquitos. En medio del recorrido, algunos abuelos y abuelas buscan sombra para protegerse de los rayos del sol. Sin embargo, la gran mayoría de los indígenas camina a paso rápido y despreocupadamente, mientras los niños saltan, corren y ríen sin dar cuenta de la infernal temperatura.

San Sebastián de los Lagos es uno de los resguardos indígenas ticuna de la zona, en Leticia. Allí habitan principalmente tres familias: los Fernández, los López y los Lorenzo. Todos conviven en el mismo vecindario. Sus casas están construidas en concreto y, muy cerca de ellas, se encuentra su chagra, en donde siembran sus alimentos.



Foto tomada por las autoras de este texto. Niños ticuna.

Una única calle atraviesa esta afable y cálida comunidad. Al llegar al kilómetro cinco, se divisa una zona conocida como la “Y”, donde la carretera se divide en dos. Para llegar a San Sebastián de Los Lagos hay que tomar a mano izquierda del camino y luego se recorren varios metros para divisar a los ticuna. Hay un par de casas, junto con una cancha de baloncesto al lado izquierdo del camino, mientras al lado derecho se puede ver un colegio en el que estudian los niños de la comunidad. La casa de Ivón Chota, la hija de Ruth Lorenzo, queda al lado de este colegio.

Diagonal a Ivón, vive Magdalena, una de las abuelas más sabias de la comunidad. Ella suele sentarse en el piso de su casa hecha de concreto y pintada de verde, que con el tiempo ha ido perdiendo su color original. Magdalena suele hablar en tono pausado, buscando las palabras de un idioma que no es el de ella. Pensar en su infancia, la devuelve al conflicto entre Brasil y Bolivia, a la llamada “La Guerra del Acre”, a finales del siglo XIX, cuando el papá de su abuelo, que era de nacionalidad brasileña, se vio obligado a abandonar su hogar. Desde entonces la familia Fernández se desplazó por diferentes ciudades y se separaron definitivamente. “Mi papá se vino a vivir aquí; otros se fueron para Perú y para Brasil. Por eso es que se regó mi familia.

Aquí creció mi papá, algunos tíos y tías. Ellos han tenido hijos y esto ha permitido que nuestra familia esté creciendo”, cuenta la mujer de 59 años que pertenece a una de las familias fundadoras del resguardo.

Las visitas de Ivón a casa de Magdalena las suele hacer con Alejo, el más pequeño de sus hijos. Durante las tantas conversaciones que han tenido, han hablado de su pasado y de la nostalgia y la decepción de saber que hace algunos años no había tantos problemas porque se seguían los consejos del curaca o cacique, que era la autoridad en la comunidad. “Hace como 30 años se le hacía caso. Él manejaba, como decía doña Magdalena, la guardia indígena. Se demostraba eso de quererse y respetarse entre vecinos y compañeros, pero ha venido desapareciendo”.

Desde hace muchos años, las costumbres y prácticas de esa comunidad se han venido perdiendo. La falta de identidad, la indiferencia de los hombres, y hasta de los jóvenes ticuna frente a sus roles dentro de la comunidad, ha afectado directamente a las mujeres, pues son ellas las que ahora cargan con toda la responsabilidad que años atrás compartían y solían trabajar en conjunto. La conservación de la cultura y la supervivencia de los ticuna de San Sebastián de los Lagos está en manos de las mujeres y esto implica el doble esfuerzo y trabajo para ellas, pues, ahora, la mayoría no escuchan a los abuelos y prefieren seguir las costumbres de la cultura occidental.

En las escuelas ahora se enseña en español y, al preguntarles qué significa una frase escrita en su lengua ticuna, son muy pocos los niños que levantan la mano para responder. Al saludarse dicen ‘numae’ y al despedirse dicen ‘nuama’. Sin embargo, a algunos jóvenes no se les escucha más que estas dos palabras de su idioma nativo, aunque esto se debe a que muchos de ellos prefieren no hablarlo ante desconocidos. En ocasiones, esto ha generado dificultades de comunicación dentro de los miembros de una familia, dado que hay abuelos y abuelas que aún mantienen intacta su lengua nativa, pero hay jóvenes o niños que ya no la practican.

A algunos abuelos les cuesta entender el español y en ocasiones piden ayuda a sus familiares para que les expliquen o traduzcan lo que los demás hablan. Como dice Hermelinda, “antiguamente, mi abuelita no sabía ni entendía el idioma en el que hablaban los blancos. Cuando llegaba alguien, ella saludaba en nuestra lengua”.

Su vestuario también se ha transformado con los años, aunque en las presentaciones culturales todavía portan con gran orgullo y con un sentido de pertenencia la “Yanchama” - árbol del que se puede sacar la fibra para elaborar los vestidos tradicionales de los rituales- que es hecha con sus propias manos y con lo que la naturaleza les ofrece.

Magdalena y Pascuala suelen usar en estas presentaciones su vestimenta tradicional: una falda tejida de colores rojo y beige con formas circulares en tonos naranja y amarillo oscuro, junto con una blusa blanca de tirantes con tonalidades de púrpura, adornada con plumas blancas de chulo. Alrededor del cuello suelen usar dos collares que llegan hasta el pecho. hechos con escamas de piraña; semillas de açai, una semilla pequeña y de color blanco, en la que se dibujan unas delgadas raíces de color vinotinto y es tomada de un fruto redondo y morado oscuro, parecido al mamoncillo, que crece en palmeras de las regiones húmedas de Brasil; y ojos de virgen, semillas de color azul con un círculo de color blanco y negro en el medio.

En su cabeza utilizan un tocado de plumas de guacamaya, rojo y azul. Sus pies descalzos son adornados con unas tobilleras. Sus labios, delineados de negro, y en su rostro, a cada lado de la nariz, se dibuja una delgada línea en forma de onda.

A pesar de la belleza de los trajes tradicionales, estos han sido reemplazados por las vestimentas occidentales que actualmente se utilizan en Colombia. Hoy en día, muchas andan descalzas; otras usan ‘cros’ o tenis para caminar, y la mayoría utiliza camisas, pantalones, shorts o faldas para soportar el intenso calor que hace en verano. Algunas portan sombreros o cachuchas que protegen sus rostros del sol.

La mujer en la comunidad es quien se encarga de la chagra, de los hijos y de la casa. Su participación es esencial y sus saberes son los más ricos, porque con ellos se construye comunidad. Su día a día se convierte en un tejido, en un bordado que, con delicadeza, va uniendo cada hilo hasta conformar una gran pieza. Todo comienza en medio del amanecer y se extiende, termina hasta mucho después del atardecer, cuando las labores de madre, esposa y trabajadora terminan. Como en la mayoría de las comunidades indígenas, la ticuna es la responsable de educar a sus hijos y transmitirles todos los saberes culturales y ancestrales de su población, usualmente a través de la chagra, uno de los espacios más importantes cultural, económicos y socialmente.

La chagra es el proceso por el que siembran y cultivan los alimentos y representa para los ticunas un espacio para el diálogo de saberes, la educación y la transmisión oral de sus costumbres a sus hijos y nietos. Es conexión con el pasado y con el presente de su cultura. Allí las tareas son repartidas. Los hombres se encargan de la roza y la tumba, es decir que, luego de escoger el terreno en donde van sembrar, ellos queman el lugar para que les dé buen fruto. Después las mujeres siembran y cultivan. Finalmente, la cosecha la realizan en conjunto y lo que recolectan es para la comida de la familia y para vender.

No obstante, los trabajos e ingresos externos a la comunidad a los que han recurrido los hombres han cambiado sus prioridades. Ahora, la mayoría no asiste regularmente a este proceso o evita la labor que usualmente les correspondía (la roza y tumba). Los jóvenes también han perdido el interés por permanecer en la chagra. El contacto con la modernidad los ha llevado a ver el estudio como lo primordial, olvidando la importancia de los trabajos y formas de vida de los indígenas. Debido a la apatía y disgusto que les suscita este trabajo, han dejado de acompañar a su familia a cosechar y todo el peso del trabajo ha recaído en sus madres y abuelas.

A las ticuna eso las ha afectado directamente. Ahora deben ir a sembrar, desyerbar y cultivar por sí solas y cada día es más difícil hacer esta labor porque la tierra ya no es la misma, no es tan fértil, y el terreno no es suficiente. “Lo pesado es que ahorita uno no encuentra una buena tierra para sembrar. Da mal genio ir a la chagra y encontrar tierra blanca, que no sirve. Eso es lo complicado”, se lamenta Magdalena.

Domingo, 9:30 de la mañana. El canto de las aves ameniza los dos kilómetros de trayecto. La tierra seca se levanta con el viento y, en medio del recorrido, se ve correr a los niños hacia una laguna ubicada al lado derecho del camino. El abuelo Alirio cruza el alambre de púas y camina hacia un caballo de color gris que está desplomado en el piso. Se acerca a él para mirar si está vivo y, luego de un instante, grita: “¡ya está muerto!” En ese momento el abuelo le corta las rodillas al caballo y recoge la sangre que luego utilizará para realizar un remedio. Todos los que estaban observando retoman su trayecto.

Los niños siempre han sido los más entusiasmados por conocer ese sitio en el que correrán, jugarán y nadarán una vez encuentren las quebradas. Caminan descalzos y miran hacia los árboles esperanzados por encontrar alguna fruta que puedan tomar. Uno de ellos encuentra un

árbol de chontaduro. Se trepa en él y, en un rápido movimiento, corta y toma racimos. Luego baja y corre hasta desaparecer de la vista de los que vienen detrás de él; varios niños lo siguen y se pierden entre las hojas y los arbustos.

En el camino, las abuelas se toman algunas fotos con las maestras mientras comentan algunas experiencias. A paso lento suben la loma y se detienen para divisar el paisaje que se convertirá en su casa.

Al llegar al kilómetro 23, al lado izquierdo del camino se encuentra la entrada del territorio. A los costados se ven unos alambres de púas que protegen el terreno y, junto a la entrada, se observa una choza de dos metros y medio de altura construida en madera, sostenida por cuatro palos y una escalera de cuatro escalones para llegar a ella. Allí está Ligia, acompañada de cinco niños, quienes, al ver que vienen las personas restantes, saludan con sus manos mientras ella, de forma burlona, asegura que estarán pendientes de los posibles intrusos. En este punto, comenta un abuelo, es donde estará la guardia indígena vigilando y protegiendo a la comunidad.

A unos cuantos metros, hay una casa en ladrillos que está en proceso de construcción y que cuenta con un techo, cuatro paredes y una puerta. A pesar del largo y agotador recorrido, las abuelas ponen la olla y la paila encima de la leña para empezar a cocinar los pescados para el almuerzo. Mientras unos pocos descansan en el piso o en las bancas de madera, ellas continúan con sus labores, encendiendo la leña, cocinando y cuidando los niños. Un pequeño grupo se separa y comienza a hacer la segunda parte del recorrido dentro del territorio para conocer los detalles que este tiene.

La abuela Ruth, Hermelinda, Alirio, Conchita y las maestras inician el recorrido y se dirigen hacia los galpones de unos 15 metros de largo y seis de ancho que están siendo construidos para recibir a las gallinas y a sus pollitos. Al verlos y pasar junto a ellos, Conchita los detalla y, muy contenta, agrega que “allá sí se pueden criar los pollitos, las gallinas y ahí mismo, se pueden producir matas de maíz”.

No había un sendero marcado para continuar. Ruth, quien fue curaca y líder de la comunidad, va a la cabeza con un machete en la mano abriendo paso a los que vienen en fila detrás de ella. Alirio, de 65 años, también carga un machete en la mano con el que corta las ramas que no

permiten avanzar. Mientras camina, lleno de orgullo por el que ahora es su territorio, señala los espacios en donde quedarán la escuela y las casas de los ticuna.

Poco a poco se van adentrando en la selva. Aunque para cualquier persona esta experiencia puede resultar atemorizante y sobrecogedora, ellos caminan con seguridad sin dudar en ninguno de sus pasos, guiados por la naturaleza desconocida por los forasteros. A medida que suben, se topan terrenos desiguales, árboles, ramas rebeldes y un riachuelo que solo se puede cruzar por una tabla delgada de madera. Se aproximan al kilómetro 24. Sin embargo, la distancia parece mucho más larga al adentrarse en el bosque. No les molesta, pues tienen mejores cosas en las cuales concentrarse. “¡Está bueno el monte! Uno viene aquí, y siembra plátano y yuca. La lejura es lo malito, pero cuando viene el carro, uno se puede ir a vender los alimentos”, comenta Hermelinda con voz agitada.

La abuela Hermelinda es de tez morena. Habla con voz fuerte y alegre y su sonrisa es imponente. Su cabello es de color negro como el carbón. Lo tiene amarrado con una moña y usa la camisa blanca regalada por las maestras. Habla de su vida con la tranquilidad de quien ha aceptado su pasado y no tiene miedo del futuro. Cuenta, cómo a sus 15 años, viajó a Bogotá y sus papás la entregaron a una señora que la llevó a trabajar como empleada doméstica: “yo cuidaba su casa, su apartamento y, cuando ellos salían, yo me quedaba ahí, cuidando todo. Duré como dos años allá”. No tiene quejas, pero afirma que no le gustó la capital. Se casó a los 19 años con un brasileño con quien tuvo dos hijos. Sin embargo, su esposo la dejó por otra mujer y ella tuvo que criar a sus hijos sola. Luego de un tiempo, él volvió, se reconciliaron y viajaron a San Sebastián de Los Lagos, pero nuevamente se separaron. Allá conoció a Víctor, su actual esposo, con quien tiene dos hijos.

La lluvia cesa y vuelve a salir el sol mientras el grupo se separa y Hermelinda y Alirio deciden conocer hasta la última parte del territorio. Salen del bosque hacia la carretera y se sientan en dos troncos para tomar el aire. Empiezan a relatar algunas experiencias de su vida. “Al cumplir 13 años una de mis hijas viajó a Bogotá para quedarse donde su tía. Durante cinco años no supe nada de ella. Cuando llegó de la capital, tenía dos niñas y me dijo: ‘yo me casé en Bogotá, tengo marido y tengo mi casita’”, cuenta Hermelinda.

En el centro del país, en donde la gente camina con rapidez, los pitos ensordecen el canto de las aves y los trancones son pan de cada día, la hija de Hermelinda conoció al hombre que pensó que sería su compañero de vida, sin estar preparada para lo que tendría que enfrentar.

“Un día mi hija me llamó y me dijo preocupada: “mamá, ¿yo qué hago?. Me quiere matar aquí mi marido. No quiere que yo esté aquí y ahora se consiguió otra mujer. ¿Qué hago?” Yo le dije “usted verá” y me dijo “no, mamá, cómo, ¿si yo no tengo plata?” “Yo tenía como cinco cabezas de ternero. Los vendí y le mandé su pasaje. Con eso fue que ella regresó”, comenta la abuela.

Las cosas no pararon ahí. Su hija volvió a San Sebastián, pero el esposo la seguía buscando y le suplicaba que volviera a Bogotá. “Él le pegaba y por eso ella dijo ‘mejor yo lo dejo’. Él siempre la llama y le dice “venga, que aquí usted tiene casa” y ella le responde que no, porque, cuando estaba allá, la trataba mal. Ella le contesta ‘usted me pegaba y me insultaba diciendo que yo soy india’ y le dice que no volverá, y él sigue insistiendo”.

Así como la hija de Hermelinda, muchas mujeres indígenas han enfrentado los maltratos y agresiones de su pareja, aunque este es un tema del que prefieren evitar hablar y, por ende, terminan encubriendo a los agresores, como algunos miembros de la comunidad aseguran. Ivon afirma que dentro de la comunidad no hay este tipo de casos y los que se han presentado se dan cuando las mujeres deciden tener una relación con los no indígenas. “Uno no ve eso acá, a menos de que los hombres blancos se vengan a casar con una muchacha de aquí. Ahí sí uno dice que la van a maltratar. Si se casan con hombres de la comunidad no se ve eso, aunque aquí vimos dos casos de muchachas que se casaron con gente del pueblo y ellos sí las maltratan”.

El sol de mediodía brilla con fuerza, pero ni Hermelinda ni Alirio parecen notarlos. Al pensar en maltratos, ella no solo recuerda a su hija, sino también a su madre. Baja la voz ligeramente y, con una risa algo nerviosa, cuenta que en muchas ocasiones a su madre y sus hermanas les tocó resguardarse y esconderse en el monte para salvarse de los hombres que querían abusar de ellas, policías y militares que supuestamente venían a estos territorios para proteger a la ciudadanía.

Todo comenzó el 1 de septiembre de 1932 como consecuencia de una disputa territorial. La razón fue el Tratado Salomón-Lozano, un acuerdo firmado entre el Gobierno de Perú y Colombia en el que el primero le cedió al segundo una gran cantidad de territorio, incluido el Puerto de Leticia a

cambio de otra gran cantidad de territorio colombiano que quedó en el interfluvio entre los ríos Putumayo y Napo. Este acuerdo fue firmado en 1922, pero solo se dio a conocer en diciembre de 1927, cuando el Congreso peruano lo aprobó sorpresivamente y, tres meses después, Colombia lo ratificó. Como es de esperar, no les agradó a los habitantes de Loreto, del lado peruano, y ese primero de septiembre decidieron tomarse Leticia, en lo que ellos llamaron “la recuperación de Leticia”. Esta toma se realizó sin violencia y con el apoyo de la comunidad. Sin embargo, el Gobierno colombiano no dudó en responder y el peruano decidió apoyar a su población. Así comenzó un conflicto que se extendió durante ocho meses y terminó con la retirada de las tropas peruanas y la ratificación del tratado en mayo de 1933.

No obstante, esta escamaruza no afectó la amistad entre los dos pueblos hermanos. Y es que los actores armados, en cualquier conflicto siempre terminan representando una amenaza para las mujeres. Las abuelas todavía recuerdan las historias que les contaban sus madres. Aquellos hombres, vestidos de camuflado verde, solían llegar al pueblo, asentarse en las carreteras y se aprovechaban del poder que se les había otorgado, de las armas y de la indefensión de las personas, para hacer de las suyas. “En esa época era puro caminito y a esos soldados que llegaban les gustaba coger mujeres. Cuando los escuchaban acercarse, mis abuelos hacían correr a mi mamá y a sus hermanas. Las querían violar como a las otras y la única forma de salvarse era esconderse. Entonces, ellas corrían hasta llegar al monte y entraban a la casa; en ese momento nosotros cerrábamos todo porque ellos eran bien pícaros.”

Domingo, 12:15 de la tarde. Todos los rastros de la lluvia se han borrado. La tierra y las ropas están secas. El cielo, despejado, y el bochorno se siente con intensidad. Alirio y Hermelinda se Vuelven a poner en marcha. Caminan lado a lado por el camino terroso a paso rápido, sin importarles los mosquitos, el calor o el cansancio. No parecen sentirlos. No se escucha más que la naturaleza y los sonidos de los pasos. Mientras caminan, Alirio les señala los mejores terrenos para sembrar y con el dedo índice le indica a la derecha del camino la tierra que le pertenece al hijo de Hermelinda, unos pocos metros después observa una quebrada a su izquierda y dice “de aquí para allá es selva virgen”



Alirio tiene cabello negro, ojos cafés y tez morena. Mide aproximadamente 1.55 cm. Porta la camisa blanca del grupo intergeneracional, un pantalón negro, botas pantaneras y una cachucha de color azul para protegerse del sol. Está casado con Helena, quien es paisa por la familia de su padre y ticuna por su madre. Con Helena tiene cuatro hijos: un hombre y tres mujeres.

Es un matrimonio en el que han sido muy felices, pero que no ha sido fácil. Al principio, Alirio tuvo problemas con su suegro porque no lo quería por ser indígena, pero su novia, quien ahora es su esposa, se enfrentó a su papá para estar juntos. “Él quería que la hija se casara con los propios, familia, blanco, que tiene plata. Así que la regañó delante de mí, pero ella dijo no, yo me quiero casar con un hombre de mi tribu, yo quiero casarme con una familia ticuna, indígena”. De ese encuentro han pasado ya 35 años y ellos aún se siguen amando.

Sus tres hijas son docentes y una de ellas da clases en el colegio de la comunidad. No obstante, al preguntarle por su hijo, guarda silencio por unos segundos y, con algo de pesadumbre, responde “él estaba estudiando en el SENA y después se retiró porque iba a trabajar en la Gobernación en

mi reemplazo. Luego mandaron al muchacho para la Secretaría de Salud y allá tenía una oficina. Después no sé qué pasó con él y por qué decidió coger un rumbo nocivo para su vida”.

Es claro que todavía le cuesta entender cuándo ocurrió y las razones por las que su hijo decidió tomar ese camino, un camino ilícito e indigno. Tal vez fue por dinero o reconocimiento, tal vez ambición. Lo que sí sabe es que su hijo, el muchacho al que le dio la vida hace 31 años, se dejó guiar por la promesa de obtener todo de manera fácil y sin mucho sacrificio.

Alirio no quiere hablar del tema. Sus frases se quedan cortas y su mirada muestra algo de confusión. Intenta relatar algo que prefiere no recordar, pues desearía que su hijo nunca se hubiera dejado guiar por esos instintos. Encontraba a las chicas, les charlaba, les vendía maravillas que no serían y recibía el pago de los clientes. Era un negocio lucrativo, claramente, y aún más cuando él se quedaba con la mayor parte de las ganancias. Su ambición fue creciendo y su moral se fue eclipsando hasta que llegó a ofrecer a su propia esposa.

Al mismo tiempo, los leticianos empezaron a notar algo raro. Se notaba que andaba con dinero. Lo llevaba en un maletín y lo consignaba, según las instrucciones de su patrón, usualmente, cada 15 días. Siempre que Alirio le preguntaba por el dinero, respondía que era del patrón, no de él, pero nunca quiso responder quién era su patrón. La gente decía que con eso les pagaba a las muchachas, pero Alirio está seguro de que solo era el mandadero.

Entonces, la familia de su esposa, al ver lo que ocurría con su hija y sin poderlo soportar más, lo denunció y hasta allí llegaron sus negocios. Lo condenaron a 15 años, ya que no quiso dar nombres ni mencionar a su patrón. El abogado de su hijo es pagado por ese misterioso patrón, aunque para todos los demás es financiado por Alirio.

“Mi esposa casi se muere. Al enterarse de lo que había pasado, se enfermó y aún no está bien”. Su voz flaquea, pero solo por un instante. Luego continúa hablando con la misma fuerza y seguridad. Incluso con algo de esperanza. Su hijo se encuentra recluido en La Picota desde hace cuatro años, pero eso podría cambiar pronto. Al parecer, por buen comportamiento, le van a hacer una rebaja y en cuatro o cinco años podría estar nuevamente en libertad. Cuando salga, Alirio espera que trabaje en la chagra con su familia en Leticia.

Alirio no lo dice, pero sabe que el historial de su hijo está manchado. La explotación sexual en el Amazonas, como la mayoría de eventos en la zona, es un caso de lo que no se sabe mucho en el centro, aunque la modalidad que se conoce, en general, es la misma: las mujeres son engañadas y utilizadas para satisfacer el mercado de turismo sexual o, muchas veces, son trasladadas por la zona internacional del río Amazonas, entre Brasil y Perú, para ser prostituidas. Muchas veces utilizan a menores de edad a quienes se les prometen altos salarios y al cual no reciben la mitad de ellos. Cabe recordar que de enero de 2012 a julio de 2017 se han identificado 328 casos de trata de personas en Colombia, de las cuales el 86.5% son mujeres, según la Consejería de Derechos Humanos.

Por su parte, la exesposa de su hijo ha continuado con su vida y tiene una nueva familia, mientras que Helena y Alirio están a la espera del reencuentro. Camina, ya de regreso, y pone otro tema. Este hombre de 65 años comenta todo lo que ha cambiado la comunidad en los últimos años. Entre risas, afirma que algunas de esos cambios son extraños, ya que antes la mujer no tenía o conocía la ley, pero ahorita sí: “uno no le puede decir nada ahora a la mujer porque lo hace callar a uno y uno tiene que estar aguantando todo lo que dice”.

1:20 de la tarde. Mientras los dos abuelos se devuelven por la carretera, en un camino mucho más corto que el anterior, deciden internarse por un momento en el bosque al ver, en medio de la vegetación, un techo roto. Desde lejos se observa una casa azul, bastante deteriorada, con grietas, techos rotos y sin luz; los abuelos comentan que a su izquierda se encuentra la planta que permitirá que les llegue la energía a sus casas y que ese lugar será transformado en un colegio para sus nietos e hijos. Alrededor de este, construirán una cancha de fútbol y un parque. Este es un proyecto de 200 casas para los que están en la comunidad.

Vuelven a la carretera y en 15 minutos se reencuentran con la comunidad. Parece increíble que el trayecto tan largo en el bosque se sorteara de manera tan rápida por el camino. Cuando se reencuentran con la comunidad, el fuerte sol del mediodía ya ha hecho efecto en ellos: el cansancio comienza a notarse y una fina capa de sudor perla sus rostros. Al regresar, se puede ver a los niños con la ropa completamente mojada luego del baño en la quebrada, los abuelos sentados comiendo caldo de pescado y a algunos jóvenes que ayudan a servir la farriña para acompañar el almuerzo.

Ivon está recostada en la esquina del lado derecho de la casa, reposando todo su peso en los ladrillos de la misma, mientras carga a Alejo y observa a los demás comer. A lo lejos, la abuela Ruth se encuentra sentada y se ve muy concentrada mientras come su pescado y acomoda las espinas en la esquina del plato.

Mientras Ivón la mira, cuenta que su madre siempre ha sido líder y ha estado comprometida con luchar por lo que la comunidad necesita, aunque esto implicó para ella más responsabilidades, ya que, mientras su madre lideraba, ella desde pequeña tomó el papel de madre y le tocó luchar por sus hermanos, cambiando los juegos por la responsabilidad del hogar. “Yo tuve el papel de mamá para mis hermanitos. Yo los crié. Desde mis 10 años empecé a cocinar. Mi primer sancocho se lo hice a mi papá. Mi hermanito, el último, Juanchito, él es mi bebé: yo le digo ‘hijo’ porque prácticamente yo soy la mamá. Y Jhon Jairo, el que está estudiando en Bogotá, me dice mamá de respeto. Jhon Jairo fue nuestro motor en la casa: él era el que nos traía de comer y desde los ocho años se iba a pescar y traía sus sartas de pescado y nos daba de comer a mí y a mis otros hermanitos”.

La historia de Ruth es difícil de reconstruir. A pesar de su naturaleza espontánea y de su trabajo en la comunidad como líder, prefiere mantener pedazos de su vida en privado y en silencio, como muchas de las ticuna. Por eso, para reconstruirla, hay que unir fragmentos que se han podido conocer a través de diferentes personas que han trabajado con ella.

Ruth Lorenzo es una de las líderes de la comunidad ticuna. Es de tez morena, ojos castaños y cabello negro. En este momento viste una camisa manga larga blanca, pantalón negro, botas pantaneras, un gorro blanco con una franja negra y, a su derecha, reposa un costal naranja donde lleva algunos alimentos o ramas que encontró durante el recorrido de reconocimiento.

Desde pequeña se ha tenido que enfrentar los desprecios y la discriminación, pero gracias a esto, ha aprendido a alzar la voz y a buscar justicia. En el colegio, la insultaban por ser chagrera. Sin embargo ella siempre se defendió de los menosprecios e indiferencias. Así desarrolló las habilidades para ser una líder y, sobre todo, para guiar a sus hijos para que no olviden su linaje y, al mismo tiempo, piensen en grande y aporten a su comunidad.

A su izquierda, se encuentra una botella de tres litros de gaseosa, en donde transportaron el agua para cocinar y, mientras recuerda, esta la transporta a uno de los sucesos más graciosos y extraños de su vida. Es su hija quien se ríe y comenta: “Por una Coca- Cola, mi mamá quedó de una vez casada”.



Foto tomada por las autoras de este texto. Ruth Lorenzo.

A sus 16 o 17 años, Ruth se encontraba en una tienda cuando un hombre ingresó a ese lugar. Se acercó a la tendera, pidió una gaseosa, la miró y le dijo: “¿quieres una Coca-Cola?”. Ella aceptó sin pensarlo mucho. El papá de Ruth, al ver que ella había recibido esa bebida, se les acercó y les dijo que tenían que casarse. Así de simple. Ella no pudo decir nada y fue obligada a contraer matrimonio con Javier Chota.

Después de unos años, Ruth comenzó a tener problemas con su esposo. Cuentan que, mientras ella se interesaba más por los procesos organizativos, él no la apoyaba en sus deseos de estudiar y salir adelante. Solía decir que “la mujer está para lavar ropa y hacer fariña”. Sin embargo, ella decidió no ponerle cuidado y seguir sus sueños. El día de su graduación, una fecha muy especial para ella, la ausencia de su marido fue inevitable, aunque la presencia de sus padres mitigó la decepción. “Le dieron ropa y celebraron con una comilona”. Luego de esto, ella y su marido se

separaron durante un año y tres meses, pero, finalmente, él regresó y actualmente están viviendo en la comunidad.

A pesar de todo el ejemplo de liderazgo que le ha dado su madre, Ivon, una de sus hijas, asegura que prefiere llevar una vida más tranquila. A sus 29 años tiene cuatro hijos: Luis Eliézer, Luis Carlos, Valentina y Alejandro. Hace 14 años, conoció en el colegio a su esposo, Eliézer, con quien lleva seis años viviendo. Su esposo es uno de los pocos indígenas matapí que quedan en el país. De hecho, según el censo del Dane de 2005, en Colombia solo hay 71 indígenas matapí, de los cuales 44 son hombres y 27 son mujeres. La mayoría de ellos se encuentran en Bogotá, el Amazonas y Vaupés.

Ambos estudiaron en la Institución Educativa Técnica Indígena San Juan Bosco en Leticia. Se conocieron, tuvieron una relación y ella quedó embarazada. Poco después, él se fue para su tierra y luego lo llevaron a Bogotá para hacer un curso. Durante cinco años, Ivon no encontró la forma de contarle y él siguió sin saber que tenía una hija. “Él se vino a enterar que tenía una hija conmigo cuando mi madre recibió a una muchacha que venía a estudiar. Al parecer, era compañera de él. Durante su estadía, ella me tomó fotos junto con mi niña. Cuando volvió a Bogotá, le dijo “Ivón tiene una niña de usted”. Luego, él me volvió a buscar y a llamar”.

Cuando menos pensó, Eliézer regresó y organizaron toda la documentación para que le pusieran el apellido de él a su hija. Tiempo después se casaron. Sin embargo, Ruth, según lo que cuentan, no ha aceptado completamente a su yerno y no le agrada ni a ella ni a su esposo: ‘es muy tomador e irresponsable’. A parte de esto, sus hermanos le han dicho que deje de tener hijos, estudie y salga adelante por ella y el futuro de su descendencia. Aunque ella, por el momento, prefiere dedicarse a su familia.

No obstante, esto no significa que esté desligada de los procesos de su comunidad. De hecho, Ivon ha heredado de su madre el amor y entrega por la comunidad. Hace cuatro años, fue secretaria y tesorera dentro de su tribu, y allí tuvo la oportunidad de participar activamente en varias reuniones del pueblo y contribuir a su fortalecimiento. Sin embargo, su marido no le permitió seguir porque prefiere que se dedique a su familia, su hogar y sus hijos. Ivon asegura que muchas veces él le llama la atención, según ella, por el estado en el que él encuentra a sus hijos luego de volver del trabajo, pero aclara que él nunca le “ha tocado un pelo”. “Me ha

regañado por los niños, porque a veces los encuentra descalzos o están mocosos. Él me regaña mucho, pero yo entiendo, porque tengo un montón de hijos y a veces uno se descuida un rato o está pendiente de otra cosa. Eso es lo único que dice. De resto, todo está bien”.

2:00 de la tarde. De fondo se escuchan canciones de Paola Jara y otras cuantas de Silvestre Dangond, en los parlantes que uno de los niños ha traído al recorrido. Todos ya han recogido las ollas, platos y sobras de comida, tomado algunos sorbos de agua mezclada con gaseosa y se han vuelto a poner en marcha para regresar al kilómetro 20. El sol sigue siendo inclemente pero a los niños no les importa y corretean por la carretera. Algunos de los adultos ya comienzan a sentir el calor y el cansancio. Sin embargo no se quejan, y continúan caminando a paso estable, buscando un poco de sombra. Mientras Ivón camina, unos pocos metros delante de su madre y otros abuelos, su hija Valentina se aleja de los niños y camina junto a ella; la ayuda a cargar a Alejo.

Luego de este reconocimiento, Ivón comenzará a organizar una festividad muy importante en su familia y comunidad: la pelazón de Valentina. La pelazón es una práctica tradicional que los ticunas realizan cuando a las niñas les llega la primera menstruación. Cuando esto ocurre, los padres y familiares preparan una celebración para festejar el paso de niña a mujer. Este ritual es uno de los más importantes de la comunidad, que, aunque ha sufrido grandes cambios, se sigue manteniendo como parte de su legado y permite reafirmar la cultura de los ticuna.

Valentina, de 12 años ya está cerca de tener su primera menstruación y, cuando su mamá menciona el evento, sonrío tímidamente. Es una niña de piel trigueña, ojos cafés y pelo negro y liso. No habla mucho, pero sonrío nerviosa al escuchar acerca de la fiesta que marcará su transformación de niña a mujer. Escucha cómo Ivón recuerda que su encierro fue solo de tres meses en los que aprendió a ser una buena mujer y, seguramente, se alivia de que los tiempos sigan cambiando. A ella no le arrancarán el cabello ni la encerrarán durante semanas. Su fiesta será mucho más corta y menos dolorosa.

Ivón, Magdalena, Ruth y otras mujeres han crecido con este pensamiento y para ellas es importante que sus hijas, nietas y sobrinas celebren la pelazón, aprendan durante el evento y le transmitan a su descendencia las tareas femeninas, además de que conserven una muy buena relación y conexión con la naturaleza.

La chagra para este evento la realizan con meses de anticipación, para producir la yuca, que es fundamental para realizar el masato que se va a ofrecer a los invitados, y alistar los demás alimentos que serán repartidos. Sin embargo, últimamente la condición del terreno ha dificultado conseguir la materia prima para la pelazón.

Antiguamente, a la niña se le preparaba durante un encierro en el que las abuelas le enseñaban a tejer y le transmitían los conocimientos y enseñanzas a través de la oralidad. Además, le indicaban los cuidados que debía tener en su vida, la dedicación y la aplicación de los valores, los secretos de la chagra y otros saberes básicos de las mujeres.

Durante su encierro, solamente la mamá y una tía paterna pueden visitarlas. Se dice que mientras esto se lleva a cabo, la mujer se encuentra débil y cualquier contacto con el exterior u otra persona diferente a las mencionadas puede interrumpir su proceso. Asimismo, se dice que los espíritus de la selva también están detrás de las niñas, ya que quieren acercarse y contactarlas, pero ellas no deben.

Magdalena es una de las abuelas que vivió la pelazón en su rito original. A sus 12 años fue encerrada con cuatro primas durante un año, en el que aprendió a hacer artesanías, hamacas y mochilas. “Mi mamá había sembrado en la chagra puro plátano y yuca para festejar con el Payavarú. Mi papá cazó el animal ese día de la fiesta. Me acuerdo que llegó con un pescado y eso fue lo que comimos”.

A esta festividad asistió toda la comunidad, para acompañar a Magdalena. Conchita cuenta que, antes de salir, los familiares “llaman a la gente para asistir a la pelazón. Y las abuelas invitan a todos y cada una pone, de casa en casa, pepitas de vito para pintar la boca y la ceja. Se pintan los pelos para ir a la pelazón”.

Cuando todos están reunidos, sacan a la niña de su encierro con los ojos cerrados y todos danzan. La ubican en una hoja, la pintan y le ponen su vestimenta, tradicionalmente es una falda roja de tela con el torso descubierto, que denominan paruma y decoran su cabeza con una corona con plumas de guacamaya. Se realizan varios cantos que hablan de consejos para la nueva etapa a la que entra, en la que no haya peleas con los hermanos o con los papás. Luego de esto, salen varias personas vestidas de micos y alegran la celebración.

Entonces, llega la hora más importante del festejo. Ubican a la mujer en el centro, le dan de tomar una bebida tradicional y alcohólica, para que no duela tanto, mientras se recitan unas canciones y comienzan a arrancarle el cabello. “Yo tengo mi cabello así de poquito porque de una vez me lo halaron”, agrega Magdalena, a quien en su celebración la emborracharon con el caldo de Payavarú para evitar que sintiera dolor, como un tipo de anestesia. “Mi hermano me tapó todo mi cuerpo y ahí estuve, sin sentir ese dolor. No me dolió porque estaba borracha. Me hicieron emborrachar para quitarme todo el cabello”.

Este proceso, que puede parecer cruel e injustificado, significaba una renovación y limpieza de la mujer, además de que contribuye a la invocación de espíritus que fortalecen el mundo.

Sin embargo, las abuelas comentan que se ha ido perdiendo la costumbre porque ahora está prohibido jalarle los pelos a las niñas. En cambio, la abuela Conchita menciona que ahora les cortan el cabello a las muchachas con tijeras, para no perder la tradición. “Solamente las peluquean por encimita, no como antes que les jalaban el pelo de raíz e, incluso, a algunas muchachitas les salía sangre de la cabeza y eso era peligroso”. No obstante, gracias a esta transformación, ellas sienten que el valor que tiene esta práctica ha cambiado y que varias niñas ya no quieren participar de este ritual. Además, cuentan que el ritual que realizan se está convirtiendo en un “parrandón” en el que se emborrachan y se vuelven locos.

2:15 de la tarde. Se despiden de su territorio en medio de un calor infernal. La mayoría de abuelos cargan sus machetes junto con algunas plantas que recogieron en el camino. Por su parte, algunas mujeres llevan a sus pequeños hijos en brazos. Valentina le ha devuelto Alejo a Ivon y se ha perdido de vista, junto con los demás niños. Todos caminan rápido para llegar pronto al bus, que ya se percibe en la distancia, y refugiarse de los fuertes rayos de sol. En el rostro de muchos se ve el cansancio que dejó el reconocimiento. El agua en botellas de tres litros terminó siendo escasa para hidratarse.

Uno a uno van llegando y se van acomodando en las sillas del bus. Los últimos en entrar se acomodan de pie en el pasillo, pues no hay otro espacio para ubicarse. Mientras los niños y adultos abren las ventanas para recibir aire, el conductor enciende el bus.

La naturaleza va desapareciendo. Ya se aproximan a salir de la carretera destapada, para tomar la pavimentada. Vuelven a encontrar personas, carros y algunas casas, lo que asegura que ya estaban de vuelta a casa. Algunos, del cansancio y el calor, duermen, mientras otros charlan del territorio en el que algún día podrán amanecer con ese paisaje con el que por varios años han soñado. El bus frena frente a la casa de Ivon. Los niños son los primeros en bajarse. Luego los abuelos, que llevan consigo los machetes, las plantas y las ollas del almuerzo. Las mujeres, mientras tanto, esperan la salida de sus esposos y toman un poco de aire fresco para retomar las labores del hogar. La felicidad que produjo la visita a su territorio se nota en la comunidad.

Los ticuna de San Sebastián de los Lagos siguen construyendo memoria, creando conciencia y luchando por el reconocimiento de sus derechos. Sin embargo, hay muchas historias ocultas, pues, aunque prefieren no contar, muchas mujeres de la comunidad han sido maltratadas por sus parejas. También las han intentado violar. A otras las atacan directamente con burlas y, por vergüenza, prefieren callar. Esta situación afecta no solo a las mujeres, sino también a su comunidad, porque denunciar esto puede crear división dentro del pueblo. Todo termina en el mismo punto: el temor al qué dirán y a la falta de conocimiento para saber cómo actuar.

Lunes, 6:00 de la mañana. El sol deja ver sus primeros rayos y su luz se refleja en el magnífico río Amazonas. En San Sebastián de Lagos, la vida continúa su curso. Conchita, Magdalena, Ruth, Ivón y otras mujeres salen de sus casas para ir a trabajar en sus chagras. Mientras tanto, algunos hombres van a laborar al pueblo y los niños corren para ir a sus clases. La mañana se pasa en un abrir y cerrar de ojos y todos se reúnen a la hora del almuerzo: comparten un plato de pescado con yuca cultivada por ellos mismos. Y de postre, comerán una deliciosa piña amazónica. Dos horas después todos vuelven a trabajar con energías renovadas. El canto y revuelo de los pájaros anuncian la hora de volver a casa, y la familia se reúne mientras el sol se oculta y la luna comienza a brillar en un cielo lleno de estrellas.



Foto tomada por las autoras de este texto.
Comunidad Ticuna, San Sebastián de los Lagos.



LA CONQUISTA DE AIDA

Un grito sacude a la comunidad indígena “El volao”. Al instante de escucharlo, sus miembros corren a buscar a los profesores de la comunidad y justo un disparo retumba en el aire. A pesar de que nadie lo ha dicho, todos saben quién es el hombre en el que impactó la bala y que el EPL había atado de manos. Los malos presagios paralizan a la mayoría.

Se trata de José Elías, uno de los líderes indígenas más importantes de este pueblo. Su lucha y perseverancia han logrado que los senúes se mantengan aún en su territorio a pesar de la guerra y de la tensión que se vive a su alrededor. Los profesores de la comunidad, como Aida Suárez, son cercanos a él, ya que apoyan su trabajo para ayudar a fortalecer al pueblo.

Continúan corriendo con la esperanza de que ese disparo no sea más que una amenaza y que el humilde y gran orador José Elías Suárez siga con vida. No obstante, cuando Aida, la etnoeducadora de 27 años, logra atravesar el resguardo y lo ve cubierto de sangre, sabe que es demasiado tarde y que la vida de su comunidad acaba de cambiar.

- ¿Qué fue lo que sucedió con José Elías?

- Lo que yo sé es que el líder estaba en una reunión y, cuando salió, aprovecharon para atraparlo en el camino. Nunca alcanzamos a saber qué le dijeron en esos últimos momentos, pero lo sí sabíamos era que ellos habían tildado a la comunidad de gobiernista, porque los paramilitares hacían y deshacían en el territorio que nos rodeaba.

Era el año de 1995 cuando la guerra se recrudeció en el municipio de Necoclí, donde habitaba la comunidad Senú del resguardo “El Volao”, y en el Urabá en general. Sin quererlo, la comunidad a la que Aida y José Elías pertenecían quedó atrapada en medio de los enfrentamientos, los tiros y la disputa por el territorio entre la guerrilla y los paramilitares. Era una guerra sin cuartel en la que cualquier acción o actividad que se realizara en su tierra, como asentarse o cocinar, aunque

no contara con su aprobación o fuera hecha bajo amenaza, era razón para que los otros pensarán que los senués eran cómplices del enemigo.

Tan solo durante ese año, según el portal Verdad Abierta en su publicación “Veinte años de una guerra sin límites en Urabá”, se presentaron cuatro masacres en esta zona del país: “La primera fue la de El Aracatazo, en Chigorodó. Los paramilitares del Bloque Bananero asesinaron a 19 personas. Después, guerrilleros de las Farc perpetraron la masacre de Los Kunas, en la que asesinaron 16 personas en Carepa, el 29 de agosto. El 14 de septiembre, las Accu asesinaron a siete personas en Turbo. Y el 20 de septiembre, las Farc respondieron con la masacre de Bajo del Oso, en Apartadó, asesinando a 24 personas”.

Ese 15 de marzo de 1995, después de mediodía, el gobernador mayor del resguardo, José Elías Suárez, fue la siguiente víctima. Y con él, toda su comunidad.

- ¿Cómo lo asesinaron?

- Le propinaron un disparo y luego lo remataron a punta de machetazos. Fue muy violento, muy atroz. Después, el EPL fue a la comunidad a decir que no podíamos ir por el cuerpo de José, porque ellos ya lo habían ajusticiado.

La muerte del gobernador fue el final de la resistencia del pueblo Senú, que era el único que aún permanecía en el territorio luego de que el conflicto armado los convirtiera a todos en blanco y el respeto por la vida desapareciera.

La región se había convertido en un territorio en disputa por los grupos armados ilegales debido a su gran riqueza natural y su posición geográfica por su cercanía al río Magdalena, el mar Caribe y la frontera con Panamá, se convertía en la ruta preferida de los criminales.

Hasta la muerte de José Elías, la comunidad Senú se había caracterizado por su vasto conocimiento en ganadería y sus tierras productivas. Antes de que la violencia y la sangre los obligara a abandonar Necoclí, cada familia tenía su propio sembrado y sus animales para trabajar. Conocían bien el calendario de cosechas para aprovechar la tierra y, aunque no hablaban su lengua materna, su identidad indígena era muy clara. Se consideraban personas humildes y dispuestas a recibir a quien lo necesitara. Además, solían trabajar en conjunto para poder sobrevivir a las incesantes guerras que los atormentaban.

Sin embargo, la muerte de José Elías lo cambió todo y los dejó con los corazones destrozados, desesperanzados y sin más opción que abandonar aquellas tierras y el ganado, que tanto habían cuidado. Más de 300 indígenas abandonaron Necoclí. Madres, padres, abuelos, niños, mujeres en embarazo y jóvenes salieron de sus casas con el fin de buscar un lugar un poco más seguro. A excepción de la única familia Senú que decidió seguir en la lucha y resistencia por permanecer en el territorio. Esta familia siguió viviendo de la agricultura para fortalecer sus costumbres. A pesar de todo, la esperanza de volver nunca se perdió.

- Después de que los desplazaron, ¿a dónde llegaron?

- La comunidad se regó por completo en muchos municipios de Urabá Norte. Unos se fueron para Arbolete; otros, para San Juan. Pero la mayoría fueron hacia San Andrés de Cuerquia. Unos donde tenían familia; algunos donde tenían amigos y varios llegaron a otras comunidades. En Arbolete la gente se concentró mucho en el resguardo indígena Canime, que es otro resguardo Senú.

- Cómo hacían para seguir en contacto?

- Siempre se trató de hacer un trabajo con ellos para mantener comunicación. La idea era que a todos les llegaran focos de vida, que supieran qué estaba pasando en otras regiones diferentes a Necoclí y, por supuesto, que todos estuvieran al tanto de saber cuándo podían regresar a su hogar.

Llegaron a diferentes lugares y allí se instalaron. Con este desplazamiento no solo los hombres fueron afectados. Niños y niñas, con la inocencia de no entender qué pasaba, reflejaban la tristeza de no estar en su hogar, con la incertidumbre de cuándo podrían regresar. Sin embargo, las mujeres fueron las más afectadas: cargaron con el dolor de sus hijos, de su familia y de la comunidad, pues las indígenas Senú son el eje principal de la familia y las encargadas de enseñar a los más pequeños el valor, la fuerza y la unión de la comunidad. Todo esto sumado al desconsuelo e impotencia de alejarse de su resguardo y siembra, todo por una lucha de poder que los ponía siempre en medio de dos fuegos.

A medida que pasaba el tiempo, la comunidad Senú iba enfrentándose a otro reto: el hambre. Para este pueblo, acostumbrado a tener su tierra fértil y vivir de sus cosechas, este nuevo entorno los obligó a adaptarse a una nueva forma de vida, perdiendo parte de su identidad.

- Al llegar a este nuevo territorio, ¿qué aspectos de su cultura se vieron afectados?

- El tema social, la educación, la salud. Todo se vio afectado, porque el pueblo sufrió un desequilibrio total a raíz de que ya no se podían organizar talleres, ni reuniones, ni nada de esas cosas.

Frente a la compleja situación que enfrentaban, Aida Suárez y sus compañeros encontraron en la educación un escape, una salida, un eje y una ayuda para afrontar y reconstruir. Crearon una escuela “itinerante” y comenzaron una labor con los abuelos y niños para hablar de lo ocurrido, reconstruir su cultura y tratar de sobrevivir.

- ¿Qué les permitió afrontar el desplazamiento y la pérdida de identidad que estaban viviendo?

- Yo creo que en ese momento la educación jugó un papel importante, porque la escuela también se desplazó y cambió. Ya no teníamos los pupitres, los tableros o los salones, pero los maestros hicieron un acompañamiento en las comunidades y gracias a eso se tuvo la posibilidad de conversar sobre el tema organizativo, el tema cultural, el tema de identidad. No se podía dar clase, ni leer ni escribir, pero se hablaba y se recordaba alrededor de fogatas, se contaban cuentos e historias, se hacían reuniones y enseñábamos nuestras prácticas. Yo creo que se pudo revivir nuestra cultura en estos espacios porque nosotros no teníamos nada que hacer, no había dónde trabajar. Entonces había que definir otras herramientas que nos permitieran estar unidos.

Aida Petrona Suárez Santos quería ser maestra desde muy pequeña. Solía inventarse clases y jugar durante las noches a ser profesora, aún sin haber empezado a estudiar. A los cinco años comenzó a ir al colegio, más por insistencia que nada. “A mis hermanos los matricularon y yo no me quería quedar sola en la casa, entonces le armaba pataleta a mi madre hasta que me llevaba a la escuela”, cuenta entre risas, mientras recuerda que terminó siendo una “niña asistente” de los profesores, y gracias a eso le permitieron entrar a las clases.

No obstante, estudiar no era nada fácil. Todos los días, ella y sus hermanos caminaban más de dos horas para ir y volver del colegio. El recorrido era una travesía: tenían que cruzar algunos espejos de agua, rocas, árboles y todo lo que la naturaleza pusiera en su camino. Eran más de 15

kilómetros para llegar a la vereda y, por eso, muy pocos se arriesgaban a ir a estudiar. “En ese entonces era un colegio campesino, en una vereda campesina. Nada tenía que ver con lo de nosotros, los indígenas. Nos decían que éramos los primeros indios que estábamos en esa vereda”.

Debido a los largos recorridos, Aida no tenía amigos y eso le permitió enfocarse en el estudio, por lo que se convirtió en una de las mejores en la clase. Poco a poco comenzó a ser la profe de los que estaban atrasados: “el que no iba aprendiendo, lo mandaban a donde mi papá para que yo le enseñara en horas extras”.

Después de terminar la primaria, a sus 11 años, tomó la decisión de seguir estudiando, pero esto representó todo un reto, porque tenía que conseguir un colegio en el que dictaran bachillerato. Con el apoyo de su padre salió de la comunidad y se fue a vivir en una pensión. Fueron dos años en los que estudió sola, cumpliendo sus sueños de seguir aprendiendo, pero que no fueron nada fáciles.

“Lo estigmatizan a uno. El tema del indio maluco, el indio bruto, la india que salió a estudiar. El lenguaje no era el mismo y eso que yo manejaba el castellano común y corriente, pero ese colegio me marcó mucho. Me marcó en términos negativos porque me decían que era india, no indígena, y yo tampoco sabía con certeza en ese entonces si era indígena o india, lo único que yo sabía era que me decían india. ¿Por qué? Yo no sé, pero siempre pensé que no era para nada bueno”.

A pesar de todos sus esfuerzos, Aida no logró aprobar noveno de bachillerato, ya que el inglés siempre fue su talón de Aquiles. Empero, esto no significó que su interés por aprender hubiese menguado. Al contrario, era mucho más fuerte que antes. Al ver esto, su padre la envió a Barranquilla, con una tía, para que pudiera terminar de estudiar y seguir con su vocación, la docencia. “Los cursos décimo y once los terminé allá, pero en una academia para adultos. Yo iba a estudiar los sábados, pero, por ser menor de edad, no me daban trabajo y ya estaba aburrida. Por eso terminé dando clases en el instituto, no porque me pagaran, sino para ayudar a los viejitos en sus tareas. Ellos estaban aprendiendo a leer y a escribir”.

Tenía 17 años cuando terminó el bachillerato y regresó al resguardo. Allí, por primera vez, estaban construyendo una escuela para que los niños pudieran recibir clases. En ese momento,

como ella no tenía edad para ejercer la educación, llegó a su casa una delegación de cinco personas que habló con su padre con el fin de que le diera permiso de enseñar, así que él hizo todo lo posible para ayudarla. “Yo no tenía cédula y mi papá me puso los años que yo necesitaba para sacarla y, con esto, comencé a ejercer la docencia y me vinculé con el departamento a trabajar como docente en mi resguardo. Poco después empecé a ser profesora de tiempo completo”.

Cuando comenzó a ejercer la docencia en su comunidad, instruyó a sus pequeños alumnos con las herramientas que le había dejado su propia educación: los cuadernos. Mientras les enseñaba a los niños a sumar y restar con palitos y bolitas, cumplía ese sueño que tanto atesoraba desde pequeña y que dejó de ser un juego para ser una realidad de su vida: Aida Suárez se convirtió en una educadora Senú. Poco después se vinculó como profesora en el departamento de Antioquia y, en 2007, estudió en la Universidad Pontificia Bolivariana una licenciatura en Etnoeducación para seguir formándose para ser una gran mujer y una gran líder.

Aida es una mujer de 49 años, mestiza, con pelo corto y negro como el carbón. Creció junto a sus ocho hermanos, dos hombres y seis mujeres. Su padre trabajó durante 10 o 15 años como mayordomo en la tierra de los blancos o los terratenientes. Al pasar los años, logró estabilizarse y comenzó a laborar como agricultor en sus tierras. Su madre siempre fue ama de casa. Dedicó varias horas del día a cuidar de sus hijos, enseñándoles el respeto y las buenas costumbres que les permitirían a ellos seguir adelante, mientras que a sus hijas también les enseñó a ser buenas mujeres, con el fin de mantener la unión de la familia y la preservación de la cultura. “La obligación de ser una buena mujer era responsabilidad de la mamá y la obligación de ser un buen hombre, trabajador, juicioso y responsable, era papel del papá”, asegura Aida.

Para los Senú ser buena mujer significa tomar las riendas de su hogar, ser buena ama de casa, ser buena esposa, mantener la cultura y la familia unida. Es una de las bases que sostiene la morada del linaje.

Sin embargo, las cosas en su casa fueron diferentes. Al ser pocos los hombres, las mujeres comenzaron a ocupar espacios y labores que tenían que culturalmente le correspondía al género masculino. Por ello, Aida y sus hermanas aprendieron a cuidar de la tierra y a sembrar. De igual forma, los hermanos de Aida, por ser los mayores, también tuvieron que aportar labores en la

cocina y ayudar con las labores de las mujeres. Con estas dinámicas familiares y laborales, la familia de Aida rompió el esquema de la familia Senú.

Las hermanas de Aida también tuvieron la posibilidad de educarse y prepararse igual que ella. Asistieron al colegio y fueron a la Universidad. Cinco de ellas están vinculadas a la docencia, dos son rectoras y las otras trabajan como profesoras. Su hermana mayor está vinculada con la primera infancia y su otra hermana realiza cursos en tecnología. Sus dos hermanos cursaron hasta primero de bachillerato, pero decidieron dedicarse a la vida agrícola.

A los 24 años ya estaba casada y tuvo su primer hijo y hoy en día tiene cuatro hijos, dos hombre y dos mujeres. Los mayores tienen 25 y 23 años y lo más pequeños, 17 y 15 años. Se había casado con un hombre mestizo que hacía parte de una de las familias más grandes del pueblo Arbolete. No obstante, su matrimonio no resistió el trabajo organizativo de Aida y tomaron la decisión de separarse luego de diez años de vida en común.

- *¿Qué pasó con su esposo? ¿Por qué decidieron separarse?*

- *Para una como mujer es muy difícil liderar cuando la pareja no está en el mismo proceso. Se comienzan a generar dificultades. Siento que él, al no estar ahí conmigo, no entendía la dimensión de lo que estaba haciendo. Además, aunque él también trabajaba y se hacía responsable de las cosas de la casa, el suyo y el mío eran dos caminos muy diferentes. Es como si saliéramos por la puerta, uno para un lado y el otro para otro. Era muy difícil coordinar muchas cosas, sobre todo la vida familiar.*

A pesar de la fractura que asumir el liderazgo ocasionó en la vida personal, Aida no ha considerado renunciar a su trabajo como docente y sus proyectos organizativos. Es por eso que, con el paso de los años, cree y está segura de que esas pequeñas cosas la fortalecen para seguir aspirando a mejores oportunidades en su vida.

Aida Suárez, desde su oficio de docente, entró a la Organización Indígena de Antioquia (una organización que funciona desde 1985 para fortalecer a las comunidades que habitan en este departamento), para generar nuevos trabajos que beneficien a su comunidad y a los otros cuatro pueblos que hacen parte de la organización: los Embera Eyábida, Chami, Dóbida y Tule. En el año 2000, esta mujer trabajó en la coordinación de la red educativa a través de los microcentros

de educación indígena de la OIA. Luego fue tesorera durante 12 años y, desde 2008 hasta el 2012, fue Consejera del Gobierno del Pueblo Senú en la organización.

Su pasión por la política, el acompañamiento constante a los pueblos, el reconocimiento y crecimiento de la organización y el apoyo de varias personas de los pueblos indígenas llevó a Aida Petrona a tomar una decisión que la enfrentaría a sus propios miedos y hasta contra su propio resguardo.

Durante el 9° Congreso Indígena de Antioquia, que se llevó a cabo en 2012, en el municipio Frontino, al occidente de Antioquia, se reunieron las cinco comunidades que hacen parte de la Organización para nombrar el comité ejecutivo que tiene como mandato direccionar el organismo de acuerdo con los proyectos, gestión y representación durante cuatro años. En ese momento, varios dirigentes se postularon para llegar a la presidencia de la OIA, entre los que se encontraba Aida.

- *¿Cómo te postulaste a la presidencia de la OIA?*

- *En ese momento la OIA se fraccionó por la disputa acerca de quién quedaba en el comité ejecutivo en 2012. Ocurrieron dos cosas: uno, un grupo de compañeros, de dirigentes, empezaron a organizar su propia plancha, su propio comité ejecutivo y, por el otro lado, las autoridades indígenas empezaron a definir en manos de quién podía continuar la organización. En ese momento aparece mi nombre. Yo me acuerdo de que fue un 20 de julio en una reunión de líderes, no solamente Senú sino también Embera, cuando ellos me dijeron que, si yo tenía las condiciones y me atrevía a asumir la presidencia de la OIA, ellos me respaldaban y me avalaban.*

Y así fue como Aida fue escogida como presidenta de la organización durante el congreso. Su labor dentro de la comunidad y el compromiso que traía le permitió dar un gran paso, ser la primera mujer indígena en Colombia en dirigir una organización. Sin embargo, más pronto que tarde, se empezaron a escuchar cuestionamientos: “Aida va a vender la organización”, “ella no va a ser capaz”, “no puede continuar, ya lleva mucho tiempo”, entre otros comentarios que dejaban ver que algunos no estaban dispuestos a permitir que Suárez ejerciera su labor. Ella afirma que “tenía que ver con un tema político, de una competencia entre hombres y mujer, un tema de poder, pero de fondo también habían unos intereses de ciertos sectores como los empresarios o

mineros. Habían algunos en la OIA que buscaban que ciertos asuntos quedarán en esas manos y les permitieran entrar a los territorios indígenas”.

Las diferencias políticas, los intereses de terceros y la discriminación empezó a ser el pan de cada día. “Para muchos todavía es muy difícil pensar y aceptar que una mujer lidere cuatro años una organización como la OIA (...), mientras que a otros no les convenía que yo quedara en la presidencia, puesto que traía un proceso de formación en esta entidad y conocía muchos detalles administrativos (...). Es por eso que algunos compañeros indígenas llegaron incluso a solicitar a mi resguardo que tenía que intervenir y que me tenían que llamar a juicio por supuesta ilegalidad en el proceso, sobre todo por no contar con el aval del resguardo para postularme como presidenta”.

Aida es una mujer de carácter fuerte que no se dejó amedrentar por las advertencias, las críticas y acusaciones que le hacían. Para ella siempre primó la responsabilidad, la honestidad y el ser ‘buena mujer’, como su madre le enseñó. Intenciones de perjudicar a su pueblo y a su familia nunca las tuvo. Por el contrario, siempre se preocupó por el estudio y por representar de la mejor manera a los senués. Su lucha fue incansable y su confianza, la mejor herramienta para enfrentar lo que venía. Ser presidenta de la Organización Indígena de Antioquia no sería nada fácil y los enemigos estaban buscando cualquier pretexto para que ella abandonara su posición.

Todo empezó cuando la pusieron a escoger entre la docencia y la presidencia de OIA. Fue una decisión algo espinosa, porque ya venía de un proceso de vinculación en el magisterio y estaba cumpliendo con sus sueños y expectativas, pero sabía que de dirigente podía complementar ese trabajo que venía haciendo, así que renunció al departamento de Antioquia como maestra para seguir en la organización.

Pero eso no fue suficiente...

Con acusaciones como traicionar la confianza de su comunidad, no tener en cuenta la consulta y consentimiento de la comunidad para postularse a los cargos de la OIA, entre otras, comenzaron algunos líderes e indígenas a exigir al resguardo El Volao que iniciara una investigación en contra de Aida para que la llamaran a juicio y la condenarían por no cumplir con los procesos exigidos dentro de los pueblos.

- *¿Qué sucedió luego?*

- *Cuando el resguardo empezó a llamarme, yo lo evadí por un tiempo. Eso sí lo reconozco, porque yo no veía, y nunca vi, la falta ni los delitos. Ellos me decían que no pedi permiso, que una cosa y la otra. Creo yo que la comunidad y las autoridades indígenas se sintieron bastante presionadas por eso. Por ello, yo los evadí en dos ocasiones, porque vi que no era un asunto de arreglar, sino que querían condenarme y quitarme la presidencia de la OIA.*

Luego de cuatro meses, en abril de 2013, Aida tomó la decisión de regresar a su resguardo y enfrentar a los líderes y a las personas de este y otros pueblos que estaban hablando de ella y exigiendo que se alejara de la presidencia. Viajó junto a sus diez guardias y otros compañeros de la organización. Al llegar, no se le dejó pronunciar una palabra ni mucho menos defenderse de las acusaciones que se estaban lanzando en su contra. Solo le dijeron que, por haber desobedecido, tenían que ajusticiarla y, en ese momento, la encerraron junto a sus guardias y compañeros que la acompañaban, a quienes soltaron al siguiente día, mientras ella esperaba la condena y decisión de los caciques.

Pasó una semana y a Aida le quitaron los celulares y no dejaban ingresar a nadie al lugar en el que se encontraba. Ni ella ni los guardias entendían lo que sucedía: “la primer semana de encierro la aguanté para lograr escucharlos a ellos sobre cuál era la razón que tenían, pero ninguno sabía qué estaba pasando, ni siquiera la guardia. Ellos me decían ‘a nosotros nos dijeron que la teníamos que cuidar y no la podíamos dejar salir’. Durante esa semana esta líder no encontró la oportunidad para hablar con la comunidad ni la voluntad de los líderes para arreglar las cosas, sólo veía la intención de ellos por hacer justicia guiados por la presión que ejercían los algunos de los integrantes de las otros pueblos.

Pasaban los días y ya se cumplían dos semanas. La llamaron y citaron para darle lectura a la sentencia: un mes en el cepo, 6 millones de multa y una inhabilidad para que no ejerciera trabajos organizativos era su condena, porque supuestamente había traicionado la confianza de sus comunidad y por no haber contado con su aceptación para postularse a la presidencia de la OIA.

No fue fácil para Aida aceptar la decisión. Por eso tomó como opción interponer una tutela. Con tal fin se reunieron en Bogotá los abogados y la ONIC, para esclarecer lo que estaba pasando en Antioquía.

- *¿Cómo fue el castigo?*

- *El cepo son unos maderos grandes, uno encima del otro, con unos huequitos en los que meten los pies. Mientras uno está tirado en el piso, uno mete el pie allí y queda inmobilizado totalmente. Queda uno con los pies encima y el cuerpo por debajo y empiezan a dormirse los pies. Y luego vienen los calambres y dolores y se hinchan los pies.*

Momentos de confusión y algo de dolor enfrentaba Aida. Con la voz entrecortada, recuerda que ese castigo fue algo injusto, aunque descubrió que no todos estaban en su contra y valoraban el trabajo que venía desempeñando dentro y fuera de la comunidad. Por eso, durante las más de ocho horas que pasaba cada día en el cepo, no dejó de luchar, a pesar del dolor tan intenso que sentía estando allí. Algunos médicos tradicionales aprovechaban cualquier momento para ayudarla y le enviaban medicina para revitalizarla y evitar que ese castigo la agotara.

Pasaron 10 días y el juez falló a favor de la líder con la orden de la liberación inmediata, ya que no había detectado ningún delito. A pesar de esto, Aida cuenta que ningún ente quiso llevar el fallo a la comunidad y por sus propios medios le tocó ingeniárselas para conseguir que la orden la recibieran sus líderes y recuerda, con algo de decepción, que, cuando llegaban los medios para mostrar cómo era su condena, siempre estaba el ejército, la policía y todo el mundo pendiente, como si ella fuera la india más peligrosa del Urabá en ese momento.

Pasaron tres días luego del fallo. El ambiente se tornaba complicado y para esta joven líder las cosas volverían a comenzar. El juez falló nuevamente diciendo que se había equivocado, que la comunidad estaba procediendo bien de acuerdo con las leyes indígenas que manejaba el resguardo y, por ende, ellos tenían todo el derecho para condenarla. Inconforme con la decisión, acudió a la segunda instancia.

Muchos no estaban de acuerdo con el cambio de decisión del juez y el trato que estaba teniendo el resguardo “El Volao” con ella. Algunos pensaban que la tenían secuestrada y que esa sentencia

no era la correcta. Así que se reunieron y se prepararon para defenderla; mujeres, niños, jóvenes y compañeros de esta mujeres se enfrentaron a los guardias que se encontraban allí.

- *¿Qué sucedió ese día?*

- *Eran alrededor de 600 guardias que habían ido a “rescatarme”, entre hombres y mujeres. Se generó una batalla campal entre los guardias que me fueron a rescatar y los que “me estaban cuidando”. También se enfrentaron al Ejército y la Policía porque no querían permitir la entrada al resguardo en donde me tenían. Hubo tres o cuatro heridos. Fue terrible. A pesar de que estaba encerrada, alcanzaba a ver lo que pasaba afuera y tuvieron que sacarme por el peligro que corría allí, porque la guardia violentó un poco la puerta. Yo nunca quise salir y siempre decía que no me iba a escapar ya que eso era lo que ellos querían, que saliera corriendo para poderle al Ministerio que yo tenía asuntos pendientes con la justicia propia y entonces no me podría posicionar como presidente de la OIA. Por eso yo no podía salir, pese a que había la fuerza, la gente y la disposición.*

Ya no querían más heridos ni mucho menos que el resguardo terminara destruido. Por eso conciliaron y retiraron tanto la guardia de Aida como la de ellos. “Les dije que evitáramos el encierro, más cuestionamientos y que, si la única manera que tenía para seguir siendo presidenta de la OIA era cumplir la condena, lo haría, que yo me sometía a pagar los 30 días de cepo, la multa y la sanción”.

Y así fue...

Comenzaron a cobrar la multa y Aida terminó pagando durante una semana, mientras salía el fallo de la segunda instancia. Ella estaba esperanzada porque sabía que no había cometido ningún error y que era mucho más beneficioso recurrir a la justicia ordinaria en estos momentos, porque la indígena estaba siendo permeada por los intereses de otros y manipulada por otros. A los pocos días el juez se manifestó diciendo que “en un principio era ilegal tenerla retenida y que no encontraba ningún delito ni falta”.

Así fue como Aida logró demostrar su inocencia, para luego poder comenzar el proceso legal de posesión en la OIA como presidenta. Fueron tres meses de tormento y de mucha incertidumbre.

“Era un asunto personal, de mis hijos, de mi familia, de la guardia, de un pueblo”.

El corazón de Aida realmente sufrió por cada orden mal dada, cada imposición, cada palabra mal dicha y por generar un dolor inquebrantable en su familia. Mientras ella se encontraba encerrada, pensaba en sus hijos y en lo que les podría llegar a suceder a ellos y a sus hermanas, mujeres que durante ese tiempo trabajaban por mejorar la educación en su pueblo.

Hernán y Diana Patricia fueron los más afectados. Él estaba estudiando en el SENA y tuvo que dejar sus estudios, y ella estudiaba en el colegio mayor de Antioquia. Les tocó a la fuerza, siendo muy pequeños, adquirir responsabilidades que no esperaban aún enfrentar. Durante esos meses también se persiguieron a su familia.

- Aida, ¿qué pasó con su familia durante el tiempo que estuvo encerrada y cumplía su condena en el cepo?

- De mi núcleo más cercano, la más afectada fue mi niña. Diana Patricia ha sido una niña muy sana, autoinmune, pero hoy tiene un diagnóstico de un síndrome que es producto de un choque emocional. Ella venía de un trauma por una enfermedad física del papá y se le sumó esta situación.

Los otros lo vivían en asombro. Mi hijo Hernán, por la ira y la impotencia, dejó la universidad. También mis padres y hermanas se vieron afectadas, ya que trabajan en el resguardo, e, incluso, una de ellas fue destituida del cargo del colegio por defenderme; mientras que la otra, que venía de ser rectora, fue encerrada una semana. Nosotros como familia fuimos bastante golpeados porque somos mujeres unidas y siempre nos hemos dado ese respaldo, porque hemos sacado varios procesos en escuelas y eso genera envidia y malestar en otra gente que nos rodea.

Nunca soportó ver cómo se metían con su familia, pero, sobre todo, mirar cómo su pequeña había sufrido las consecuencias del resentimiento, la rabia y la indiferencia. Diana tuvo un choque emocional muy fuerte que ahora no le permite expresarse ni hablar bien, ya que ver a su madre luchando por sobrevivir, ante la mirada indolente de muchos que no se dan cuenta de que detrás de una mujer están sus hijos y su familia, le dejó secuelas que son algo difíciles de borrar.

Las cosas no terminaron ahí. “Que le quiten a uno las ganas, la posibilidad de ser becado y que lo cuestionen, eso se llama violencia contra la mujer”, afirma Aida, mientras recuerda que cada paso que daba era cuestionado y que, a pesar de que la organización se declarara equitativa en los temas de género, siempre hubo personas que no aceptaban que una mujer estuviera al frente de la OIA y, sobre todo, que contara con las facultades pertinentes para desempeñar ese cargo. Ella llama a esto persecución política, porque son muy reiterativos desde los últimos cuatro o cinco años los ataques contra ella y más ahora que quiere lanzarse al Senado o a la Cámara de Representantes, ante lo cual le han dicho: “No te podemos apoyar porque ya estamos con otro compañero”. No conciben la posibilidad de presentarse los dos y respaldarse para llegar al Congreso. Esta mujer Senú expresa con decepción lo que genera el hostigamiento:

Todavía queda la rabia de muchos dirigentes. Continúa la persecución, porque no quieren que aspire a hacer parte de la carrera electoral. Es bastante incómodo y hay momentos en que quiero tirar la toalla, pero cuento con el respaldo de la gente que quiero. Siempre he sido mesurada para no dejarme afectar con estas cosas. A uno le toca llorar en silencio y al otro día seguir, porque esos que se oponen no son los dueños del proceso ni de la organización, y no pueden empañar el proceso de uno, que se ha formado en el movimiento indígena y ha crecido en una organización, que además ayudó a crecer. Esto no se puede borrar y uno no se puede hacer a un lado por unos intereses egoístas.

Rendirse nunca ha sido una opción para ella. Sigue luchando y buscando la oportunidad de seguir en la vida política para hacer oír la voz de las mujeres, de los indígenas y la de su pueblo. Desde su percepción, sus derechos fueron violados y con firmeza y seguridad dice que ella ha sido víctima de la violencia, no sexual, pero sí política, cultural y hasta estructural.

El papel de la mujer ha venido cambiando y por eso asegura que ser dirigente en una sociedad machista es muy difícil, pero no imposible, porque algo fundamental que aprendió durante estos años es la fortaleza, perseverancia, autoritarismo y verraquera y, sobre todo, a no quedarse callada, a enfrentar los problemas y darse su lugar como mujer indígena colombiana.

Es por eso que en estos momentos se prepara para marcar la diferencia y poder entrar a hacer parte del Senado, para dar voz y voto a esas mujeres indígenas que aún no son tenidas en cuenta.

Por otro lado, está viviendo con su familia y está trabajando en organizaciones que la llaman para apoyar los procesos que hay dentro de ellas.



LAS LUCHAS DE WALETEK

Después de tanto tiempo, es evidente que su madre tenía razón.

Han pasado casi 40 años desde aquella época, cuando el comportamiento de su madre parecía inexplicable, pero Waleket¹ todavía lo puede evocar con claridad. Recuerda el cielo salpicado de estrellas, la única fuente de luz en las profundas y cálidas noches de Uribia. Recuerda el adormecimiento con el que se ponía de pie al ser llamada por su madre y luego el agua deslizarse por su cuerpo mientras la lavaba luego de otro sueño. Las mismas sensaciones una y otra vez, luego de que el mismo sueño sacudiera a su madre de su adormecimiento a media noche todo un mes.

En ese momento, ella no entendía el motivo, pero no se atrevía a protestar. Sabía que los sueños para los wayuu son de carácter sagrado y que sus mensajes trazan el destino de las personas. También tenía claro que indicaban si alguien se debía bañar, y que los baños sacudían la adversidad y el peligro. Entendía, de alguna manera, que todo formaba parte de un ritual y que su madre estaba previniendo algo que podría hacerle daño en el futuro. Sin embargo, para una pequeña niña, interrumpir su sueño durante un mes para ser bañada no era algo agradable ni fácil de comprender.

Afortunadamente, toda el agua con la que su mamá la lavaba funcionó, porque, a pesar de jamás quedarse callada, de sufrir amenazas y “meterse en líos”, Waleket nunca desfalleció, y sigue viva, alegre y luchando.

Su historia y la de su pueblo están ligadas a un territorio árido y olvidado, que han defendido con sangre y furia de piratas y otros invasores, y que ahora agoniza. La defensa de su mundo, de su pueblo y de la vida son los elementos principales de la lucha que Waleket da todos los días. Lucha por la que dejó a un lado un futuro como artesana que fue reemplazado por convenciones,

¹ El nombre fue cambiado a petición de la entrevistada. Waleket en la cosmología wayuu es la araña diosa del tejido.

huelgas, protestas, encuentros, campañas y muchas insatisfacciones. Libra una batalla ardua en la que no se sabe bien quién es amigo y quién no, pero que no está dispuesta a abandonar.

Su pueblo perece y alguien debe hacer algo.

Los Wayuu son el pueblo más numeroso y uno de los más antiguos de Colombia: representa el 20% de los indígenas del país. Son una comunidad que se ha caracterizado por sus artesanías, sus coloridos trajes tradicionales, su gran orgullo y su increíble resistencia cultural. Ellos fueron uno de los pocos capaces de oponerse a la colonización de los españoles y de resistir las precarias condiciones del territorio desértico de La Guajira. Y, aun así, este valeroso pueblo se extingue cada día por culpa de la indiferencia gubernamental, el poder de las multinacionales y el cambio climático, que se han convertido en una combinación mortal.

Solo sobrevivir es en un acto de resistencia, pero Waleket quiere más. Quiere justicia, atención integral, respuestas del Gobierno, respeto por su comunidad y devolverle la dignidad a su pueblo. Sin embargo, la vida no la tienen asegurada aquellos que exigen el cumplimiento de los derechos fundamentales. Los que se atreven a hacerlo, como lo ha hecho ella, terminan convirtiéndose en un estorbo para las entidades e instituciones locales, departamentales y nacionales, siendo objeto de señalamientos, persecución y amenazas.

No por nada, en los nueve primeros meses del año 2017, casi 100 líderes sociales han sido asesinados en Colombia.

Ella ha decidido no darle importancia a esto: es dios el que decide quién vive y quién muere; aunque eso tampoco significa que se quede cruzada de brazos. Durante las tres oportunidades que su vida se ha visto amenazada, ha decidido que la mejor forma de defenderse es hacer las amenazas lo más públicas posibles. Tal vez esta estrategia y los rituales de su madre sean los responsables de que aún siga en pie.

Walaket camina y resulta imposible no mirarla. Es una clara muestra de la belleza de la diversidad de nuestro país. No es muy alta, pero sus movimientos tienen una elegancia y presencia únicos. Viste con orgullo una manta wayuu fucsia que usa con unas sandalias azules de tacón, que dejan ver unas uñas pintadas de naranja y adornadas con figuras de flores. En su cabeza porta un sombrero de hoja de palma que es rodeado con una cintilla con diseños wayuu.

De su brazo derecho cuelga una mochila típica wayuu azul, amarilla y fucsia. Es de tez morena y su rostro está perfectamente maquillado, con un poco de rubor y sombras, mientras que sus labios resaltan su rostro con un color rojo brillante. Tiene el cabello largo y negro como el plumaje de un tucán. En sus muñecas se ven manillas que suenan cada vez que mueve los brazos al explicar algo. En sus orejas lleva unos aretes tipo argollas dorados.

Su voz suave y pausada no es signo de un carácter tímido, sino todo lo contrario. Es una mujer fuerte y decidida, organizada y trabajadora, que pareciera no tenerle miedo a nada y que se desempeña en las labores administrativas y organizativas de un partido indígena. Al mismo tiempo, se ocupa de las autoridades tradicionales y los problemas de su comunidad. Vive en Bogotá, pero viaja a menudo a La Guajira para atender algunos de los muchos inconvenientes que surgen en su pueblo y por los que ha tenido que soportar el papeleo infinito de las instituciones gubernamentales.

Ese mismo papeleo que soportan día a día los wayuu que continúan en su territorio. Aunque saben que las esperas son eternas, que los funcionarios no los entienden y que las respuestas del Gobierno no son adecuadas, para algunos es preferible intentarlo a no hacer nada.

El pueblo Wayuu reside en el extremo norte el país, en un territorio geoestratégico para ellos, es tan grande que los *alijunas* -personas que no son wayuu- y los GPS se pierden. La Guajira es un territorio con inmensas extensiones de desierto, que parecen no tener fin, además tiene, en algunas partes, bosques secos. Su vegetación en su mayoría son árboles sin hojas, arbustos espinosos y cactus. Las viviendas indígenas, levantadas con madera y paja en su mayoría, están repartidas en medio de una gran extensión de terreno. Una carretera lo recorre de norte a sur, pero, lo cierto es que en este departamento, el pavimentado escasea, a menos de que sea una ciudad principal.

La temperatura puede variar de los 22°C, en una fría noche (en la parte montañosa, puede bajar a los 3°C), hasta los 42°C en un medio día calcinante, aunque la sensación térmica suele ser mayor. Las grandes extensiones de terreno y las pocas vías dificultan la conexión entre los indígenas y las ciudades. Para un wayuu, hablar de “ahí cerquita” puede significar un camino de hora y media a pie.

Son una comunidad seminómada, pues, acostumbrados al desierto, suelen movilizarse en busca de agua junto con sus niños y animales, dependiendo de las condiciones del terreno. No conocen las fronteras con Venezuela, porque todo ese territorio siempre les ha pertenecido, lo que fue una ventaja comercial hace algunos años. Además, sus principales fuentes de ingresos provienen del pastoreo, la pesca, las artesanías y la explotación de sal. La mayoría de estas actividades se encuentra en riesgo en este momento.

La inmensidad del territorio, el clima inclemente y la escasez del agua son los elementos que determinan su destino.

Todavía está el cielo oscuro cuando la madre se levanta. Al salir de su ranchería, ve la luna y las estrellas. Pueden ser las tres o cuatro de la mañana, no es seguro, pero ya se ha puesto en marcha. Luce una manta amarilla; el cabello lo tiene recogido y camina junto con su hijo más grande, mientras los demás duermen. Aprovecha el frescor de la madrugada para hacer el recorrido de todos los días, con la esperanza de que el *jawei*² todavía no se haya secado. Luego del largo camino, vuelve a su rancho cuando el sol ya está en lo alto, alrededor de las ocho de la mañana. Aquí debe tomar la primera decisión. Si hay suficiente agua, alcanzaría para cocinar y bañarse; podría hacer un *yajaushi*, una mazamorra de maíz con leche de vaca o cabra, con sal y azúcar y queso criollo, o auyama con leche de cabra o, tal vez, haría alguna de los variados tipos de arepuelas (que pueden ser de maíz morado, maíz coriaco, batida con huevo o chichaure). Incluso el desayuno podría traer albóndigas de macavi (pescado blanco), huevos con pichi (chipichipi, una especie de marisco) o chicharrones de tortuga.

Entonces la mañana continuaría su rumbo habitual. El papá de los niños o el tío materno, junto con los niños que ya estén grandes, irían a pastorear o pescar. Luego de alimentar a la familia, la mujer comenzaría a trabajar. Si es una artesana, cogería sus brillantes hilos para hacer una mochila, un chinchorro o una manta. Otras tendrían que caminar hasta el municipio más cercano para lavar ropa, vender carbón o llevar leña. Quienes hayan estudiado, serían profesoras. Mientras tanto, los niños irán al colegio.

² El *jawei* es una excavación que puede ser natural o hecha por el hombre y donde se alberga el agua de lluvia

Sin embargo, si en el camino no encuentra agua, todo se trastocaría. Ya la familia no tendría un desayuno completo y balanceado, sino que comería mazamorra de maíz o, si no está tan mal la situación, arepa o bollo con pescado. El almuerzo no sería un plato completo de pescado o carne de chivo con plátano, sino que las porciones serían mucho más reducidas, o solo comerían *yajaushi* durante el día.

El carrotanque de agua no suele pasar muy seguido. Cuando lo hace, cobra por el transporte de 10.000 litros de agua en general a un precio escandaloso: \$200.000 desde Uribia hasta Nortechon; \$300.000 de Uribia a Media Luna; y casi \$850.000, cuando la carretera está buena, hasta Kayuuswaralu, la ranchería a la que pertenece. Por esto, para una familia con ingresos reducidos no es una opción.

Si definitivamente no hay agua³, los niños y niñas más grandes saldrían a buscarla. Los jóvenes se verían en la obligación de caminar largas distancias, porque tendrían que alimentarse y alimentar a los animales que tiene su familia, que deben cuidar por ser la herencia, la riqueza que recibirán de su tío o su padre. Durante este inhóspito recorrido, muchas niñas wayuu han sido violadas por *alijunas*, pero pocos de estos casos han sido denunciados. De igual forma, la búsqueda del agua los retrasa o aleja de la escuela y comienza la deserción escolar.

La misma sequía ha afectado su capacidad de producción de alimentos. Sin agua, no se pueden regar los cultivos, ni dar de beber a los chivos. Los wayuu, en estas condiciones, no producen comida, solo pueden pescar, pero, con los barcos Vikingos⁴, los peces también escapan. Los ingresos monetarios de las indígenas se reducen drásticamente y los alimentos no se pueden adquirir. ¿Y los animales? Estos forman parte de sus riquezas y propiedades, por lo que matarlos y consumirlos solo se realiza en situaciones extremas. Para la familia, llegar a esto representa una tragedia.

“¿Quién puede vivir sin agua?”, Wareket se pregunta y la respuesta es obvia: Nadie.

³ Lo irónico es que, mientras las familias wayuu sufren por una gota de agua, el Cerrejón cuenta con piscinas recreativas y utiliza al día 17 millones de litros de agua.

⁴ Waleket llama barcos vikingos a los grandes barcos pesqueros que vienen desde Cartagena y otras grandes ciudades y arrastran con sus grandes redes a los peces.

En la alta Guajira, donde la sequía es más incipiente, o en los sitios con menos agua y recursos, las consecuencias comienzan a verse rápidamente, Los niños y los viejos se ven cada vez más delgados, débiles y enfermos. Las madres también lo están, pero ellas resisten y buscan, desesperadamente, alguna solución para su familia, sus hijos y sus sabios, a los que ven sufrir cada día un poco más y ellas terminan sintiendo el dolor de sus seres queridos como propio.

Y entonces llega el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) y la situación no mejora. Entra sin preguntar e impone un sistema ineficiente e incompatible.

Dependiendo de dónde resida la familia (baja, media o alta Guajira, cerca o lejos de los municipios, ingresos, métodos de producción) se enfrenta a diferentes particularidades y necesidades. Sin embargo, eso no suele tenerlo en cuenta el ICBF, que llega a las comunidades con un programa diseñado para todo el país, sin el enfoque diferencial requerido por la Constitución de 1991, a dar alimentos e imponer un mecanismo de asistencia sin tener en cuenta las propuestas ni opiniones de la población. Así, el ICBF termina atentando contra el orgullo y la dignidad del pueblo Wayuu, que, acostumbrado a alimentarse a sí mismo y a tomar sus propias decisiones, se enfrentan a un sistema que no aprueban y no pueden cambiar.

De esta forma, cuando llegan a tiempo, pues la espera puede ser eterna⁵, el ICBF cambia los alimentos tradicionales wayuu por una avena medida que muy difícilmente se puede compartir y solo es dada a ciertos niños en un pueblo acostumbrado a vivir en comunidad. Hay tres motivos por lo que esto resulta perjudicial: primero, los ancianos y adultos no pueden comer tampoco, lo que va en contra de la cultura wayuu, en la que los viejos (los sabios y autoridades) deberían comer primero y todos padecen la hambruna mientras unos cuantos comen⁶. Segundo, solo algunos niños pueden alimentarse, pues no todos están registrados en el ICBF y también hay

⁵ En el último año, Wareket ha promovido al menos tres derechos de petición para que atiendan a niños de cinco comunidades que siguen a la espera de la ayuda. Esta situación es recurrente.

⁶ Entre la desinformación que circula frente a las muertes por desnutrición de niños wayuu se encuentra la falsa suposición de que los niños comen “lo que queda” o que las madres no los alimentan de forma balanceada. Frente a estos ataques, que terminan siendo una manera de revictimizar, Waleket responde: “Si los wayuu no cuidáramos a nuestros hijos, no existiríamos. Hace siglos se hubiese acabado el pueblo Wayuu”

problemas de duplicidad⁷, por lo que solo algunos reciben estos alimentos y, cuando estos se demoran, por la dependencia de los mismos, llega la angustia y el miedo a las madres que ven cómo los niños siguen adelgazando, si es posible. Tercero, este tipo de ayudas se limita al asistencialismo, algo que los wayuu no aceptan y que no contribuye al desarrollo de la comunidad. En cambio, se queda en los aspectos superficiales y no contribuye a solucionar de manera integral los problemas que enfrentan.

Frente a esta situación, los wayuu han hecho dos peticiones, a corto y mediano plazo⁸. Por un lado, sugieren cambiar alimentos solo para los niños por bienestarina. Al menos con esta come toda la comunidad y no solo algunos. Por el otro lado, piden que, en vez darles mercados esporádicamente, se les den proyectos productivos y *yujas*, que son una especie de huertas, o algún método que les permita producir comida. Así, las personas podrían, así sea con lanchas para pescar en la zona costera, *yujas* en el desierto y pozos artesanales para acceder al agua, tener un alimento que todos pueden comer, por lo que no tendrían que depender del Gobierno.

No obstante, estas peticiones no han recibido una acogida y la respuesta del ICBF ha sido posponer los programas y ayudas. Waleket, quien ha participado activamente en muchos de los encuentros con la institución, asegura que hay solicitudes para la atención de niños de hace más de dos años y que siguen sin respuesta.

En muchas ocasiones, Waleket se ha visto obligada a tomar acciones de hecho para ser escuchada por esta institución, para que se les garanticen sus derechos, aunque estas no siempre han salido bien.

Ella recuerda muy bien una de estas manifestaciones en las que salieron perdiendo. Ese día protestaban para exigirle al ICBF que consultara la canasta familiar, los programas que pensaban implementar en las comunidades y atendiera a los niños con desnutrición. Era una calurosa

⁷ Waleket asegura que los funcionarios del ICBF y algunas EPS van a las comunidades y piden los registros civil y se los llevan para nunca regresar. Luego, vuelve otro operador, los vuelven a registrar. Una maniobra similar a las realizadas por los políticos en los fraudes electorales.

⁸ Cabe recordar que el Gobierno prometió varios pozos de agua hace varios años y, hasta el momento, pocos se han entregado. Frente a la problemática del agua, los pozos siguen sin ser suficientes, debido a la distancias entre los ranchos, las pocas carreteras y los largos recorridos.

mañana cuando un grupo de wayuus vestidos con mantas de colores y de hombres con ropa clara y occidental, recorrieron con sus pancartas y sombreros la distancia que los separaba de la vía férrea que suele recorrer aquel enorme tren de 120 vagones cargados de carbón. Atravesaron el desierto hasta llegar a la carrilera bajo el sol inclemente y ponerse en pie en medio de ella para evitar el paso del tren que tantos animales y wayuu ha matado. Es la única forma de detenerlo y de llamar rápidamente la atención de las autoridades.

Luego de una mañana bloqueando la vía se acercó un único carro al lugar de la protesta, pero no se detuvo. En cambio, el carro soltó un montón de volantes y se devolvió tan rápido como vino. Era un panfleto de un grupo paramilitar en el cual se advertía que, si no detenían esa protesta, se convertirían en objetivo militar. No se fueron y, al día siguiente, llegó el Esmad a disparar gases lacrimógenos y a agredir a los protestantes, entre los que se encontraban viejos. Lo único que querían era que desbloqueara la vía férrea.

No obstante, a pesar de la previsible e insatisfactoria respuesta del Gobierno, la preocupación de los wayuu estaba en los volantes. Las amenazas contra su vida por parte de un grupo como ese no es algo que se deba tomar a la ligera. Decidieron acusarlos, denunciar, publicar los panfletos y los responsabilizaron de cualquier cosa que les pudiera suceder. Hasta el momento sus acciones aparentemente funcionan, ya que no ha ocurrido nada.

Es curioso pero el ICBF, que tantos disgustos le ha causado, es algo nuevo para ella. Waleket recuerda que en su niñez nunca escuchó del ICBF, el mismo que tantas veces ha denunciado de adulta. Durante su niñez, en la ranchería Kayuuswaralu de la zona de IOSHPA, que en Wayuunaiki significa "tierra fértil", ubicada en el municipio de Uribia, ella no vio ni sufrió todos los pesares que ahora viven los niños de su comunidad.

Siempre había qué comer en su infancia, aunque del Estado sabía mucho menos de lo que sabe ahora y había más discriminación hacia el indígena. Todavía recuerda el trato que recibió en el colegio donde estudiaba. Era un internado de monjas donde estudiaban varias niñas wayuu, a quienes se les prohibía hablar su idioma propio, el wayuunaiki, porque los profesores creían que se estaban copiando. Cuando se atrevían a desobedecerla, o se les olvidaba la prohibición en medio de una conversación, la castigaban con la nota o le quitaban la comida si llegaba a pronunciar una sola palabra en su idioma nativo.

Además, otras estudiantes solían burlarse de ella por ser wayuu. Solían decirle “india zarrapastrosa” para humillarla o hacerla sentir mal cuando ella pasaba por un pasillo, estaba en el pueblo, hablaba con alguien o estaba distraída. Las oportunidades no faltaban porque siempre se mostraba con su manta wayuu, sus guaireñas y su largo cabello negro brillando bajo el sol. Algunas veces lograron hacerla sentir chiquita, como una hormiga, pero nunca avergonzada. Cuando esto ocurría, sin importar si era al frente de la iglesia o en el colegio, ella se peleaba con las agresores para hacerse respetar.

Siempre se sintió orgullosa de ser wayuu, a pesar de lo que le dijeran. Participaba en el grupo de danza tradicional, contribuía en las labores del hogar, y llegó a las pasarelas del reinado del folklor en Ibagué para terminar como virreina del certamen. Fue la primera vez que comió con cubiertos y se puso unos zapatos altos. Todo ese orgullo fueron el aliciente que le permitió mantener la cabeza en alto cuando la ciudad la puso a prueba.

Con la Constitución de 1991, algunas de estas situaciones empezaron a cambiar, pero no fue un proceso completo. Así, la discriminación social se ha mantenido y algunas entidades, que deberían defender los derechos, continúan con su trato discriminatorio y menospreciativo, casi como si fueran niños o semisalvajes, como si no supieran lo que quieren.

Así lo vivió Waletek durante el proceso para registrar a sus hijos.

La cultura wayuu es matrilineal, por lo que los hijos heredan el linaje por la línea materna y ese es el que prevalece frente al del padre. Al heredar el linaje, se implica que comparten el mismo ancestro y que el apellido de la madre y del clan de la madre prevalece frente al del padre. Entre los wayuu, el clan Epieyú es el más numeroso y es al que Waleket y sus hijos pertenecen.

Sin embargo, cuando ella fue a registrar a su primer hijo, se encontró con la oposición de las políticas del gobierno a respetar un aspecto de su cultura tan fundamental y que bien se conoce en Uribia, la capital indígena del país⁹. Era una mañana soleada cuando ella se acercó a la notaría para registrar a su hijo. Luego de los saludos tradicionales, Waleket le pidió a la mujer que lo registrara con su apellido, Epieyú, y no con el del padre. No obstante, la respuesta de la

⁹ Uribia es considerada la capital étnica de Colombia, dado que el 95% de la población es indígena y wayuu.

funcionaria fue opuesta a lo esperado y mostró otra forma de racismo: no podía hacerlo porque era una mujer casada y estudiada y solo se podía poner el apellido de la madre a quienes no lo hubieran hecho.

- ¡Ah!, usted habla de las que vienen a lavarle la ropa, las que vienen a vender el carbón y leña. Esas sí pueden – le respondió Walettek aquella vez.

- Sí, ellas son las únicas que pueden.

- ¿Y usted no sabe que está vulnerando mi derecho y el de mis hijos a sean registrados de acuerdo con la afiliación wayuu?

La notaria no supo qué responder. Al final los hijos de Walettek fueron registrados con el apellido del padre.

La falta de comprensión y respeto a las prácticas culturales no es el único a lo que los miembros de esta comunidad se tienen que enfrentar. Además, se estrellan con las barreras del idioma, ya que gran parte de la población, sobre todo los adultos y ancianos, solo habla wayuunaiki y nunca aprendió el español, mientras que en todas las instituciones los traductores son escasos o nulos, lo que vuelve imposible una buena comunicación. Como si esto fuera poco, cuando se logra llegar y generar comunicación, deben esperar una eternidad para una respuesta gubernamental a la solicitud más simple.

Los niños desfallecen de hambre. Las madres y los viejos están desnutridos. Los animales se mueren de sed. No hay agua, no hay comida, no hay recursos y una capa de polvillo de carbón lo cubre todo. Se tiene que pedir ayuda para recibir alimentos, atención de salud, un poco de agua o el papel más simple y la única solución es ir a un municipio donde no lo atenderán.

Cuando los indígenas viven en sus rancherías, a veces se pueden encontrar hasta tres o cuatro horas de algún municipio, lo que implica un impresionante esfuerzo y muchos recursos económicos para poder realizar una solicitud de cualquier tipo. Usualmente son recursos o energía que no tienen. Y al llegar allá, la respuesta gubernamental es nula. Pueden hacer esperar semanas por una réplica, o les piden que vuelvan día tras día solo para pedirles que sigan volviendo sin darles una solución, lo que se convierte en un círculo vicioso hasta que se cansan

de esperar y no vuelven más o se ven obligados a realizar protestas, como quedarse todo un día en la institución hasta que les den una solución.

Los funcionarios no calculan los daños que pueden causar con estas demoras. O tal vez no les importa. Un papel puede ser la diferencia entre la atención de un niño en la EPS o morir en la puerta del centro médico, o el estudio de un joven con posibilidades de crecer. Una manilla para un pozo artesanal puede significar la vida de muchas familias que no pueden recoger el agua para cocinar y beber. Una huerta o una lancha puede implicar el alimento y los recursos de otras familias que no tienen cómo ni dónde conseguirlos.

Y luego, más allá de la falta de respeto por sus prácticas culturales y las esperas eternas, se encuentran las promesas incumplidas. La promesa de un mercado para alimentar a los niños que nunca llega y, cuando se atreven a protestar, no hay obstáculos para la llegada del ESMAD. La construcción de pozos que jamás termina o los recursos que se pierden en el camino. Y mientras más prometen, más lamentables se vuelven las condiciones de vida de los wayuu.

Por experiencia, Waleket está segura de que no es tan difícil cumplir con las solicitudes y darles un proceso. Hace algún tiempo fue secretaria de asuntos indígenas en La Guajira, donde los jóvenes llegaban para pedir una certificación que indicara que eran wayuu y la etnia a la que pertenecían. Dicho documento lo podían necesitar para la libreta militar, conseguir descuentos o un certificado médico. Ella, acostumbrada a las infinitas esperas a las que eran sometidos los miembros de su comunidad, le dio la orden a su secretaria para que aprobara todos los casos simples excepto los que fueran más complejos, de personas que trataran de incurrir en falsedad de documento público para acceder a beneficios, se los pasara a ella. Entonces ella salía a reuniones en la gobernación o a resolver conflictos y la secretaria le dejaba todos los certificados aprobados en la oficina o en su casa, donde pasaba horas firmándolos para que los muchachos pudieran recibirlos pronto: “Si a uno le pagan por hacer las cosas, ¿por qué no hacerlas?”, piensa.

Hoy en día divide su tiempo entre sus labores en el partido político¹⁰ y el trabajo comunitario en La Guajira. Mientras entre semana cumple con las obligaciones que le corresponde en el partido, otros días viaja a continuar con sus labores en el tema organizativo. Le gustan los procesos

¹⁰ El nombre del partido político se mantendrá reservado para preservar la identidad de la entrevistada.

circulares, trabajar desde lo nacional y lo local. Cuando viaja a La Guajira se reúne con las autoridades de su comunidad, el alcalde, hace alguna gestión en una entidad o realiza los acuerdos con el ICBF. Cuando vuelve a Bogotá, aprovecha para realizar gestiones de Dignidad Wayuu ante el Ministerio del Interior.

Lleva un ritmo de vida vertiginoso que incluso ha interferido en su papel de madre, aunque su esposo siempre la ha apoyado. Sin embargo, a pesar de todo su empeño y gallardía, no es inmune a las barreras gubernamentales. A veces la impotencia la invade y no sabe cómo continuar: los trámites sin fin, las largas esperas, la politización de todos los programas de ayuda y la hipócrita respuesta del gobierno se convierten en obstáculos imposibles de sortear. Mientras tanto, los proyectos que podrían ayudarlos permanecen quietos y los wayuu continúan sufriendo.

Y luego está el cinismo de las instituciones que, en vez de responder y dar una solución, comienzan a señalar y perseguir a quienes exigen que se les garantice una vida digna. “Cuando uno sale a exigir el cumplimiento de estos derechos fundamentales, se convierte en un estorbo para las entidades, la institucionalidad local, departamental y nacional”.

Waleket recuerda que en una oportunidad llegó junto con otra compañera a Bogotá a denunciar irregularidades en la ejecución de programas del ICBF. Ese día se encontraban unos pocos representantes wayuu y los altos funcionarios de la institución escuchando las denuncias en los procesos. Poco después de salir, tal vez media hora después, el operador del Bienestar Familiar en La Guajira llamó por teléfono a su compañera y le preguntó “¿y tú qué haces en Bogotá?”. Uno de los funcionarios en la reunión le había contado de las denuncias.

La situación resulta lamentable. Hacer valer sus derechos convierte a los defensores o líderes en víctimas de señalamiento por parte de los funcionarios de las alcaldías. Cuando deciden hacer un esfuerzo, venderlo todo y viajar a Bogotá para exigir garantías, se convierten en un estorbo y no consiguen nada más que promesas vacías. Eso, si no son perseguidos y amenazados, pues les llegan las advertencias de que, si no dejan de molestar, los matarían a ellos y sus familias, como le ha pasado en más de una oportunidad a Waletek y a las autoridades que forman parte de Dignidad Wayuu.

Hace poco le llegó una de esas advertencias. Acababa de volver de una protesta en La Guajira contra el ICBF debido a unas obligaciones en la capital. Ella se encontraba ocupada con el trabajo retrasado, cuando el celular sonó, aunque no lo sintió. Pero apenas se desocupó, devolvió la llamada. Pensó que podría ser alguna autoridad wayuu, de las que se habían quedado para continuar la protesta.

- ¿Aló? –dijo ella.

Del otro lado colgaron. Ni siquiera entonces presintió nada extraño. Solo se preguntó qué pasaría y continuó mirando las llamadas y mensajes pendientes en su celular hasta que se encontró con un mensaje de texto que la dejó fría y llena de miedo.

“Señora Waleket, usted y su dignidad son unos bandidos y dígame ahora a su nación wayuu que dejen de denunciar mariqueras si no se quieren morir usted y toda su familia”

Lo primero que hizo fue preguntarse por qué: “¿Qué estoy haciendo de malo? ¿Por qué me envían esto?” Lo único que ella y los miembros de Dignidad Wayuu estaban haciendo en ese momento era exigirle al Gobierno y al ICBF que respetara la autonomía de las comunidades Wayuu y, al mismo tiempo, atendiera a los niños que tanto necesitaban su ayuda. Sin embargo, después de un tiempo, Waletek está convencida de que es precisamente por exigir algo tan básico que la amenaza tocó a su puerta.

Ni ella ni las autoridades se imaginaron que las situaciones alcanzarían ese extremo cuando decidieron confirmar la asociación de autoridades tradicionales indígenas Dignidad Wayuu, donde alrededor de 40 autoridades se reúnen para tratar de avanzar en la construcción de alianzas que permitan generar condiciones dignas para los miembros de las comunidades.

Crear esta asociación no fue una decisión fácil. En realidad, lo discutieron durante algunos años para decidir si eso era realmente lo que buscaban y, luego de muchas discrepancias, decidieron crearla con el fin de tener más fuerza y ser una alianza al momento de realizar las demandas para su comunidad ante el Gobierno. Gracias a la alianza, han adquirido más fuerza frente a las entidades gubernamentales y más apoyo al momento de realizar protestas.

Las exigencias son varias: una adecuada atención a niños, cumplimiento en los acuerdos de los pozos artesanales para poder acceder al agua, la liberación de los recursos del sistema general de participación, garantías en la consulta previa y la autonomía, proyectos productivos para poder generar ganancias y alimentos y la aplicación del enfoque diferencial por parte de los funcionarios a través de capacitaciones para que las autoridades no tengan problemas al desplazarse de sus comunidades a hacer una petición, entre otras. Además, Dignidad Wayuu ha participado en las denuncias contra la rampante corrupción en el departamento.

De igual forma, capacitan a las mujeres y realizan campañas para que se respete el trabajo de las artesanas y se pague lo correcto. Esto se debe a que muchas veces las artesanías son compradas por a las wayuu por unos intermediarios y luego estos lo venden mucho en los municipios o grandes ciudades del país a un mayor costo, por lo que ellas no ven esas ganancias y, en cambio, terminan perdiendo. Para evitarlo, promueven que las artesanías se compren directamente a las mujeres y así evitar que se continúe con la estafa.

Las actividades con Dignidad Wayuu son parte de todo el proceso organizativo que actualmente se lleva a cabo en La Guajira y son la razón por la que en ocasiones Walettek se desplaza desde el miércoles o jueves hasta el domingo a Uribia, a seguir lidiando con las instituciones y la indiferencia.

Laborar tan arduamente ha tenido un precio para ella. Por trabajar para su comunidad y los derechos de los indígenas, muchas veces ha tenido que viajar y separarse varios días de su hogar. Los talleres de capacitación, las solicitudes según las necesidades, el fortalecimiento organizacional y el acompañamiento a los procesos la alejaron muchas veces de sus hijos. A pesar de sus intentos por evitar que su ausencia se sintiera y el incondicional apoyo de su esposo, sus hijos notaron sus repetidas partidas durante su infancia y el tiempo que estuvieron sin ella. Mientras crecían, ella tuvo que enfrentar sus reclamos una y otra vez sin poder hacer que la comprendieran o cambiar sus obligaciones para pasar más tiempo con ellos. Solo los años les permitió comprender qué era su madre hacía y comenzar a ayudarla.

A pesar de su distancia inicial con los trabajos de su madre, sus tres hijos también han vivido, aunque no de la misma manera, algunas de las dificultades que afrontan los wayuu. Wareket todavía recuerda cuando se llevó al menor de sus hijos a Bogotá. Sus otros dos hijos ya estaban

más grandes y estudiaban, y el más pequeño solía quedarse en La Guajira, junto con su familia, en las temporadas en que ella estaba fuera. Sin embargo, un día ella y su esposo decidieron que lo mejor era traerlo con ellos. Así, el pequeño abandonó la calurosa ciudad de Uribia y llegó a la fría Bogotá. Curiosamente, entre los grandes cambios que tuvo que vivir y las muchas dudas que le surgieron, hubo una pregunta que se le grabó en la memoria: “Mami, ¿por qué aquí no se va la luz?”.

Pese a que a poca distancia se encuentra el Parque Eólico de Jepírachi de las Empresas Públicas de Medellín, donde se produce energía limpia, en Uribia es común que se vaya la luz. Así, on esa pequeña pregunta, sin pensarlo mucho, su hijo pequeño había señalado y resaltado la diferencia entre las condiciones de la capital y su ciudad natal que mostró el abismo que todavía existe entre el centro y la periferia.

Un abismo que con los años no ha hecho más que aumentar. Hace 30 o 40 años, los wayuu todavía subsistían por sí mismos y no dependían del Gobierno como ahora. Wareket todavía puede recordar la abundancia de alimentos que acompañaba sus mesas en su infancia. Las soleadas mañanas en su ranchería junto con su madre y sus hermanas, donde el ganado se veía sano y no había que dudar entre comer o refrescarse. Esos días donde el inclemente desierto no era un adversario al cual derrotar, sino un poderoso aliado. Y cuando en las noches la compañía de los astros del universo era suficiente para apaciguar los ánimos, porque no se combatía contra la sed y el hambre. Solía haber mucho pescado, queso, chivo, ahuyama y leche. Se sembraba maíz, fríjol, patilla o yuca. Nunca faltaba el agua. La tenían asegurada para bañarse, preparar alimentos y dar de beber a los animales.

Existía un ancestral sistema de alianzas comerciales. Venezuela¹¹ era un gran aliado. Las personas solían ir a trabajar al vecino país¹² y desde allí mandaban la canasta familiar, ya que los alimentos eran más baratos. Antes de la crisis venezolana, sus aliados eran los gobiernos

¹¹ Cabe recordar que los wayuu son binacionales, por lo que pueden movilizarse y trabajar en ambos territorios sin ninguna interferencia

¹² Las mujeres suelen participar intercambiando telas, chivas o carbón. O en el contrabando de gasolina. No obstante, esto implica largos caminos a pie en los que llevaban los elementos de intercambio en un hombro y a sus hijos en el otro. Sin importar el sacrificio, esto les daba ingresos que ahora son más difíciles de conseguir.

centrales, algunos españoles, Aruba, Curazao o las ciudades de Cartagena, Riohacha, Santa Marta y Maracaibo.

No conocían al ICBF ni la bienestarina y los barcos no arrastraban los pescados con sus redes. Eran épocas dignas en las que los wayuu se parecían más al pueblo que se opuso a la conquista de lo que son ahora. Y entonces llegó la intensificación del verano, el cambio climático, los barcos vikingos, la contaminación, el Cerrejón y, al mismo tiempo, el olvido del Estado.

Esta situación ha puesto a los wayuu al borde de la extinción. En el año 2009, la Corte Constitucional expidió el Auto 004 que habla del “Riesgo de exterminio de pueblos indígenas por desplazamiento o muerte natural o violenta de sus integrantes” y en el que se ubica al pueblo Wayuu entre los 34 pueblos señalados en riesgo de desaparecer.

Todo esto forma parte de las denuncias de Waleket. Es por la supervivencia de los Wayuu que no teme poner su vida en riesgo por protestar o decir las cosas tal cual son. Todo porque está segura de que su comunidad no tiene garantizado su supervivencia y, si el Gobierno sigue actuando como hasta ahora, con paños de agua tibia, sin dar soluciones oportunas y reales, los niños seguirán muriendo, los animales seguirán pereciendo y su pueblo se convertirá en parte de la historia.

Por eso para ella es importante, vital, no quedarse callada, denunciar las irregularidades, enfrentar la corrupción, aunque eso a veces le traiga problemas.

Quizás las otras mujeres tienen razón cuando le dicen que a ella le gusta meterse en líos. Probablemente sea cierto que todo por lo que ella lucha, el acompañamiento social, buscar las condiciones que se les han negado es buscarse problemas. Sería más seguro quedarse en casa, tejer una mochila o vender leña; dedicarse a sus hijos y no decir nada. Ser sumiso y asentir cuando se les sugiere o se les da algo, en vez de preguntar y cuestionar. Tal vez tengan razón, sí, pero eso no importa. Así hablar y generar consciencia sea buscarse líos, no está dispuesta a parar, aunque eso pueda ponerle los nervios de punta a su familia.

Y lo ha hecho en varias ocasiones. Todavía puede recordar la expresión en el rostro de su hermana cuando increpó al secretario de Gobierno o la seriedad con la que tuvo que hablar con sus hijos cuando descubrieron los mensajes amenazantes hace algunos años. Sin embargo, y

afortunadamente también, en esa ocasión los rituales de la madre de Walettek tuvieron efecto y ella puede contar el cuento.

Un movimiento equivocado en ese delicado momento pudo haber cambiado el rumbo de esta historia.

Fue después del documental de Pirry de “Hambruna en La Guajira”, en 2014. En ese documental, ella había aprovechado la oportunidad de decir todo lo que pensaba frente a la crítica situación del departamento. Se le puede ver portando orgullosa su manto y su sombrero, y denunciando con su voz clara y pausada cada una de las irregularidades que se cometen en las instituciones y por parte de las mismas autoridades.

Y es que ella debía aprovechar, porque no es de las que se guarda silencio. Asegura que ya está muy vieja para que ver las injusticias y quedarse callada. Es lo que ha aprendido en todo su trabajo en las organizaciones, a denunciar, exigir autonomía. “Si me voy a meter en problemas, por lo menos no me vayan a decir cobarde”.

Debido a esas declaraciones, se armó una tormenta en Uribia. Todo el mundo tenía algo que decir frente al reportaje y sus declaraciones, algunas cosas buenas y otras no tanto. “Nos están dañando el trabajo -decían algunos- sobre todo los que se han aprovechado del tema wayuu como de un negocio”. Una compañera incluso le aseguró que, con lo que había dicho, les estaba abriendo los ojos a las autoridades, dentro de las cuales también existen algunos niveles de corrupción, para que sean autónomos y conscientes de sus decisiones.

No obstante, no todas las reacciones fueron positivas. Luego de que se presentara esto, unas compañeras wayuu comenzaron a discutir y a atacarla, intentaron golpearla y maltratarla, por lo que había dicho y por su trabajo acompañando a las autoridades. Luego, sus hermanos comenzaron a tener miedo por lo que le podría pasar. Por ello, un día en que se encontraron con el secretario de Gobierno, le dijeron que si a Walettek le llegaba a pasar algo, lo culparían, porque ella solo estaba acompañando a las autoridades a exigir sus derechos fundamentales. Luego de esta intervención, el secretario llamó a la policía para que la vigilara.

Lo que más tristeza le da es la soledad. Las personas la abandonan en las dificultades y ella y las autoridades tradicionales más de una vez se han quedado solos. Además, no pueden confiar en los

órganos de control, porque en la región “se compra del fiscal para abajo”. Hace poco destituyeron a la procuradora regional por archivar las investigaciones.

Comenzaron las amenazas y las persecuciones y, en ese entonces, llegó a su celular un mensaje de texto que, sin ella quererlo, sus hijos encontraron. ¿Cómo le explica una madre a sus hijos que su vida está en peligro? Wareket solo conocía una forma: hablar con la verdad.

“Miren, lo que pasa es que cuando uno no está de acuerdo con la corrupción, que utilicen para su beneficio unos dineros públicos que deberían ayudar a solventar algunas situaciones de la comunidad, entonces uno se vuelve un problema”, recuerda que les dijo aquella vez. “Para mí sería más fácil hablar con el alcalde y que me dé dinero, pero, ¿a costa de qué? Del hambre y la sed de muchas personas. Ustedes no tendrán ciertas comodidades, porque aquellos que ven tan cómodos es porque lo obtuvieron con dineros públicos, con los que les compran el silencio. Son los que callan. Entonces, ¿qué prefieren? ¿Estar bien cómodos y que yo esté rezando porque me van a mandar a la guandoca o seguir así?”

“No, mamá, así estamos bien”, recuerda que le respondieron después de esa explicación.

Sin embargo, ellos nunca se enteraron de lo que ocurrió después.

Si se hubieran enterado, era probable que no volvieran a aceptar una explicación así con tanta facilidad, o les costaría más de lo necesario dejarla ir sola a continuar con su trabajo organizativo. Si ellos hubieran sabido, no la dejarían volver a quedarse sola y tendrían una preocupación excesiva que ella había decidido no cargar. Por eso nunca les dijo lo que ocurrió aquella noche.

Era una fresca noche en Riohacha. Ese día decidió quedarse en un apartamento que había alquilado para ella, en el que se quedaba sola, y que solía usar los días en que estaba en la capital del departamento y prefería no dormir con alguna de sus hermanas. Era bastante tarde y ella estaba a punto de acostarse. Todas las luces estaban apagadas cuando lo escuchó. Alguien tocaba su puerta con fuerza y violencia, casi como si quisieran tumbarla. Decidió que por nada del mundo saldría, porque seguro del otro lado no le esperaba nada bueno. Así que guardó silencio y esperó. Escuchó varios ruidos y luego el silencio. Permaneció a oscuras y callada, tratando de entender lo que ocurría o pensar en algo qué hacer. Esa noche no pudo dormir del miedo y, a la mañana siguiente, al encontrarse con su vecina, esta le dijo:

- Waleket, había una gente afuera, un señor tocando, hicieron unos tiros. Menos mal no saliste.

Jamás le contó a su familia porque sabía cómo reaccionarían.

¿Cómo comenzó a involucrarse en todo esto, en aquello que otras llaman ‘meterse en líos’? Siempre le gustó, es cierto. De joven, participaba en eventos, capacitaba a los wayuu y les enseñaba a escribir y ayudaba a su madre en algunas actividades. Cuando eligió qué estudiar, dudaba entre el diseño textil y el derecho, y se inclinó por el primero, pero ejerció una forma del segundo. Al principio tuvo cierta mesura y trataba de no ‘meterse en líos’. Probablemente fue el nacimiento de su último hijo lo que la cambió.

Estaba en Bogotá y todavía trabajaba en la ONIC, cuando sintió los dolores del parto. Un mal presentimiento la invadió, pues su sueño y el de su madre podrían cumplirse. Noches antes, ella había soñado con una corona blanca, que significa muerte. Pensó que no iba a parir. Por los mismos días, su madre, quien solía manejar medicinas y pócimas tradicionales para cuidar a su familia, tuvo un sueño en el que alguien le dijo que le diera a Waleket esa medicina que ella tenía. Se trataba de la *parice*, para dar valor y fortaleza. Lo que ella acababa de tener era un sueño revelación, de esos que los wayuu bien saben reconocer. Así que su madre viajó a Bogotá, se encontró con su hija con nueve meses de embarazo y le dio un poco de *parice*.

Sin embargo, cuando ella llegó al hospital, tanto Waleket como su madre pensaron que realmente se iba a morir. De hecho, mientras le sacaban a su hijo por cesárea y ella quedaba inconsciente, vio la luz. Un destello, muy pequeño, en medio de la oscuridad total. No sentía nada, ni miedo, ni dolor, ni alegría. Mientras ella sentía esa paz, sufrió tres paros cardiacos seguidos y los médicos se vieron obligados a retirarle la matriz. Doce horas después despertó y sintió una presencia a su lado. Creyó que era su papá, quien ya había muerto. No recordaba tener un bebé, un esposo o una familia en ese momento. Solo esa presencia.

Ese fue el punto en que ella cambió de actitud. Comenzó a reclamar y a exigir, a no quedarse callada antes las irregularidades y estancarse en situaciones que, al final, no valen la pena. Luego de sobrevivir a esto, sintió que Dios le había dado una oportunidad y que era momento para hacer ciertas cosas.

Los baños de su madre comenzaron a hacer efecto. El peligro que ella había visto en su niñez y que parecía tan irrelevante comenzaba a manifestarse, al igual que la protección de su madre.

Su madre no solo le dio la vida, sino también todas las herramientas para enfrentarse a ella. Esa protección fue la que le permitió fortalecer su carácter en las situaciones críticas que ha confrontado, lo que le ha dado valor para no temer por ella, sino por su familia. La educación le ha permitido mantener una relación de respeto con las autoridades, empezando por un elemento tan sencillo como el uso del wayunaiki en vez del español. Y los rituales que fortalecieron su carácter le enseñaron encarar a un cambio de vida y de rumbo, y a la gran ciudad que es Bogotá.

La primera vez que se enfrentó a ella, Walettek perdió.

Tendría unos 15 o 16 años en esa época y se había ganado una beca para terminar su bachillerato y cursar undécimo grado en Bogotá, así que ella aceptó el reto, empacó sus mantas, sus libros y se fue. Fue un choque cultural muy fuerte. Pasó de las calurosas mañanas e inclementes medio días de La Guajira al imbatible frío de las noches en Bogotá. De las comidas en compañía de su madre y hermanas, a comer sola, y de una vida tranquila en medio del desierto al caos y los ruidos de la ciudad.

El matoneo y la discriminación en su vida se intensificaron. Los comentarios e insultos pasaron a ser demasiado recurrentes para ignorarlos. Ella siempre usó su característica manta wayuu y solo el hecho de vestirse diferente parecía darles autoridad a los demás para descalificarla. En la calle, en la cafetería, en clase o en el bus siempre se encontraba con una mirada o un comentario desaprobatorio.

Como dice su hijo, las personas se burlan de lo diferente.

“¿Vas para una fiesta de disfraces?” era uno de los comentarios que solían hacerle. La situación fue muy pesada. La hicieron sentir tan mal, tan inferior, que en algún momento quiso esconderse entre la multitud. Dejar su manta wayuu y usar un pantalón para poder pasar desapercibida. Sin embargo, resistió, y trató de darse valor recordando sus raíces cuando se sentía más vulnerable.

La tristeza y el matoneo le ganaron. En seis meses decidió empacar sus cosas y devolverse a Uribia, donde terminó su bachillerato.

No mucho tiempo después, volvió a enfrentarse a la capital. Esta vez sí estaba preparada. Sabía qué comentarios le lloverían y qué estrategia utilizar contra ellos. Recordaba los rituales de su madre y toda la educación que recibió para aceptar su identidad wayuu. “Esta soy yo. A mí me parieron wayuu, soy wayuu y exijo respeto”.

Se enfrentó a la gran ciudad con la determinación de que no la absorbiera, como lo hizo con tantas otras que prefirieron abandonar su manta y sus costumbres. Con todo esto en mente, volvió, fortalecida por los eventos pasados y orgullosa de su identidad, a estudiar Diseño Textil. Y soportó lo mismo que la primera vez, pero en esta ocasión aferrada a su identidad, a los rituales, los sueños y al cariño por su comunidad. Esta vez ella venció.

No obstante, cuando parecía un asunto superado, tuvo que volver a enfrentarse a las diferencias con el mundo occidental a través de sus hijos.

Recuerda que una vez en el colegio, cuando su hija era muy pequeña, una niña le dijo: “Ay, tú eres una india”. Su hija no entendió qué quería decir eso, así que, cuando llegó a su casa, le preguntó a su mamá:

- Mami, ¿es verdad que yo soy una india? ¿Eso qué es?

Ella, sorprendida por la pregunta, le explicó que ella no era india, sino wayuu, y que por eso se vestía diferente.

Sin embargo, esa no fue la única vez que la maltrataron. En otra oportunidad un niño se burló de ella y le dijo “las wayuu son feas”. Claramente, su hija se sintió mal con el comentario y se lo contó a Waleket, quien entonces le dio un consejo un poco polémico, pero que le funcionó muy bien: “Isa, cuando alguien te quiera hacer sentir como una hormiguita, tú no vas a llorar ni te vas a poner triste. Ve y le pones la mano para que te respete y después que me llamen y yo voy a poner la cara y explicar el porqué de tu comportamiento”.

Puede que le estuviera enseñando a ser violenta, pero ¿y dónde quedaba la violencia que el otro chico le estaba haciendo? Su hija debía poder defenderse.

Ese es el carácter fuerte que le han enseñado los años, las experiencias, las amenazas y todo el trabajo organizativo. Ese es el mismo carácter que todo el trabajo político ha puesto a prueba una

y otra vez para hacerse respetar, conseguir un lugar y poder continuar, a pesar de las continuas zancadillas que le han puesto en el camino.

Durante una conferencia de mujer y miedos resumió las dificultades que ha tenido que afrontar como mujer para llegar hasta donde está ahora: “Todas las mujeres tenemos miedos en común. Miedo a ser maltratadas, violadas, humilladas. A no tener garantías u oportunidades. Pero en nuestra condición de mujeres indígenas, tenemos que luchar contra el mismo proceso organizativo. Nos toca luchar tres veces y hacerlo mejor por nuestra condición de mujeres indígenas, porque tenemos que ganarnos los espacios, demostrar que nosotras no somos florero de nadie”.

Su trabajo organizativo comenzó en la ONIC, cuando todavía estudiaba Diseño Textil. En ese momento, ocurrieron dos eventos en su vida que cambiaron su rumbo. Por un lado, conoció a un abogado indigenista que participaba en los proyectos de la organización en procesos nacionales y locales, del que se enamoró, con quien se casó y se convirtió en su respaldo incondicional. Por el otro, se dio cuenta por primera vez en su vida de lo diversos que eran los grupos indígenas en el país y todas las irregularidades que se cometían contra ellos.

El hombre que sería su esposo estaba participando en ese momento en un proceso en La Guajira, en el que ella se involucró y con el que empezó a trabajar con todo el tema organizativo. Fue entonces cuando comprendió que “el tema político genera ciertos compromisos no individuales, sino colectivos”, y comenzó a gustarle el asunto. Luego, la volvieron a llamar de la organización y empezó a participar en el tema de mujeres en la ONIC. Así, comenzó su activismo político. Primero con la campaña de Ati Quigua al Concejo de Bogotá. Ella y otra compañera se dieron cuenta de la soledad de Ati Quigua y decidieron colaborar y acompañarla, haciendo malabares entre el trabajo y la vida personal. Mientras tanto, algunos amigos comenzaron a motivarla para que ella también se involucrara en la política. Al principio no quería, pero ellos lograron convencerla y la ayudaron a vincularse a un partido indígena para que se presentara como candidata a la Cámara de Representantes.

Lo hizo y fue como un salto al vacío. Tenía que crearse una imagen, hacer política, manejar de alguna forma la diplomacia y ganar adeptos cuando ella ni siquiera sabía cómo dar un discurso.

Se moría de los nervios solo de pensar que estaría frente a un público y tener que decir algo. No podía imaginar cómo empezar o terminar. Y entonces una hermana le dio un consejo para poder enfrentar el miedo: “Haz lo mismo que tú haces en los talleres de capacitación para mujeres. Simplemente te paras y comienzas a hablar como si estuvieras allá”.

Entonces le ofrecieron el aval del Polo Democrático, pero lo rechazó, asegurando que quería continuar con el proceso que había ido construyendo. Se quedó en el partido indígena y el aval se lo dieron a otra wayuu.

Luego de esto, se tuvo que enfrentar a uno de los obstáculos más grandes que toda mujer o indígena que incursiona en la política a debe enfrentar: la financiación. Mientras los demás candidatos le ofrecían a los wayuu láminas para sus casas o los obligaban a votar por ellos amenazando sus contratos, ella trataba de hacer una campaña limpia sin recursos. Tratar de conseguirlos fue una odisea. Buscó apoyo, pero como en la región usualmente los hombres son los que manejan plata, los empresarios suelen creerles más a ellos que a las mujeres. No pudo contar con ese apoyo.

Fue al banco, pero ella no tenía un soporte financiero y allá le dijeron que “cada partido deja a su gente libre para que haga esos trámites; el partido o movimiento envía una carta constatando que, efectivamente, esa persona sí es candidato, porque, si el partido no responde, le toca es al candidato”. También llegaron las personas que tenían los medios para apoyar la campaña, pero eso significaba perder la autonomía y renunciar a su ideología, algo que ella no estaba dispuesta a hacer.

Al final, uno de los aspectos que menos importaba eran los discursos.

Perdieron. Quedaron segundos en votaciones contra el Polo y obtuvieron la mayor votación en Bogotá y no en La Guajira. Un hecho que ella puede explicar de manera simple: “la forma de hacer política en La Guajira es totalmente diferente; lo principal es el tema monetario”.

Sin embargo, ese proceso la llevó a fortalecerse y soltarse. Los discursos que dio durante esta campaña y las siguientes le ayudaron a perder el miedo a las tarimas y aprendió a sortear todas las zancadillas que le pusieran en el camino.

Sobre todo las de los hombres, que en vez de apoyar su crecimiento, parecía que preferían a las mujeres solo como asistentes o en el comité de aplausos.

Ella sabe muy bien lo recurrente que se tornan estas situaciones. En una oportunidad la llamó una compañera indígena que estaba haciendo una campaña política para la Cámara por la circunscripción especial de Antioquia, ya que un compañero que solía decir que iba para el Senado decidió atravesarse en su camino.

- Waleket, ¿tú qué opinas? ¿Qué debo hacer?

Todavía recuerda bien qué le dijo en esa oportunidad: “¿Sabes una cosa? Las mujeres estamos cansadas de siempre dar un paso atrás para que pasen los hombres. Nosotras nos quedamos ahí en la retaguardia. Ya está bueno. ¿Por qué ellos no pueden dar un paso atrás para que avancemos? Los tiempos y los momentos hay que respetarlos”.

Durante toda su carrera ha presenciado cómo los líderes hombres utilizan a las mujeres como si fueran fichas de ajedrez. Hazte aquí, muévete allá, di esto o aquello. Le ha ocurrido muchas veces. Han tratado de bloquearla, poner a otras personas o solo la han respaldado cuando les conviene. Sin embargo, como ella no se queda con nada, es rebelde, tiene una postura clara y lo dice todo de frente, se vuelve un problema no solo para las entidades, sino también para la misma estructura organizativa y el mismo grupo. Entonces, le quitan el respaldo y le atraviesan a alguien para parar sus avances.

Ya no le pone atención a eso. Sabe cómo se mueve el tema político, sabe que la corrupción y las trampas están en todas partes, pero no está dispuesta a caer en eso ni mucho menos dejarse amedrentar por ningún hombre o persona que quiera detenerla.

Y seguirá avanzando, junto con su esposo y su familia, y todos los aliados que la han ayudado a crecer desde que comenzó a recorrer este camino.

El sol se pone en la llanura y los colores del atardecer inundan todo el desierto. En medio del inmenso arenal, la magnificencia del crepúsculo es todo lo que ella puede ver. A su espalda puede escuchar la risa de los ancianos, los gritos llenos de diversión de los niños y los conocidos sonidos de ollas y agujas que producen las diferentes labores de las mujeres.

Tiene que volver a la capital, aunque a veces desearía no hacerlo. No hay nada parecido a estar en casa, con el asfixiante calor y el omnipotente sol, con sus travesías por encontrar agua, y la vida multicolor de sus telas. Con su idioma y sus sabios. Aun así, volverá a la capital, porque eso le permite trabajar por todo lo que cree y luchar por recuperar su dignidad. Recuperar el agua y los alimentos, la energía y la vida de sus viejos y niños, para que no verlos sufrir más, para que hijas y madres no sufran con ellos, sino que rían o aprendan al verlos jugar y correr, hablar y organizar. Para dejar algún día de ver los horrores que tanto dolor le han causado. Sabe que no puede cambiarlo todo, que no vencerá todos los obstáculos ella sola, pero seguirá intentándolo.